El Duelo

Joseph Conrad

SECUNDARIA

GOLU

Grandes Obras de la Literatura Universal

Fundada en 1953

Colección pionera en la formación
escolar de jóvenes lectores

Títulos de nuestra colección

- *El matadero,* Esteban Echeverría.
- *Cuentos fantásticos argentinos,* Borges, Cortázar, Ocampo y otros.
- *¡Canta, musa! Los más fascinantes episodios de la guerra de Troya,* Diego Bentivegna y Cecilia Romana.
- *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde,* Robert L. Stevenson.
- *Seres que hacen temblar – Bestias, criaturas y monstruos de todos los tiempos,* Nicolás Schuff.
- *Cuentos de terror,* Poe, Quiroga, Stoker y otros.
- *El fantasma de Canterville,* Oscar Wilde.
- *Martín Fierro,* José Hernández.
- *Otra vuelta de tuerca,* Henry James.
- *La vida es sueño,* Pedro Calderón de la Barca. Volumen doble
  Automáticos, Javier Daulte.
- *Fue acá y hace mucho,* Antología de leyendas y creencias argentinas.
- *Romeo y Julieta,* William Shakespeare. Volumen doble
  Equívoca fuga de señorita, apretando un pañuelo de encaje sobre su pecho, Daniel Veronese.
- *En primera persona,* Chejov, Cortázar, Ocampo, Quiroga, Lu Sin y otros.
- *El duelo,* Joseph Conrad.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-
blación descalza y a cráneo descubierto, acompañando

El duelo

Joseph Conrad

Estudio preliminar de José Villa

GOLU

Grandes Obras de la Literatura Universal

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Dirección editorial: Profesor Diego Di Vincenzo.
Coordinación editorial: Pabla Diab.
Traducción: Jorge Salvetti.
Actividades: José Villa.
Jefatura de arte: Silvina Gretel Espil.
Diseño de tapa: Natalia Otranto.
Ilustraciones: Vladimiro Merino.
Notas: Cecilia Romana.
Diseño de maqueta: Silvina Gretel Espil y Daniela Coduto.
Diagramación: estudio gryp.
Corrección: Liliana Santoro
Coordinación de producción: María Marta Rodríguez Denis.
Asistencia de producción: Florencia Natalia Acher Lanzillotta.

Conrad, Joseph
El duelo / Joseph Conrad; ilustrado por Vladimiro Merino; con prólogo de José Villa. - 1ª ed. - Buenos Aires: Kapelusz, 2008.
160 p. : il. ; 19,7 x 13,4 cm - (GOLU Grandes Obras de la Literatura Universal; 14 / Pabla Diab)

Traducido por: Jorge Salvetti
ISBN 978-950-13-2335-1

1. Narrativa polaca. I. Merino, Vladimiro, ilus. II. Villa, José, prolog. III. Jorge Salvetti, trad.
CDD 891.85

Primera edición.
©Kapelusz editora S.A., 2009.
San José 831, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
Internet: www.kapelusz.com.ar
Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.
Hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Libro de edición argentina.
Impreso en la Argentina.
Printed in Argentina.

ISBN: 978-950-13-2335-1

PROHIBIDA LA FOTOCOPIA (ley 11.723). El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra, la que no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, el de registro magnetofónico o el de almacenamiento de datos, sin su expreso consentimiento.

Queridos colegas, nos interesaría mucho recibir sus observaciones y sugerencias sobre este volumen u otros, tanto en lo que respecta al texto en sí, como a la introducción o a las actividades. Pueden acercarlas mediante correo electrónico a: **pdiab@kapelusz.com.ar.** Leeremos con gusto sus comentarios.

Índice

Nuestra colección 7

Leer hoy y en la escuela *El duelo* 9

Avistaje 11

Palabra de expertos 13

Introducción, José Villa

El duelo, Joseph Conrad 31

Capítulo I 33

Capítulo II 61

Capítulo III 85

Capítulo IV 111

Sobre terreno conocido

Comprobación de lectura 145

Actividades de comprensión 147

Actividades de análisis 149

Actividades de producción 156

Recomendaciones para leer y para ver 158

Bibliografía 159

Nuestra colección

Comencemos con una pregunta: ¿qué significa ser lector?

Quienes hacemos Grandes Obras de la Literatura Universal (GOLU) entendemos que el lector es aquella persona capaz de comprender, analizar y valorar un texto; de relacionarlo con otras manifestaciones culturales del momento particular de su producción; de seguir el trayecto de las diversas lecturas que ese libro fue provocando en el transcurso del tiempo.

Pero entendemos que ser lector también significa "dejarse llevar" por lo que una historia cuenta, sumergirse en las palabras al tiempo que las palabras lo inundan y lo pueblan. Los que así leen abren paso para que la literatura funcione como parte de sus vidas. Una novela, un cuento, algún poema o alguna pieza dramática, entonces, ayudan a que el lector se comprenda a sí mismo y le ofrecen varios puntos de vista con los que comprender el mundo.

Todo lo que aprendemos, todo lo que atesoramos a partir de nuestras lecturas, es algo que "llevamos puesto", una increíble posesión de la que disponemos a voluntad y sin que se agote.

Nuestra colección –desde su selección de títulos, con sus respectivos estudios preliminares, escritos por reconocidos especialistas, y actividades, elaboradas por docentes con probada experiencia en la enseñanza de la literatura– se funda en el deseo de colaborar con sus profesores y con ustedes en la construcción de jóvenes lectores.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Si bien en nuestra colección encontrarán no solamente obras consideradas clásicas, sino también algunas a las que no se ha incluido en esa categoría (ciertamente amplia y variable), coincidimos con el escritor italiano Ítalo Calvino, quien comienza su libro *Por qué leer los clásicos* proponiendo varias definiciones de "obra clásica". Entre ellas, afirma que los clásicos son esos libros que "ejercen una influencia particular", en parte porque "nunca terminan de decir lo que tienen que decir", aun cuando se los ha leído y releído y aunque han pasado siglos desde que se los escribió. Además, destaca el papel de la escuela no solamente como institución que está obligada a dar a conocer cierto número de clásicos, sino también como aquella que debe ofrecer a los estudiantes las herramientas necesarias para que puedan elegir sus propios clásicos en el futuro, es decir, para que construyan su propia biblioteca.

Estamos convencidos de que leer las grandes obras que en esta colección les ofrecemos constituye una de las actividades orientadas a favorecer el desarrollo de las habilidades para comunicarse y para pensar; a allanar su camino de formación escolar, universitaria, profesional; a ayudar a que se desempeñen en el ámbito del estudio y del trabajo.

Por estas razones, entonces, creemos que la lectura de los libros de nuestra colección puede incluirse entre las acciones tendientes a la formación de personas más libres.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Leer hoy y en la escuela
El duelo

Joseph Conrad nos plantea en *El duelo* la historia de dos soldados, húsares del ejército de Napoleón, que se baten a duelo en el transcurso de quince años por un episodio aparentemente equívoco e insignificante, aunque crucial para sus vidas. Frente a tamaña decisión, sobreviene una pregunta inevitable: ¿cómo definir aquello que consideramos significativo o importante para la propia experiencia? Tal vez podamos comprender que algunos hechos relacionados con el poder, el dinero, o la competencia por una mujer, son la causa del complejo y prolongado conflicto sobre el que trata esta *nouvelle*, que abarca la juventud y madurez de los personajes; pero no son precisamente éstos los motivos de la confrontación. Además, a medida que transcurre el relato, las "verdaderas" causas son cada vez más difusas.

Conrad se vale de una nimiedad para representar un drama que es espejo –como Gustave Flaubert quería que fuese la novela– de la época en que se desarrolla la historia. Observemos el conflicto en su particularidad, como lo hace Conrad, y también los grandes escritores del Realismo. La novela nos interroga sobre qué son el honor, el coraje, la pasión, la fidelidad; por extensión, podemos preguntarnos qué son la codicia, la traición, la venalidad, la cobardía. Las grandes guerras europeas de principios del siglo XIX –que fueron el preludio de la crueldad de la Primera y Segunda Guerra Mundial– componen el escenario propicio para

el antagonismo entre estos personajes de sentimientos heroicos y desmesurado sentido del honor.

En *El duelo*, la acción es importante, pero también lo son los impulsos profundos de los personajes. La maestría narrativa de Conrad nos asegura momentos de tensión en cada enfrentamiento entre Feraud y D'Hubert, y de incertidumbre ante cada cambio de tiempo y lugar. A la vez, nos muestra que cada signo, en este caso el del honor, por virtuoso que sea, puede corromperse y acaso convertirse en su contrario.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Avistaje

Las siguientes actividades les permitirán abordar el relato de Conrad con un bagaje de conocimientos que redundarán en una lectura más productiva.

1. En *El duelo*, resulta fundamental la **época** en que se desarrolla la historia, esto es, a principios del siglo XIX. Consulten textos escolares, enciclopedias y páginas de Internet y caractericen el período histórico que atravesaba **Europa hacia 1800**. Mencionen y enuncien los rasgos principales de las **escuelas literarias** y **artísticas** en general que se desarrollaban en ese momento.

2. Joseph Conrad publicó *El duelo* en 1907, cuando empiezan a producirse grandes cambios en la literatura a partir del surgimiento de ideas distintas de las que habían predominado en el siglo anterior. Consulten en la biblioteca de la escuela o en alguna que quede cerca del lugar donde viven cuáles eran las **nuevas corrientes literarias** a principios del siglo XX y sus principales escritores. Tengan en cuenta las siguientes palabras clave: *modernismo anglosajón* y *vanguardias*. Vuelquen la información que hayan obtenido en un cuadro como el que figura a continuación.

Corrientes literarias del siglo XX	Características	Principales autores

3. Según el diccionario de la Real Academia Española, el significado principal del término ***antagonismo*** es el siguiente: "Contrariedad, rivalidad, oposición sustancial o habitual, especialmente en doctrinas y opiniones". Escriban por lo menos tres antagonismos u oposiciones que puedan definir a individuos de diferente carácter.
Por ejemplo: *iracundia – tranquilidad; fortaleza – debilidad.*

4. Marquen en la siguiente lista las palabras que consideren más estrechamente relacionadas con el término ***honor***. Justifiquen brevemente la elección.

dignidad – egoísmo – vanidad – orden – inteligencia – orgullo – amor – castigo – coraje

5. Con un compañero, elaboren una definición para el término ***duelo***. Compartan su definición con el resto de la clase. Luego, busquen en el diccionario el significado de esa palabra y corrijan o agreguen lo que corresponda a la definición que escribieron.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Palabra de expertos

Introducción

José Villa

El corazón de las tinieblas, Lord Jim

Jozef Teodor Konrad Nalecz Korzeniowski, para la historia de la literatura por siempre conocido como Joseph Conrad (1857-1924) –nombre que adoptó al adquirir la ciudadanía inglesa en 1886–, nació en Berdyczew, Polonia (actual Ucrania), en aquel momento ocupada por la Rusia zarista. En 1862, su padre, Appolonius Korzeniowski, poeta y traductor de Shakespeare, debido a su actividad política contraria al régimen ruso, fue deportado junto con su familia a Siberia[1], donde cumplió la condena de trabajos forzados. En 1865 su madre murió de tuberculosis. Cuatro años más tarde, en Cracovia, falleció su padre; sobre su lápida los amigos de éste escribieron:

1 **Siberia:** la historia de esta región septentrional de Asia correspondiente a la Rusia oriental, de clima frío e inhóspito, cuyos principales límites son el océano Glaciar Ártico en el extremo norte y el Pacífico hacia el Este, está vinculada con el exilio al que fueron condenados los presos comunes y políticos desde los tiempos de los gobiernos totalitarios del zarismo (el régimen imperial) hasta la Rusia comunista gobernada por Iósif Stalin (1878-1953). Desde 1815 Polonia se encontraba bajo el dominio de Rusia; en 1863, estalla una rebelión polaca, que es cruelmente oprimida. El padre de Conrad, de ideas nacionalistas, fue enviado a Siberia en el marco de este largo conflicto político.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

"Apolonius Nalecz Korzeniowski, víctima de la tiranía moscovita. Nacido el 21 de febrero de 1820. Muerto el 13 de mayo de 1869. Al hombre que amó a su patria, trabajó y murió por ella. Sus compatriotas". El único vínculo familiar que le quedó a quien luego sería Joseph Conrad era un tío, con el que permaneció hasta los diecisiete años, cuando partió hacia Marsella para iniciar la carrera de marino en la flota mercante francesa, que continuó en la inglesa hasta su retiro a los treinta y ocho años. En ese momento decidió que la literatura sería su nuevo destino y que su lengua literaria sería el inglés. Se considera en general que estas primeras experiencias familiares tuvieron un importante papel en su obra. En 1895, publicó su primera novela, *La locura de Almayer* (*Almayer's Folly*), a la que le seguirán, entre otras, *El negro del Narciso* (*The nigger of the 'Narcisus'*) (1897), *El corazón de las tinieblas* (*Heart of darkness*) (1899), *Lord Jim* (1900), *Tifón* (*Typhoon*) (1902), *Nostromo* (1904), *El duelo* (*The duel*) (1907), *El agente secreto* (*The secret agent*) (1909), *Victoria* (*Victory*) (1915) y *La línea de sombra* (*The shadow line*) (1917). Aunque no siempre obtuvo éxito con el público, su obra fue rápidamente reconocida por otros escritores de habla inglesa; entre ellos, quien fue además su amigo e inspirador: Henry James[2].

De la experiencia de los viajes marítimos, Conrad extrajo gran parte de sus temas e historias. Por esta razón, su narrativa ha sido vinculada con el relato de aventuras; pero los hechos narrados por Conrad no componen una continuidad de episodios típicos de un relato

2 **James, Henry** (1843-1916): uno de los escritores más importantes de la novelística británica de finales del siglo XIX y principios del XX, autor de *Otra vuelta de tuerca* (*The turn of the screw*) (1898) y *Las alas de la paloma* (*The wings of the dove*) (1902), entre otras novelas de tramas digresivas y ambiguas que recorren el mundo interior de los personajes –por ello, se las considera parte de lo que se conoce como novela psicológica–, lo que permite que el lector descubra progresivamente los acontecimientos junto con el devenir mismo del relato. Esta técnica es muy utilizada por Conrad.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

de acción en lugares exóticos –como podrían considerarse las novelas de Emilio Salgari[3]–, sino que el espacio en el que se encuentran los personajes le sirve para formular una profunda interrogación. En qué consiste esa interrogación, y en la necesidad de ella, está la particularidad de la prosa de Conrad. Al respecto, en su *Historia de la literatura inglesa*, George Saintsbury señala: "Conrad se consideraba ante todo escritor de novelas psicológicas, y muy luego de cuentos de mar. *Yo insisto no en los acontecimientos, sino en su efecto sobre las personas del argumento*, escribió él mismo"[4].

En *El corazón de las tinieblas*, una de sus novelas más famosas –principalmente debido a que el director cinematográfico Francis Ford Coppola se basó en ella para filmar *Apocalipsis now* (1979)–, el narrador de la historia, el capitán Marlow, en un anochecer a bordo de un barco encallado en el Támesis, cuenta a unos camaradas los hechos que le ocurrieron en la selva del Congo. Allí, incorporado a una compañía naviera belga dedicada al tráfico del marfil y la explotación del caucho, debe ir en busca de una avanzada que se internó en un río y del que no se han tenido mayores noticias. Esta avanzada había sido conducida por un tal Kurtz, un enigmático personaje al que todos consideran "un hombre brillante". Lo cierto es que Kurtz se ha introducido en la jungla y ya no se sabe nada de él. El narrador viajero refiere su experiencia en esa tierra colonial; su encuentro con Kurtz es totalmente aleccionador. Kurtz, esa persona de genio y sensibilidad, termina enajenado por la

3 **Salgari, Emilio** (1863-1911): periodista y escritor italiano. Se lo conoce principalmente por sus novelas de aventuras, protagonizadas por personajes que han pasado a formar parte de la cultura popular, como Sandokán, el *tigre de la Malasia*, o el Corsario Negro. Escribió ochenta novelas y un número aún no precisado de aventuras y relatos.

4 Saintsbury, George, *Historia de la literatura inglesa* (tomo II), Buenos Aires, Losada, 1957, p. 316.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

situación que debió asumir en ese paraje: “el horror, el horror”, son las palabras más importantes que Kurtz logra pronunciar a lo largo del encuentro. Estas palabras, junto con otras que Marlow reitera a lo largo del relato, como “oscuridad”, “muerte”, “locura”, provocan en el lector un extraño efecto de retorno a aquel. ¿De qué se está hablando? ¿Qué es lo que está ocurriendo u ocurrió? ¿Qué es lo que verdaderamente se quiere narrar? Acaso, lo indecible, el hecho de estar frente al “horror”. En este punto, el relato plantea los límites del conocimiento, la racionalidad y los sentimientos, sin terminar de expresar lo que describe, dejando siempre una huella de insatisfacción y misterio. Son muchos los significados de esta evocación persistente. La magnífica novela narra la explotación y la muerte de los habitantes del oscuro y húmedo ambiente de una selva, donde son sometidos a todo tipo de vejaciones y reducidos a la esclavitud. Pero hay algo más: si bien el relato no deja de ser una presentación cabal de los crímenes que las naciones llamadas “civilizadas” cometieron en los territorios colonizados, ese no parece ser el único objetivo –de hecho, para algunos críticos no es lo suficientemente contundente en su juicio de la crueldad ilimitada con que fueron tratados los desgraciados habitantes originarios–; también narra la perturbación que los colonizadores sufren durante su estadía. Alienados, los habitantes nativos y los colonos traban una relación tan fatal como ambigua: un choque de intereses, creencias e interpretaciones. Conrad había estado efectivamente en la selva del Congo en 1890 como expedicionario al servicio de una compañía regenteada por el rey Leopoldo II de Bélgica (1835-1909), un genocida que organizó el

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

comercio para su provecho personal[5]. De esa estadía resultó *El corazón de las tinieblas*, un relato que, podemos decir, intenta vislumbrar el camino de la ruina del alma y sus consecuencias en el contexto de los efectos devastadores que provocaron las naciones colonialistas durante el período más expansivo de la Revolución Industrial[6].

En *Lord Jim*[7], considerada por muchos la obra más importante de Conrad, el mismo narrador viajero, el capitán Marlow, cuenta la historia de un héroe "romántico"[8] –así se lo reconoce en diversas oportunidades a lo largo del relato–, Jim, que desde muy joven decide

---

5 En un esclarecedor prólogo a ***El corazón de las tinieblas***, el escritor peruano Mario Vargas Llosa (1936) comenta que este rey impuso en la región del Congo, entre 1885 y 1906, un régimen que provocó entre cinco y ocho millones de muertes. Basándose en la investigación realizada por el historiador Adam Hochschild, que culminó en el libro *King Leopold's ghost*, Vargas Llosa señala: "Leopoldo II fue una indecencia humana, pero culta, inteligente y creativa. Planeó su operación congolesa como una gran empresa económico-política, destinada a hacer de él un monarca que, al mismo tiempo, sería un poderosísimo hombre de negocios, dotado de una fortuna y una estructura industrial y comercial tan vastas que le permitirían influir en la vida política y el desarrollo del resto del mundo. Su colonia centroafricana, el Congo, una extensión tan grande como media Europa occidental, fue su propiedad particular hasta 1906, en que la presión de varios gobiernos y de una opinión pública alertada sobre sus monstruosos crímenes lo obligó a cederla al Estado belga". "Las raíces de lo humano", prólogo a *El corazón de las tinieblas*, Buenos Aires, Sudamericana de Bolsillo, 2006.

6 **Revolución Industrial:** proceso histórico, sin precedentes, de mecanización de la extracción de materias primas, elaboración de productos, transporte y comercialización, iniciado en Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo XVIII, que reconoce dos grandes períodos: el primero se inicia con la invención de la máquina a vapor, que favorece la producción a gran escala; el segundo, que comienza aproximadamente en 1870, consiste en la aceleración de los procesos debido al uso de nuevas fuentes de energía para la industria y el transporte: al carbón se le suman la energía eléctrica y el petróleo. Esto ocasionó que las naciones que impulsaron el cambio industrial establecieran una división internacional entre países industriales (por ejemplo, EE.UU., Gran Bretaña y Francia) y aquellos productores de materias primas (Argentina, Australia), lo que a su vez originó el interés por parte de los países industriales por la explotación de colonias de África y Asia, con el empleo de mano de obra esclava o semiesclava.

7 También hay una versión cinematográfica del año 1965 dirigida por Richard Brooks.

8 **Héroe romántico:** en el sentido equivalente, según los postulados del Romanticismo, al de un genio creador, sentimental, idealista, individualista y liberal.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

ser marino. Este personaje, al que el narrador le atribuye un carácter idealista y una presencia fascinadora (como la de Kurtz), con un exquisito porvenir, cae tempranamente en desgracia debido a un hecho que él no puede controlar. ¿En qué consistió ese hecho? ¿Y cuáles fueron las consecuencias? Estas transparentes preguntas, como en toda trama en la que el narrador privilegia la psiquis del personaje respecto de las acciones en sí, tienen una respuesta compleja. Jim había sido nombrado primer ayudante del capitán del *Patna*, un barco de transporte que debía conducir a su destino ochocientos peregrinos malayos. Durante una noche en alta mar, el *Patna* sufre una avería; el mando del barco decide abandonarlo mientras todos los pasajeros duermen porque considera que es un hecho el hundimiento de la embarcación. Días después, el mando del *Patna* es recogido del naufragio, en tanto que la tripulación es hallada a la deriva por un barco francés; el *Patna* no se había hundido. Jim, presentado en el relato como el único caballero entre los que conducían el barco, decide enfrentar un interrogatorio durante el cual no puede explicar por qué faltó a su deber de marino y huyó abandonando a la tripulación.

Este episodio, que significó una mácula en el honor de Jim, fue la causa de su pena. A partir de ese momento decide huir; no quiere volver a ver a su familia; trabaja como dependiente en los puertos. El relato del *Patna* lo persigue como una maldición; cada vez que alguien, en algún puerto, hace referencia a aquel episodio, Jim, sin dar explicaciones, decide huir. En ese permanente escape en que se ha convertido su vida, recala en un lugar perdido en los mapas, en el interior de un río de Malasia, donde se convierte en una persona ejemplar a la que todos los aldeanos respetan por su sabiduría, admiran por su coraje y consideran su líder. No obstante, la historia de aquel momento de turbación regresa debido a la aparición de un sujeto del "mundo exterior", un siniestro pirata que le recuerda su falta.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Es evidente que en la novela, mucho más que los acontecimientos, importan las motivaciones de este personaje errante que lleva consigo un secreto. Algo que él no puede decir, mucho más por la vergüenza y el deshonor de sí mismo que por lo que otros pudieran comprender. Toda la historia gira en torno de esta imposibilidad de volver de aquel traspié inicial, que se transforma en un tormento para la conciencia y que el personaje quiere recordar y a la vez lavar. Así, un episodio claro y evidente, por su permanente recurrencia y significado, se va acrecentando hasta ser no solo un cargo para la conciencia sino también un episodio cuyas causas no se pueden dilucidar por completo; podemos decir que en *Lord Jim* este hecho recurrente se transforma en un símbolo –como es el "horror" en *El corazón de las tinieblas*– si entendemos este concepto como lo indica Arnold Hauser: "...el contenido de un símbolo no puede ser traducido a ninguna otra forma […] pero puede ser interpretado de varias maneras, y esta variabilidad de la interpretación, esta aparente inagotabilidad del significado de un símbolo, es su característica más esencial. […] La alegoría es una especie de enigma cuya solución es obvia, mientras el símbolo solo puede ser interpretado, pero no resuelto"[9]. Aquella falla inicial se torna tortuosa para Jim y lo persigue dondequiera que vaya.

Esta novela, que deliberadamente tiene como protagonista a un personaje "romántico", acaso nos refiere de una manera tan sentimental como cruel la pérdida del honor y que todo hombre idealista tiene alguna falta que ocultar, por lo que su altruismo es solo el resultado de un comportamiento egoísta. Es, si se quiere, el develamiento (y el agotamiento) del héroe romántico. De esta manera, Conrad nos presenta

9 *Historia social de la literatura y el arte* (tomo III), Barcelona, Colección Labor, 1994, p. 228.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

un héroe moderno (accesible a la sensibilidad del lector actual), es decir, que es sujeto de contradicciones y desgarros, en ese marco permanente y devastador de las conquistas de territorios y mercados por las potencias coloniales. Este aspecto de la obra de Conrad ha sido retomado por el poeta norteamericano-británico T. S. Eliot (1888-1965) para dramatizar la situación de pérdida e inseguridad moral del hombre contemporáneo[10]; así como el despliegue de un lenguaje profusamente analítico respecto de las conductas de los personajes ha sido elogiado por Henry James, y la justeza de sus tramas considerada ejemplar por Borges[11].

10 Ver *La tierra baldía* (*The Waste Land*) (1922), *Los hombres huecos* (*The Hollow Men*) (1925), *Cuatro cuartetos* (*Four Quartets*) (1943).

11 "El Conrad que reivindica Borges tiene el atractivo de cierta literatura que fluctúa entre lo psicológico y el misterio. (Si se recuerda la colección El Séptimo Círculo, que Borges codirigió con Bioy Casares, con títulos en los que gobernaba lo deductivo, se comprobará cuál era el interés de Borges, más fascinado por el dibujo de las tramas que por las alusiones que una narración pudiera disparar hacia la realidad.) El Conrad reivindicado por Borges, casi un Conrad de laboratorio idiomático, parece proclamar la autonomía de lo literario." Saccomanno, Guillermo, "Lord Conrad", en http://www.pagina12.com.ar/2000/suple/radar/00-02/00-02-20/NOTA4.HTM [consulta: 2 de septiembre de 2008].

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

El duelo

El duelo es una novela breve y magistral en la que el símbolo o el episodio que retorna –como el "horror" en *El corazón de las tinieblas* o el acto de "cobardía" en *Lord Jim*– es la confrontación entre dos oficiales húsares del ejército de Napoleón[12]: Feraud y D'Hubert. Conrad situó esta historia en el período del surgimiento del Romanticismo (hacia 1800)[13] y la envolvió con un enfoque realista[14] (además,

12 **Napoleón I, Bonaparte** (1769-1821): general de la Francia republicana, primer cónsul de este país (desde 1799) y emperador de Europa (1804-1815). Nacido en Córcega en un hogar humilde, se trasladó a París, donde desarrolló una brillante carrera militar como artillero; en este período, sirvió en numerosas campañas militares a la Revolución Francesa de 1799. Napoleón fue un protagonista decisivo en la historia europea por su papel como soldado y gobernante durante el conflicto político que enfrentó al orden republicano francés con el monárquico. En el campo de batalla, aunque sufrió algunas grandes derrotas, sus victorias, casi siempre en inferioridad numérica, lo colocaron entre los estrategas militares más importantes de la historia; como estadista, entre otros logros, es responsable de la sanción del Código Civil, cuyo modelo legislativo se encuentra hoy vigente. El de Napoleón fue uno de los últimos intentos por la unificación europea en el régimen de un imperio.

13 **Romanticismo:** "Con este nombre se indica el movimiento filosófico, literario y artístico que se inició en los últimos años del siglo XVIII, tuvo su máximo florecimiento en los primeros decenios del siglo XIX y que constituyó la característica propia de este siglo. El significado corriente del término 'romántico', que significa 'sentimental', se deriva de uno de los aspectos más llamativos del movimiento romántico, o sea del reconocimiento de valor que atribuyó al sentimiento, categoría espiritual que la Antigüedad clásica había ignorado o despreciado, que la Ilustración del siglo XVIII había reconocido en toda su fuerza y que en el Romanticismo adquiere un valor predominante". *The New Encyclopaedia Britannica*, 30 vols. 15º ed., 1974.

14 **Realismo:** "En literatura, la palabra *realismo* se ha aplicado de manera específica a una corriente que prevaleció en la narrativa y el drama europeos durante el siglo XIX, principalmente en Francia pero también en Rusia y en otros países. [...] Básicamente, se suele hablar de 'realismo' en función de ciertos autores que trataron de ofrecer una pintura fiel de los sectores medios y bajos de la sociedad, que prestaron especial atención a los detalles de tal existencia y que intentaron mostrar la articulación del individuo en su respectivo medio. Por lo tanto, el rasgo característico de los autores realistas parece centrarse en elaborar un lenguaje que permita ofrecer un cuadro verosímil de la vida cotidiana". Rest, Jaime, *Conceptos de literatura moderna*, Buenos Aires, CEAL, 1979, pp. 128-129.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

la escribió hacia 1900, cuando la técnica del Realismo del siglo XIX ya había dado sus mejores resultados). De esta manera, podemos decir que articuló los caracteres plenos y emocionales del Romanticismo con la intención de fidelidad del Realismo. Si bien el relato de la historia depende de un narrador impersonal, como en otras obras de Conrad, el punto de vista es cambiante y está principalmente ubicado en las acciones, sensaciones y pensamientos de uno de los personajes, D'Hubert, lo que se justifica posiblemente por la mayor sensibilidad de carácter de este último. Unas pocas líneas leídas en un periódico acerca de dos soldados que mantuvieron reiterados duelos a lo largo de muchos años le sirvieron a Conrad para escribir su historia. Esta vez el tema no se desarrolla en el mar, en regiones ajenas a Europa, sino que, por el contrario, el relato ocurre en el contexto de la Gran Guerra Francesa (o Guerras Napoleónicas), que involucró a prácticamente todo el continente europeo durante los primeros quince años del siglo XIX. La historia de los duelos entre ambos oficiales escrita por Conrad coincide totalmente con este período bélico. Además, se recorta dentro del trasfondo mítico del fabuloso ejército napoleónico, que marchó en numerosos campos de batalla demostrando una incondicional adhesión a su jefe (coronado en 1804 Napoleón I, emperador de Europa) y una gran capacidad táctica. Es importante reconocer la naturaleza de la máquina de guerra que fue este ejército (denominado *Le grande Armée*) para comprender la idiosincrasia de los protagonistas de *El duelo*; no se trata de cualquier ejército, sino de formaciones que hicieron del honor por la guerra y la disciplina su gran causa. En esta ambientación de características heroicas, Conrad retoma algunos temas que le interesaron a lo largo de toda su obra: situaciones de peligro que ponen a prueba la integridad moral e intelectual de los personajes.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Debido al importante sustento histórico del relato, cabe considerar otras precisiones al respecto. Desde 1792, a raíz de los sucesos de la Revolución Francesa (1789), que significó la destitución y ejecución en 1793 del rey Luis XVI y de su esposa la reina María Antonieta, de la Casa de Austria, y la institución de un Estado republicano, Francia había tenido que enfrentar campañas bélicas organizadas por las principales monarquías europeas que, de esta manera, intentaban impedir la aplicación de las ideas republicanas y la expansión territorial del nuevo régimen francés. El desplazamiento del poder político de las clases aristocráticas y el clero significaba el fin de sus privilegios sociales y económicos, y la consolidación de la burguesía como clase social. En este marco, son diversas las circunstancias del relato que aluden al enfrentamiento entre el nuevo régimen (republicano) y el antiguo régimen (monárquico), y que pueden equipararse con uno y otro personaje. Hacia 1801 (momento en que se inicia la novela), parte del ejército francés se encuentra en Estrasburgo, una ciudad de la región de Alsacia ubicada en el curso alto del Rin, en el límite de la actual frontera con Alemania, cuya importancia reside en que se encuentra en el corredor regional que va desde el continente hacia el Atlántico. Napoleón (en el gobierno desde 1799) había consolidado su mandato tras derrotar en el campo de batalla a la Segunda Coalición (1798-1801), que contó, entre otros, a los Estados Papales, Rusia, el Reino Unido y Austria. En este período, de relativa paz, se inicia el conflicto privado entre los dos oficiales.

El teniente Feraud ha malherido a un civil durante un duelo, por lo que se libera contra él una orden de arresto; el encargado de transmitir esta orden es el teniente D'Hubert. El teniente Feraud se niega terminantemente a cumplirla y hace objeto de su ira al teniente D'Hubert; de esta manera, conduce la situación a un inesperado duelo

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

entre los dos oficiales. Nace en Feraud un odio contra D'Hubert que se traduce en una persecución para enfrentarlo siempre que puede en un nuevo duelo; y nace, en D'Hubert, el padecimiento de tener que asumir este duelo. Las causas del repentino enfrentamiento, evidentemente nimias y relacionadas con un malentendido, comprometen el honor de ambos oficiales. El constante, y desmesurado, duelo entre ambos soldados pone de relieve la conjetura de que, en realidad, se trata de una oposición arquetípica, preexistente, entre personalidades antagónicas. El relato establece las características opuestas de los personajes. Citamos algunas:

"Feraud realizaba tareas en el regimiento, pero el teniente D'Hubert tenía la buena suerte de haber sido asignado a la persona del general que comandaba la división, como *officier d'ordonnance*", p. 34;

"Los dos oficiales, uno alto, con un rostro interesante y el color del trigo segado [D'Hubert], el otro bajo y robusto, con una nariz aguileña y una densa mata de cabello crespo... [Feraud]", p. 42;

"Y dando la espalda al pequeño gascón [Feraud] —quien, siempre sobrio con las bebidas, era como si hubiese nacido intoxicado por el sol de su país de ricos viñedos—, el norteño [D'Hubert], que bebía fuerte cuando la ocasión se presentaba, pero que poseía el temperamento sereno que abunda bajo los lluviosos cielos de la Picardía, caminó hacia la puerta", p. 46;

"...era muy apreciado [Feraud] por la exuberancia de su naturaleza meridional y la simplicidad de su carácter...", p. 64;

"Pero su temperamento nórdico [D'Hubert], sentimental pero cauto y perspicaz también a su manera idealista, refrenó el impulso de contar toda la verdad del tremendo disparate", p. 68.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Dos grandes aspectos que se identifican entre sí componen el drama de esta novela. Por un lado, como se ha descrito, está el contexto de guerra total del régimen napoleónico con el resto de Europa. Por otro, el antagonismo de caracteres entre los oficiales Feraud y D'Hubert. Llegada la circunstancia de tener que relacionarse, dos naturalezas tan disímiles tendrán que imponerse necesariamente una sobre la otra, aunque es probable que los rasgos de este conflicto fueran distintos de no mediar un estado político y moral de guerra. Pero el relato no se limita a describir este antagonismo "natural" y "social", sino que lo profundiza; no se trata solo del enfrentamiento entre dos actores diferentes, manipulados, si se quiere, por determinaciones naturales, sino de un amplio interrogante acerca de lo que ocurre en sus conciencias. Es decir que ambos protagonistas, además de actores, son espectadores de sí mismos y se interrogan, cada uno según su papel y naturaleza, sobre su destino. La continuidad del duelo, que hace que nos alejemos del primer planteo esquemático, nos propone una lectura opaca y acaso difusa: a causa de la repetición del enfrentamiento, de la transparencia de los hechos (en ningún momento hay duda de los motivos accidentales del origen del conflicto), el relato pasa a una constante interrogación acerca del sentido de los acontecimientos, hasta llegar al límite existencial del absurdo. ¿Por qué continúa este enfrentamiento? Es la pregunta que se hace cualquier lector. El hecho de que la causa original vaya perdiéndose transforma la moral (el honor) de los actores en clichés que no justifican su conducta y hacen patéticas sus acciones. A ello hay que agregar el honorable silencio de ambos personajes acerca del asunto y la fama de antagonistas irreconciliables que adquieren dentro del ejército y fuera de él, con lo que actores empiezan a ser víctimas de su propio papel. El duelo pasa a ser un relato público y, por consiguiente, un acontecimiento que requiere una nueva versión.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Sin duda, el honor de ser soldados del ejército napoleónico es uno de los motivos conductores de la historia. Uno de los duelistas, Feraud, es presentado como un fanático defensor de Napoleón, en tanto que el otro, D'Hubert, al no manifestarse en voz alta, resulta distante, aunque su conducta militar siempre haya sido ejemplar (del mismo modo que su sensibilidad y su cultura). Este rasgo es importante para el desarrollo del relato, dado que Feraud, dentro del ámbito de las conjeturas, especulaciones e invenciones que ha desencadenado el conflicto, se ocupa de difundir la idea de que D'Hubert "no ama al Emperador"; tiempo después, en cierta manera, este "despropósito" pondrá a salvo a D'Hubert de toda sospecha de bonapartismo. Cuando en 1815 Napoleón cae definitivamente en la batalla de Waterloo[15], con la consecuente restitución de la monarquía en Francia, Feraud es despojado de su cargo por ser partidario de Bonaparte, en tanto que D'Hubert lo mantiene. Es decir que, con el transcurso de la historia individual y general, la separación personal e ideológica entre ambos personajes se va haciendo más compleja. Esta suma de acontecimientos le sirve a

15 ***Batalla de Waterloo:*** después de las campañas contra las coaliciones integradas en sus diferentes versiones por Inglaterra, Rusia, Austria, Prusia y estados de Italia, Alemania y España, que culminaron en victorias –como las batallas de Marengo (1800) y Austerlitz (1805)–, Francia debe afrontar el fracaso de la invasión de Rusia (1812) y el definitivo retiro de España (1813), con lo que pierde la iniciativa de la guerra. Ante una superioridad numérica total, Napoleón cae derrotado en Leipzig (1813) y debe replegar su ejército al territorio francés para emprender la defensa de París, en lo que se conoce como la Campaña de los Seis Días. Si bien el resultado de estos combates sostenidos en total desventaja compone para muchos los triunfos estratégicos más brillantes de Napoleón, este nada puede hacer ante la superioridad numérica de la Coalición y debe abandonar el gobierno (1814). Luego, habiendo sido recluido en la isla de Elba (al oeste de Italia), decide retomar el poder mediante una de las maniobras más novelescas de todo este período: al mando de una pequeña guardia, desembarca en Francia y enfrenta a las tropas de la repuesta monarquía de Luis XVIII, pero éstas deciden sumarse a Napoleón. Así, se pone nuevamente al frente del ejército para marchar a París y recuperar el gobierno, lo que da origen al período conocido como los Cien Días, en el que Napoleón vuelve a enfrentar a las coaliciones europeas, esta vez en la definitiva batalla de Waterloo, donde es derrotado (1815). Waterloo significó el final de esta prolongada guerra y del régimen de Napoleón.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Conrad para trazar una línea divisoria a la cual ambos oficiales se acercan solo para contemplarse mutuamente y decidir que deben aniquilarse, uno motivado por su fervoroso bonapartismo (Feraud), el otro para dejar atrás una etapa de su vida (D'Hubert).

En 1812, Napoleón tomó la iniciativa de invadir Rusia. Los rusos, tras una retirada estratégica, lograron establecer una posición fuerte en Borodino, cerca de Moscú. Ambos ejércitos (compuestos aproximadamente por 125.000 franceses y 130.000 rusos) sostuvieron una lucha prolongada y frontal, con numerosas bajas; al final de aquella horrorosa jornada, el general ruso Kutúzov decidió la retirada, con lo que salvaguardó la estructura principal de su ejército; Napoleón obtuvo una dudosa victoria y marchó hacia Moscú, donde se encontró con una ciudad casi vacía que luego fue incendiada por los propios rusos. Al no lograr la rendición del zar Alejandro I, Napoleón decidió el retorno de sus tropas que, sin líneas de aprovisionamiento, debieron atravesar el territorio ruso durante el riguroso invierno; las tropas francesas sufrieron el hambre y el frío, además de ser permanentemente hostigadas por la milicia rusa. El gran ejército que había invadido Rusia se fue deteriorando hasta casi desintegrarse por completo. En un pasaje de *El duelo*, Conrad nos presenta en esta situación a los protagonistas, quienes se protegen mutuamente para enfrentar a los cosacos, un pueblo guerrero de la estepa rusa, en medio de una de las retiradas más penosas que un ejército haya tenido que emprender. Si bien ambos soldados (coroneles a esta altura de los hechos) se asisten mutuamente, la vivencia extrema tampoco cambia la guerra personal: "La retirada de Moscú hundió todos los sentimientos privados en un mar de desastre y miseria. Coroneles sin regimientos, D'Hubert y Feraud cargaban mosquetes en las filas del así llamado Batallón Sagrado; un batallón reclutado con oficiales de todas las armas que ya no tenían tropas que

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

comandar. [...] A menudo, desde al alba hasta el crepúsculo, nadie hablaba en toda la columna. Era como una marcha macabra de cadáveres luchando por avanzar hacia una tumba distante. [...] Solo la alarma de un ataque cosaco podía devolver a sus ojos la apariencia de una resolución marcial. El batallón giraba hacia el frente y se desplegaba, o formaba cuadros bajo el interminable revoloteo de los copos de nieve. Una nube de jinetes con gorros de piel sobre sus cabezas enderezaba sus largas lanzas, y gritaba '¡Hurrah! ¡Hurrah!', alrededor de su amenazadora inmovilidad, de la que, con sordas detonaciones, salían disparados cientos de oscuras llamaradas rojas a través del aire cargado de la incesante nieve. En pocos minutos, los jinetes desaparecían, como llevados entre sus gritos por el vendaval, y el Batallón Sagrado, solo y quieto en medio de la ventisca, no oía más que el aullido del viento, cuyas ráfagas hurgaban en sus cuerpos buscando morder sus mismos corazones. Después, con un grito o dos de *Vive l'Empereur*! reanudaba la marcha, dejando tendidos tras de sí unos pocos cuerpos sin vida acurrucados sobre el suelo, minúsculas manchas negras sobre la blanca inmensidad de las nieves", p. 85. Conrad, sin duda, crea este extraordinario momento lírico para representar el carácter de la fuerte unión y, a la vez, la irrenunciable separación entre ambos personajes.

Por último, es el propio honor en peligro lo que ocasiona que D'Hubert salve a Feraud del pelotón de fusilamiento cuando se producen la restauración monárquica y la definitiva derrota de Napoleón y su confinamiento en Santa Helena[16]. Así como la Revolución Francesa había tenido una violenta etapa, conocida como El Terror, antes de su

16 **Santa Helena:** tras la batalla de Waterloo, Napoleón es enviado como prisionero de Gran Bretaña a la isla de Santa Helena, un territorio casi deshabitado a 2.800 kilómetros de la costa de Angola, que servía como prisión, donde pasa sus últimos años.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

institucionalización, y Napoleón había conformado un Estado represivo, el régimen del nuevo rey Luis XVIII se encargó de perseguir a los antiguos bonapartistas (este proceder fue conocido como el Terror Blanco, que hace alusión al color distintivo de la dinastía borbónica de Francia). En ese momento, Feraud es un general de reconocida adhesión bonapartista, mientras que D'Hubert (también general) ha sido aceptado dentro del nuevo ejército monárquico; pero el rumor señala a este último como un hombre intrigante que "nunca amó al Emperador". Es posible que este episodio en el que D'Hubert decide salvar a Feraud utilizando su influencia sea el de mayor significación psicológica de la novela; D'Hubert siente, debido a la posición que ocupa y por lo que se dice de él, que es responsable de la vida de Feraud, de modo que se ve obligado a salvarlo.

Hacia el final, Feraud es un "prisionero" del régimen restaurado y D'Hubert no puede confesar esta antigua pendencia a su prometida. La nueva situación política y personal de ambos soldados requiere la celebración de un duelo secreto; así, el amplio ciclo de las guerras que duró quince años va volviéndose diminuto hasta desaparecer. La conclusión de la novela parece proponer un porvenir de felicidad y paz para D'Hubert, pero también es melancólica, puesto que la historia subyacente nos presenta el final oscuro del derrotado: Feraud. En la secuencia final de la versión cinematográfica de *El duelo*, que fue el promisorio inicio de la obra del director británico Ridley Scott en 1977[17], Feraud aparece sobre un risco contemplando la lejanía con las manos cruzadas detrás y el gesto cavilante con que la Historia identificó al emperador Napoleón Bonaparte.

17 **Scott, Ridley** (1937): también fue director, entre otras películas, de *Alien, el octavo pasajero* (1979), *Blade runner* (1982), *Thelma y Louise* (1991) y *American gangster* (2007).

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

El duelo

CAPÍTULO I

Napoleón I[1], cuya carrera tenía el carácter de un duelo contra toda Europa, detestaba los duelos[2] entre los oficiales de su ejército. El gran emperador militar no era un espadachín, y tenía poco respeto por la tradición.

No obstante, una historia de duelo, que se transformó en leyenda en el ejército, surcó la épica[3] de las guerras imperiales[4]. Para sorpresa y admiración de sus compañeros, dos oficiales, como artistas dementes que tratasen de dorar oro refinado o de pintar el lirio, prosiguieron una contienda privada a lo largo de los años de carnicería universal. Eran oficiales de caballería[5], y su conexión con el brioso pero antojadizo animal que porta los hombres al combate parece particularmente apropiada. Sería difícil imaginar para héroes de esta leyenda a dos oficiales de infantería[6] de línea,

---

1 **Napoleón I (1769-1821):** uno de los genios militares más relevantes de la historia. En el momento en que comienza la novela (1801) Napoleón se encuentra en el gobierno de Francia; en 1804 fue nombrado emperador de Europa. Por más de una década mantuvo un amplio control sobre Europa Occidental y Central, gracias a su habilidad en batallas y alianzas políticas. A partir de 1813, su estrella se vio opacada por la derrota en la Batalla de las Naciones, que fue el primer paso hacia su fracaso definitivo en la batalla de Waterloo (Bélgica), en 1815. Luego de eso, fue confinado a la isla de Santa Helena, donde falleció seis años después. Ver nota 12 Palabra de expertos p. 21.

2 **Duelo:** combate formal entre dos caballeros que se practicó con asiduidad entre los siglos XV y XX. En general, el duelo era solicitado por uno de los contrincantes ofendido en su honor por alguna razón en particular. Así como existían dos duelistas, no podían faltar los padrinos, que llevaban las armas, fiscalizaban el lance y algunas veces hasta se desafiaban a pelear. Los duelos, originariamente, fueron a espada, pero con el tiempo la pistola tomó un lugar de preponderancia. En este último caso, cada contrincante tenía derecho a disparar una sola vez.

3 **Épica:** género literario en el que se relatan hechos legendarios, reales o ficticios, contados con cierta objetividad de parte del narrador.

4 ***Guerras imperiales:*** las batallas llevadas a cabo por Napoleón I como emperador de Francia a partir de 1804. Fueron guerras contra varios países de Europa (entre ellos, España e Italia) en las que Francia logró anexar varias regiones, como el norte de Alemania, Holanda, las provincias Ilirias (Eslovenia, Croacia, Montenegro, etc.) y hasta los Estados Papales.

5 **Caballería:** unidad militar que combate montada a caballo.

6 **Infantería:** unidad militar que combate a pie.

por ejemplo, cuya fantasía se ve domada por los frecuentes ejercicios de marcha, y cuyo valor debe necesariamente ser de un tipo más esforzado y pedestre. En cuanto a los artilleros[7] e ingenieros[8], cuyas cabezas se mantienen frías a base de una dieta de matemáticas, es simplemente impensable.

Los nombres de los dos oficiales eran Feraud y D'Hubert, y ambos eran tenientes de un regimiento de húsares, pero no del mismo.

Feraud realizaba tareas en el regimiento, pero el teniente D'Hubert tenía la buena suerte de haber sido asignado a la persona del general que comandaba la división, como *officier d'ordonnance*[9]. La división se encontraba en Estrasburgo[10], y en esta agradable e importante guarnición, los tenientes estaban disfrutando enormemente de un breve intervalo de paz. Lo estaban disfrutando, aunque ambos eran profundamente guerreros, porque se trataba de una paz destinada a afilar las espadas y a limpiar los fusiles, de una paz cara a un corazón militar e inofensiva a su prestigio, ya que nadie creía en su sinceridad o duración.

En esas circunstancias históricas, tan favorables a la adecuada apreciación del ocio castrense[11], el teniente D'Hubert avanzó, una hermosa tarde, por una tranquila calle de un alegre suburbio hacia las habitaciones del teniente Feraud, que se encontraban en una casa particular con un jardín en el fondo, perteneciente a una señorita mayor.

Su llamado a la puerta fue respondido al instante por una joven criada en traje alsaciano[12]. Su tez lozana y sus largas pestañas, que la muchacha bajó con recato ante la vista del alto oficial, provocaron que el teniente

7 **Artillero:** miembro de la unidad militar que combate con armas. En plural, la palabra se refiere al grupo de soldados que manejan cañones, armas de fuego, catapultas, etcétera.

8 **Ingeniero:** en combate, es quien apoya a los soldados en cuestiones de logística y actividades propias del ejército, construyendo puentes y pasarelas, minando campos, etcétera.

9 ***Officier d'ordonnance:*** "oficial de ordenanza", persona de total confianza del soberano, que está disponible para auxiliarlo las veinticuatro horas.

10 **Estrasburgo:** ciudad de Francia, capital y principal urbe de Alsacia.

11 **Castrense:** relativo al ejército.

12 **Alsaciano:** relativo a la región francesa de Alsacia que se ubica al este del país.

D'Hubert, que era accesible a las impresiones estéticas, relajara la fría y severa gravedad de su rostro. Observó, al mismo tiempo, que la joven tenía en su brazo un par de pantalones de húsar[13], azules con una franja roja.

—¿El teniente Feraud está? —inquirió afablemente.

—¡Oh, no, señor! Salió esta mañana a las seis.

La bonita criada trató de cerrar la puerta. Pero el teniente D'Hubert, oponiéndose a este movimiento con suave firmeza, entró en el vestíbulo haciendo resonar sus espuelas[14].

—¡Vamos, querida! ¿No pretenderá decirme que no ha vuelto a casa desde la seis?

Mientras decía estas palabras, el teniente D'Hubert abrió sin ninguna ceremonia la puerta de un cuarto tan cómoda y prolijamente ordenado que, sólo gracias a la evidencia interna bajo la forma de botas, uniformes y equipos militares, pudo adquirir la certeza de que se trataba de la habitación del teniente Feraud. Y vio también que el teniente no estaba en casa. La veraz criada lo había seguido, y alzó sus cándidos ojos hacia su rostro.

—¡Hm! —dijo el teniente D'Hubert muy decepcionado, pues ya había visitado todos los lugares en los que era posible encontrar a un teniente de húsares una hermosa tarde.

—¿De modo que no está? ¿Y sabe usted, por casualidad, mi querida, por qué salió a las seis de la mañana?

—No —respondió ella prontamente—. Anoche vino tarde, y roncó. Lo oí cuando me levanté a las cinco. Después se vistió con su viejo uniforme y salió. Servicio, supongo.

—¿Servicio? ¡En absoluto! —gritó el teniente D'Hubert—. Sepa, mi ángel, que salió tan temprano para batirse a duelo con un civil[15].

---

13 **Húsar:** militar de caballería ligera, cuyo uniforme se parece al de los soldados de caballería húngara.

14 **Espuela:** arco metálico en forma de estrella cuyas puntas utiliza el jinete para pinchar a su caballo.

15 **Civil:** que no es militar.

Ella oyó esta noticia sin el más mínimo estremecimiento de sus oscuras pestañas. Era muy evidente que, como regla general, las acciones del teniente Feraud estaban por encima de las críticas. La criada se limitó a alzar un instante la vista en muda sorpresa, y el teniente D'Hubert concluyó, por esta ausencia de emoción, que debía haber visto al teniente Feraud más tarde esa mañana. El oficial echó un vistazo alrededor de la habitación.

—Vamos —insistió, con confidencial familiaridad—. ¿Tal vez ahora mismo esté en alguna parte de la casa?

Ella negó con la cabeza.

—¡Tanto peor para él! —prosiguió diciendo el teniente D'Hubert, en un tono de ansiosa convicción—. Pero ha regresado a casa esta mañana.

Esta vez la bonita criada hizo un ligero gesto de asentimiento.

—¡Sí ha regresado! —gritó el teniente D'Hubert—. ¿Y ha vuelto a salir? ¿A qué? ¡No podía quedarse tranquilamente adentro! ¡Qué lunático, mi jovencita!

La amable y natural disposición y el fuerte sentido de camaradería del teniente D'Hubert ayudaron a sus poderes de observación. Cambió el tono a uno de insinuante suavidad, y, contemplando los pantalones de húsar que colgaban del brazo de la muchacha, apeló al interés que la jovencita ponía en el bienestar y la felicidad del teniente Feraud. Se mostró apremiante y persuasivo. Se valió de sus ojos, que eran amables y bellos, con excelente resultado. Su ansiedad por dar de inmediato con el teniente Feraud, por el propio bien de éste, parecía tan genuina que finalmente venció la reticencia de la muchacha a hablar. Desafortunadamente esta no tenía mucho para decir. El teniente Feraud había regresado a casa poco antes de las diez, había ido directamente a su habitación, y se había arrojado en la cama para retomar el sueño. Ella lo había oído roncar algo más fuerte que antes hasta bien entrada la tarde. Después se levantó, se puso su mejor uniforme, y salió. Eso era todo lo que ella sabía.

La muchacha alzó los ojos, y el teniente D'Hubert los miró con incredulidad.

—¡Es increíble! ¡Ir a pasearse por la ciudad en su mejor uniforme! Mi niña, ¿no sabe usted que esta mañana atravesó con su espada a un civil? De lado a lado, como quien ensarta una liebre.

La bonita criada oyó la truculenta[16] noticia sin signo alguno de consternación. Pero apretó los labios pensativamente.

—No está paseándose por la ciudad —señaló en voz baja—. Lejos de ello.

—La familia del civil está armando un alboroto tremendo —continuó diciendo el teniente D'Hubert, sin interrumpir su tren de pensamiento—. Y el general está muy enfadado. Es una de las mejores familias de la ciudad. Feraud al menos debería haber permanecido en su casa.

—¿Qué le hará el general? —inquirió con ansiedad la muchacha.

—De seguro, no le hará cortar la cabeza —refunfuñó el teniente D'Hubert—. Pero su conducta es verdaderamente indecente. Se está creando un sinfín de problemas con esta clase de bravuconadas[17].

—Pero no está paseándose por la ciudad —insistió la criada en un suave murmullo.

—¡Es verdad! Ahora que lo pienso, no lo he visto por ninguna parte. ¿Dónde demonios se ha metido?

—Ha ido a hacer una visita —sugirió la criada, tras un momento de silencio.

El teniente D'Hubert se sorprendió.

—¡Una visita! ¿A visitar a una dama quiere decir usted? ¡Que hombre más descarado! ¿Y cómo sabe usted eso, mi querida?

Sin ocultar su desprecio de mujer por la torpeza de la mente masculina, la bonita criada le recordó que, antes de salir, el teniente Feraud se había arreglado con su mejor uniforme. También se había puesto su *dolman*[18] más flamante, agregó ella, en un tono que parecía sugerir que la conversación la estaba exasperando, y se volteó bruscamente.

Sin cuestionar la exactitud de la deducción, el teniente D'Hubert no veía que esta le hiciera avanzar mucho en su búsqueda oficial. Pues la bús-

16 **Truculento:** muy cruel.

17 **Bravuconada:** fanfarronada. Se da en alguien que simula tener valor.

18 ***Dolman***: en castellano es "dolmán", una chaqueta de uniforme con adornos variados y vueltas de piel, usada por ciertos cuerpos de tropa, principalmente los húsares.

queda del teniente Feraud revestía un carácter oficial. No conocía a ninguna de las mujeres que este sujeto, que había ensartado a un hombre con su espada, pudiese visitar por la tarde. Los dos jóvenes se conocían, pero ligeramente. El teniente mordió perplejo su dedo enguantado.

—¡Una visita! —exclamó—. ¡Una visita al diablo!

Mientras la muchacha, de espaldas a él, doblaba los pantalones de húsar sobre una silla, protestó con una risita de irritación:

¡Oh, no, mi señor! A madame de Lionne.

El teniente D'Hubert lanzó un suave silbido. Madame de Lionne era la esposa de un alto funcionario, que tenía un conocido salón y la pretensión de ser una mujer sensible y elegante. El marido era un civil, y un hombre mayor; pero quienes frecuentaban el salón eran jóvenes y militares. El teniente D'Hubert había silbado, no porque le desagradara la idea de perseguir al teniente Feraud hasta el mismísimo salón, sino porque, habiendo llegado solo recientemente a Estrasburgo, aún no había tenido tiempo de ser presentado a Madame de Lionne. Y se preguntaba qué estaría haciendo allí el bravucón de Feraud. No parecía la clase de hombre que…

—¿Está segura de lo que dice? —preguntó el teniente D'Hubert.

La muchacha parecía estar completamente segura. Sin voltearse hacia él, explicó que el cochero de su vecino conocía al *maître-d'hôtel*[19] de madame de Lionne. De esta manera, tenía ella la información. Y estaba totalmente segura. Al afirmar esto, suspiró. El teniente Feraud visitaba a Madame de Lionne casi todas las tardes, agregó.

—¡Ah, bah! —exclamó irónicamente el teniente D'Hubert. Su opinión de madame de Lionne descendió varios grados. El teniente Feraud no parecía ser especialmente digno de la atención de una mujer que tenía reputación de sensibilidad y elegancia. Pero no había forma de saber. En el fondo, eran todas iguales –mucho más prácticas que idealistas–. No obstante, el teniente D'Hubert no dejó que su mente se demorara en estas consideraciones.

19 ***Maître-d'hôtel*:** "maestro de sala", camarero en los restaurantes u hoteles.

—¡Por Júpiter![20] —reflexionó en voz alta—. El general va allí a veces. ¡Si por casualidad llega a encontrar al sujeto haciendo ojitos a la dama, se armará un revuelo de mil diablos! Nuestro general no es una persona muy complaciente, se lo aseguro.

—¡Vaya rápido, entonces! ¡No se quede ahí parado ahora que le he dicho dónde está! —gritó la muchacha, enrojeciendo hasta los ojos.

—¡Gracias, mi querida! No sé qué habría hecho sin usted.

Tras manifestar su gratitud de una forma agresiva, que la joven al principio repelió con violencia, y a la que luego se sometió con una indiferencia repentina y aun más repulsiva, el teniente D' Hubert partió.

Avanzó con paso marcial por la calle haciendo tintinear sus espuelas y su sable[21]. Rastrear a un camarada hasta un salón de recepción en el que era un desconocido no lo perturbaba en lo más mínimo. Un uniforme es un pasaporte. Su puesto de *officier d'ordonnance* del general incrementaba su seguridad. Además, ahora que sabía dónde encontrar al teniente Feraud, no tenía opción. Era una cuestión de servicio.

La casa de madame de Lionne tenía un excelente aspecto. Un hombre en librea[22] gritó su nombre, mientras abría la puerta de un vasto salón de recepción con un moro de cera[23], y se hizo a un lado para dejarlo pasar. Era día de recepción. Las damas llevaban grandes sombreros sobrecargados con una profusión de plumas; sus cuerpos enfundados en blancos y ajustados vestidos desde las axilas hasta la punta de los bajos zapatos de satín[24] les conferían la apariencia de sílfides[25] etéreas y frescas en un gran despliegue de cuellos y brazos desnudos. Por el contrario, los hombres que conversaban con ellas estaban ataviados pesadamente en prendas multicolores con cuellos hasta las orejas y gruesas fajas alrededor de sus cinturas.

---

20 ***¡Por Júpiter!:*** expresión que marca admiración.
21 **Sable:** arma blanca, larga y curva.
22 **Librea:** uniforme de gala que usan algunos empleados para llevar a cabo su ocupación.
23 ***Moro de cera:*** imagen de un hombre del norte de África.
24 **Satín:** tejido de seda o algodón, brillante, pero de menor calidad que el raso.
25 **Sílfide:** ser fantástico, ninfa del aire. Mujer esbelta.

El teniente D'Hubert cruzó imperturbable la sala y, haciendo una profunda reverencia delante de una esbelta figura de sílfide reclinada sobre un diván, ofreció sus disculpas por esa intrusión, que nada, excepto la extrema urgencia de la orden que tenía que comunicar a su camarada el teniente Feraud, podía excusar. Se proponía regresar más tarde de una manera más apropiada y rogar que lo disculpara por interrumpir la interesante conversación… aun antes de que hubiese terminado de hablar vio extenderse hacia él con grácil indolencia un brazo desnudo. El teniente presionó respetuosamente la mano contra sus labios, e hizo mentalmente el comentario de que era huesuda. Madame de Lionne era rubia, con una piel demasiado fina y un rostro alargado.

—*C'est ça*[26] —dijo ella, con una sonrisa etérea que dejaba al descubierto una hilera de grandes dientes—. Venga esta noche a suplicar su perdón.

—No faltaré, madame.

Entretanto el teniente Feraud, espléndido en su dolman flamante y sus botas de visita sumamente lustradas, se encontraba sentado a centímetros del diván, con una mano descansando sobre el muslo, y la otra retorciendo en punta el extremo de sus bigotes. Ante una mirada elocuente de D'Hubert se incorporó sin entusiasmo, y lo siguió hasta el hueco de la ventana.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó, con sorprendente indiferencia. El teniente D'Hubert no podía imaginar que en su inocencia de corazón y simplicidad de conciencia el teniente Feraud tenía una visión del duelo en la que no había el más mínimo lugar para el remordimiento o siquiera para una aprensión racional de las consecuencias. Aunque no tenía un claro recuerdo de cómo se había originado la pelea (comenzó en un establecimiento en que se bebe vino y cerveza hasta tarde), no tenía la menor duda de que era él la parte ultrajada. Había tenido como padrinos a dos amigos experimentados. Todo se había llevado a cabo conforme a las reglas que gobiernan ese tipo de aventuras. Y naturalmente todo duelo se realiza con el fin de que alguien termine al menos lastimado, si no directamente muerto.

26 ***C'est ça*:** significa "es así".

El civil salió herido. También eso estaba en orden. El teniente Feraud estaba totalmente tranquilo; pero el teniente D'Hubert interpretó su actitud como afectación, y habló con cierta vivacidad.

—El general me indicó que le diera la orden de dirigirse de inmediato a sus habitaciones, y de permanecer allí bajo arresto domiciliario.

Ahora era el turno del teniente Feraud de quedar pasmado.

—¿Qué demonios me está diciendo usted? —murmuró débilmente, y se hundió en un asombro tan hondo que solo mecánicamente pudo seguir los movimientos del teniente D'Hubert. Los dos oficiales, uno alto, con un rostro interesante y el color del trigo segado, el otro bajo y robusto, con una nariz aguileña[27] y una densa mata de cabello crespo[28], se acercaron a la dueña de casa para despedirse. Madame Lionne, una mujer de gusto ecléctico[29], sonrió a estos jóvenes armados, con imparcial sensibilidad e interés por partes iguales. Madame de Lionne gozaba de la infinita variedad de la especie humana. El resto de las miradas en el salón siguió a los oficiales que partían; y una vez que hubieron marchado, uno o dos hombres, que ya habían tenido noticias del duelo, transmitieron la información a las sílfides, que la recibieron con apagados gritos de humana preocupación.

Entretanto los dos húsares caminaban juntos, el teniente Feraud tratando de dominar las razones ocultas de las cosas que en esta circunstancia eludían la comprensión de su intelecto; el teniente D'Hubert molesto por el papel que le tocaba jugar, porque las instrucciones del general eran que debía cerciorarse personalmente de que el teniente Feraud llevase a cabo las órdenes al pie de la letra, y de inmediato.

"Al parecer el jefe conoce a esta bestia", pensó, mirando de reojo a su compañero, cuyo rostro redondo, ojos circulares y hasta su pequeño

27 **Aguileño:** largo y delgado.
28 **Crespo:** enrulado.
29 **Ecléctico:** que está compuesto de opiniones o características diversas.

bigote retorcido negro azabache[30] parecían estar animados por una exasperación mental contra lo incomprensible. Y en voz alta comentó con cierto tono de reproche:

—¡El general está enfurecido como un demonio con usted!

El teniente Feraud se paró en seco al borde de la vereda, y gritó con el acento de una inconfundible sinceridad:

—¿Por qué cuernos?

La inocencia de la fogosa alma gascona se vio retratada en el modo en que el teniente Feraud se tomó la cabeza con las dos manos como para impedir que esta estallara de perplejidad.

—Por el duelo —dijo secamente el teniente D'Hubert—. Estaba terriblemente molesto por esta clase de perversa fantochada[31].

—¡El duelo! El duelo…

El teniente Feraud pasó de un paroxismo de asombro a otro. Dejó caer sus manos y siguió caminando lentamente, tratando de reconciliar esta información con el estado de sus propios sentimientos. Era imposible. Estalló indignado:

—¿Debía acaso dejar que un civil comedor de chucrut[32] se limpie las botas en el uniforme del Séptimo Regimiento de Húsares?"

El teniente D'Hubert no pudo permanecer por completo impávido ante este simple planteamiento. Este pequeño individuo era un lunático[33], pensó para sí, pero había cierta lógica en lo que decía.

—Naturalmente no sé hasta qué punto estaba usted justificado —dijo intentando serenarlo—. Y tal vez el mismo general no esté debidamente informado. Esa gente lo ha estado ensordeciendo con sus lamentos.

---

30 **Azabache:** variedad de lignito (carbón fósil de formación más reciente que la hulla), color negro de que se emplea como adorno en joyería.

31 **Fantochada:** acción propia de una persona grotesca y desdeñable.

32 **Chucrut:** receta que incluye coliflor fermentada con sal y vino, vinagre o aguardiente. Es típico de Alemania y se consume acompañando otros alimentos.

33 **Lunático:** loco.

—¡Ah! El general no está debidamente informado —masculló[34] el teniente Feraud, acelerando cada vez más el paso a medida que crecía su cólera ante la injusticia de su destino—. ¡No está debidamente… y me ordena un arresto domiciliario, con sabe Dios qué después!

—No se exaspere usted así —protestó el otro—. Los parientes de su adversario son gente muy influyente, y al parecer las cosas ya están bastante mal. El general tuvo que hacer caso de sus quejas de inmediato. No creo que tenga la intención de mostrarse excesivamente severo con usted. Que lo mantengan fuera de la vista por un tiempo es lo mejor para usted.

—Me siento inmensamente en deuda con el general —masculló entre dientes el teniente Feraud—. Y tal vez diga usted que debería estar agradecido con usted también, por las molestias que se ha tomado para localizarme en el salón de una dama que…

—Francamente —lo interrumpió el teniente D'Hubert, con una risa inocente—, creo que debería estarlo. Tuve un sinfín de problemas para averiguar dónde estaba. No era precisamente el lugar más adecuado para exhibirse en estas circunstancias. Si el general lo hubiese pescado allí haciendo ojitos a la diosa del templo… ¡oh, le doy mi palabra...! Como usted sabe, detesta que lo molesten con quejas contra sus oficiales. Y su actitud parecía extrañamente una pura bravuconada.

En ese momento los dos oficiales llegaron a la puerta de calle de las habitaciones del teniente Feraud. Este se volvió hacia su compañero.

—Teniente D'Hubert —dijo—. Tengo algo que decirle que no puede decirse adecuadamente en la calle. No puede usted rehusarse a subir.

La bonita criada había abierto la puerta. El teniente Feraud pasó bruscamente a su lado rozándola, ella alzó sus ojos atemorizados e inquisitivos al teniente D'Hubert, quien no pudo hacer más que encogerse ligeramente de hombros, mientras seguía con marcada renuencia[35].

34 **Mascullar:** hablar entre dientes, en voz baja y no claramente.
35 **Renuencia:** resistencia a una cosa o acción.

En su cuarto, el teniente Feraud desenganchó el broche, colgó su nuevo dolman sobre la cama, y, cruzándose de brazos, se volvió hacia el otro húsar.

—¿Imagina usted que soy un hombre que se somete dócilmente a la injusticia? —inquirió con vehemencia.

—¡Oh, haga el favor de ser razonable! —protestó el teniente D'Hubert.

—¡Soy razonable! ¡Soy perfectamente razonable! —retrucó el otro con amenazadora compostura—. No puedo pedir al general que dé cuenta de su comportamiento, pero usted va a responderme por el suyo.

—No puedo escuchar estas tonterías —murmuró el teniente D'Hubert, haciendo una ligera mueca de desdén.

—¿Llama usted a esto tonterías? A mí me parece una afirmación perfectamente clara. A menos que usted no entienda francés.

—¿A qué diablos se refiere?

—¡Me refiero —gritó de repente el teniente Feraud— a que le cortaré las orejas para que aprenda a molestarme con las órdenes del general cuando estoy hablando con una dama!

Un profundo silencio siguió a esta loca declaración; y a través de la ventana abierta, el teniente D'Hubert oyó a los pequeños pájaros cantando sanamente en el jardín. Dijo, sin perder la calma:

—¡Vaya! Si adopta usted ese tono, por supuesto que me pondré a su disposición en cuanto esté usted en libertad de ocuparse de este asunto; pero no creo que vaya usted a cortarme las orejas.

—Voy a ocuparme de ello ya mismo —declaró el teniente Feraud, con truculencia extrema—. Si está pensando en hacer gala de sus ínfulas y sus gracias esta noche en el *salon*[36] de madame de Lionne, está usted muy equivocado.

36 ***Salon***: "salón", es la habitación principal de una casa. Durante el siglo XIX era muy común en las familias de buena posición tener un *salon* para realizar fiestas, reuniones o recibir amistades. Era el eje principal de la vinculación social de la época.

—¡Realmente! —dijo el teniente D'Hubert, que comenzaba a sentirse irritado—, es usted una clase de individuo intratable. Las órdenes del general fueron ponerlo bajo arresto, no cortarlo en pedacitos. ¡Buenos días!

Y dando la espalda al pequeño gascón[37] —quien, siempre sobrio con la bebida, era como si hubiese nacido intoxicado por el sol de su país de ricos viñedos—, el norteño, que bebía fuerte cuando la ocasión se presentaba, pero que poseía el temperamento sereno que abunda bajo los lluviosos cielos de la Picardía, caminó hacia la puerta. No obstante, al oír a sus espaldas el sonido inconfundible de una espada siendo desenvainada, no tuvo más opción que detenerse.

"¡Que el diablo se lleve a este sureño demente!", pensó, girando sobre sus talones y examinando con calma la postura guerrera del teniente Feraud, con una espada desnuda en la mano.

—¡Ya mismo… ya mismo! —tartamudeó Feraud fuera de sí.

—Le he dado mi respuesta —dijo el otro, sin perder en ningún momento el temple.

Al principio solo se había sentido fastidiado, y algo divertido; pero ahora su rostro se había ensombrecido. Se preguntaba seriamente cómo podía hacer para escapar. Era imposible huir de un hombre con una espada, y en cuanto a luchar con él, parecía estar por completo fuera de cuestión. Aguardó unos segundos, luego dijo exactamente lo que sentía:

—¡Olvídelo! No pelearé con usted. No permitiré que nadie me haga quedar como un ridículo.

—¿Ah, no? —dijo entre dientes el gascón—. Supongo que prefiere que le hagan quedar como un infame[38]. ¿Oye usted lo que digo…? ¡Infame, infame! ¡Infame! —gritó, subiendo y bajando sobre la punta de los pies y enrojeciendo mucho en el rostro.

Por el contrario, el teniente D'Hubert se puso muy pálido por unos segundos ante el sonido de la ofensiva palabra, después se volvió rosado hasta las raíces de su cabello rubio.

37 **Gascón:** hombre perteneciente a Gascuña, antigua provincia de Francia.
38 **Infame:** que no tiene honra ni crédito.

—¡Pero usted no puede salir a pelear; está bajo arresto, lunático! —objetó con irado[39] desprecio.

—Está el jardín: es lo suficientemente grande como para extender en él su largo esqueleto —chisporroteó[40] el otro, con tanto ardor que de algún modo la ira del hombre más frío menguó.

—Es totalmente absurdo —dijo, bastante contento por creer que había encontrado una salida por el momento—. Jamás lograremos que nuestros camaradas oficien de padrinos. Es ridículo.

—¡Padrinos! ¡Al diablo con los padrinos! No necesitamos padrinos. No se preocupe usted de los padrinos. Mandaré avisar a sus amigos para que vengan y lo entierren cuando haya terminado. Y si quiere algún testigo, mandaré decir a la vieja señorita que asome la cabeza por una ventana del fondo. ¡Momento! Está el jardinero. Él servirá. Es más sordo que una tapia[41], pero tiene dos ojos en la cabeza. ¡Sígame! Le enseñaré, mi oficialito de la plana mayor[42], que el transmitir las órdenes de un general no siempre es un juego de niños.

Mientras así discurría, había desabrochado la vaina vacía. La lanzó volando debajo de la cama, y, bajando la punta de la espada, la blandió a milímetros del perplejo teniente D'Hubert, exclamando "¡Sígame!". En cuanto abrió bruscamente la puerta, se oyó un débil chillido, y la bonita criada, que había estado escuchando por el ojo de la cerradura, se alejó tambaleándose, y cubriéndose los ojos con el dorso de las manos. Feraud no pareció verla, pero ella corrió tras él y lo tomó del brazo izquierdo. Él se deshizo de ella, y entonces la muchacha corrió hacia el teniente D'Hubert y se aferró de la manga de su uniforme.

—¡Maldito! —dijo sollozando—. ¿Era para esto que quería encontrarlo?

---

39 **Irado:** irritado, con ira.

40 **Chisporrotear:** despedir chispas. En este caso, alguien que chisporroteó, habló de una manera cáustica, un poco violenta.

41 ***Más sordo que una tapia:*** "tapia" quiere decir pared. "Más sordo que una tapia" se refiere a que el hombre no oye nada.

42 ***Plana mayor:*** el conjunto de los jefes o superiores de un regimiento.

—Déjeme ir —rogó el teniente D'Hubert, tratando suavemente de soltarse—. Es como estar en un manicomio[43] —protestó exasperado—. Le digo que me deje ir. No le haré ningún daño.

Una risa diabólica del teniente Feraud fue su comentario sobre esa certeza.

—¡Sígame! —gritó, dando una patada en el suelo.

Y el teniente D'Hubert lo siguió. No podía hacer otra cosa. No obstante, en defensa de su cordura ha de dejarse constancia de que al pasar por el vestíbulo la idea de abrir la puerta de calle y salir disparando se presentó a este joven valiente, aunque solo para ser descartada, naturalmente, al instante, porque estaba seguro de que el otro lo perseguiría sin vergüenza ni escrúpulo[44]. Y la perspectiva de que un oficial de húsares fuese perseguido por las calles por otro con una espada desenvainada era algo que no podía considerarse ni por un segundo. Por lo tanto lo siguió hasta el jardín. Detrás de ellos, la muchacha también salió trotando. Con labios muy pálidos y ojos despavoridos, la criada se entregó a una terrible curiosidad. También tenía en mente la idea de lanzarse, en caso de necesidad, entre el teniente Feraud y la muerte.

El jardinero sordo, completamente inconsciente de los pasos que se aproximaban, siguió regando sus flores hasta que el teniente Feraud lo golpeó en la espalda. Al observar de pronto a un hombre enfurecido que blandía un gran sable, el viejo, temblando en todos sus miembros, dejó caer la regadera. Enseguida el teniente Feraud la apartó, pateándola con gran animosidad, y, agarrando al jardinero de la garganta, lo empujó de espaldas contra un árbol. Allí lo retuvo, gritándole al oído: ¡Quédese aquí, y mire! ¿Entiende? ¡Tiene que mirar! ¡No se atreva a moverse de aquí!

El teniente D'Hubert venía lentamente por el camino, desabrochando su dolman con manifiesto disgusto. Incluso entonces, con la mano ya sobre la empuñadura[45] de su espada, vaciló en desenvainar

43 **Manicomio:** hospital para personas con problemas mentales.
44 **Escrúpulo:** duda sobre si una cosa es buena moralmente hablando o no.
45 **Empuñadura:** puño o sitio de donde se agarra la espada.

hasta que un rugido de *"En garde, fichtre*[46]. ¿Para qué cree que vino aquí?" y la arremetida de su adversario lo obligaron a adoptar lo más rápido posible una postura defensiva.

El choque de las espadas llenó ese primoroso jardín, que hasta entonces no había conocido más sonido de guerra que el chasquido de las tijeras de podar; y segundos después la parte superior del cuerpo de una viejecita se asomó por una ventada del piso de arriba. Revoleaba los brazos por encima de su gorra blanca, regañando en una voz cascada. El jardinero seguía pegado al árbol, con su boca desdentada abierta en estúpido azoramiento[47], y un poco más lejos por el sendero la bonita muchacha, como encadenada por un hechizo a una pequeña parcela de gramilla[48], corría unos pasos de un lado a otro, estrujándose las manos y mascullando como enajenada. No se lanzó entre los combatientes: los ataques del teniente Feraud eran tan feroces que le faltaba el coraje. El teniente D'Hubert, con sus facultades concentradas en la defensa, necesitó de toda su pericia y ciencia de la esgrima[49] para detener las arremetidas de su adversario. Ya dos veces había tenido que ceder terreno. Le molestaba sentir que la grava[50] redonda y seca del sendero que rodaba bajo la suela de sus botas volvía inseguro el agarre de sus pies. Era un terreno de lo más inapropiado, pensó, mientras mantenía una mirada concentrada y alerta, sombreada por sus largas pestañas, en los fogosos ojos de su robusto adversario. Este asunto absurdo arruinaría su reputación de joven oficial prometedor, sensato y recatado. Dañaría en cualquier caso sus perspectivas inmediatas y le haría perder el favor de su general. Estas preocupaciones mundanas eran sin duda inoportunas en vistas a la solemnidad del momento. Un duelo, ya se lo considere como una ceremonia en el culto del honor, o incluso si se lo reduce en su esencia moral a una forma de deporte masculino, exige una total unici-

46 ***En garde, fichtre:*** expresión que significa "¡en guardia!".
47 **Azoramiento:** asombro.
48 **Gramilla:** césped.
49 **Esgrima:** arte y técnica de manejar la espada u otras armas con filo.
50 **Grava:** piedra machacada para la pavimentación de caminos.

dad[51] de propósito, una austeridad de temperamento homicida. Por otro lado, esta vívida preocupación por su futuro no tenía un mal efecto, ya que comenzaba a despertar la ira del teniente D'Hubert. Habían pasado unos sesenta segundos desde que habían cruzado armas, y el teniente D'Hubert había tenido que ceder nuevamente terreno para evitar ensartar a su imprudente adversario como a un escarabajo para una vitrina de exhibición. Resultado de esto fue que, malinterpretando el motivo, el teniente Feraud redobló su ataque con una suerte de gruñido triunfal.

—Este animal enfurecido me tendrá en cualquier momento contra la pared —pensó el teniente D'Hubert.

Se imaginaba mucho más cerca de la casa de lo que estaba, y no se atrevía a voltear la cabeza; le parecía que mantenía a su adversario a distancia más con los ojos que con la punta de su espada. El teniente Feraud se agazapó[52] y saltó con la feroz agilidad de un tigre capaz de perturbar hasta el corazón más bravío. Pero lo que resultaba aun más apabullante que la furia de la bestia salvaje, cumpliendo con total inocencia una función natural, era la fijeza del feroz propósito que solo el hombre es capaz de manifestar. El teniente D'Hubert, en medio de sus preocupaciones mundanas, finalmente lo percibió. Este asunto en el que se había dejado arrastrar era sin duda absurdo y perjudicial, pero cualquiera hubiese sido la estúpida intención con la que ese tipo había comenzado, a esta altura resultaba bastante claro que tenía el propósito de matar… nada menos. Se proponía hacerlo con una intensidad de voluntad que estaba por completo más allá de las facultades inferiores de un tigre.

Como suele suceder con los hombres constitucionalmente valientes, la visión total del peligro despertó el interés del teniente D'Hubert. Y en cuanto se interesó, el largo de su brazo y la frialdad de su cabeza hablaron a su favor. Ahora le tocaba al teniente Feraud retroceder, con un espeluznante gruñido de desconcertada furia. Hizo un rápido amague, y después se lanzó derecho hacia adelante.

51 **Unicidad:** característica de lo único.
52 **Agazaparse:** agacharse, encogerse, tratar de esconderse.

"¡Ah, bien quisieras, ¿no es cierto?", exclamó mentalmente el teniente D'Hubert.

El combate había durado casi dos minutos, lo suficiente como para que cualquier hombre, independientemente del mérito de la contienda[53], se exaspere. Y de golpe concluyó. Tratando de cerrar distancia bajo la guardia de su adversario, el teniente Feraud recibió un corte en su brazo encogido. No lo sintió en lo más mínimo, pero frenó su arremetida, y al resbalar sus pies sobre la grava, cayó de espaldas con violencia. El golpe desactivó al instante su febril[54] cerebro, dejándolo en la quietud total de la insensibilidad. Simultáneamente con su caída, la bonita sirvienta lanzó un grito; pero la anciana dama en la ventana dejó de regañar y comenzó a persignarse piadosamente.

Al observar a su adversario tendido totalmente inmóvil, con su rostro hacia el cielo, el teniente D'Hubert pensó que lo había matado instantáneamente. La impresión de haberlo tajeado[55] lo bastante fuerte como para cortarlo en dos permaneció en su mente unos segundos en un recuerdo exagerado del ímpetu que había puesto en el golpe. Se dejó caer de rodillas de prisa junto al cuerpo postrado. Al descubrir que ni siquiera el brazo estaba cercenado, una ligera sensación de desilusión se mezcló con el sentimiento de alivio. El sujeto se merecía lo peor. Pero en verdad no quería la muerte del pecador. El asunto ya era bastante feo tal como estaban las cosas, y el teniente D'Hubert se consagró de inmediato a la tarea de detener la hemorragia. Fue su destino verse ridículamente impedido en esta tarea por la bonita criada. Con gritos de horror que desgarraban el aire, lo atacó de atrás y, enroscando los dedos en su cabello, tiró su cabeza hacia atrás. No podía comprender en lo más mínimo por qué elegía interponerse en este preciso momento. Tampoco intentó hacerlo. Todo era como un sueño muy espantoso y macabro. Dos veces para salvarse de ser volteado hacia atrás, tuvo que levantarse y apartarla con fuerza. Hizo

53 **Contienda:** lucha con armas.
54 **Febril:** vivo, violento.
55 **Tajeado:** con tajos, heridas.

esto estoicamente, sin una palabra, volviendo a arrodillarse de inmediato para proseguir con su labor. Pero la tercera vez, una vez hecho su trabajo, la agarró y la sujetó con los brazos pegados al cuerpo. La gorra de la criada estaba medio caída, sus ojos ardían con loca osadía. Él los miró suavemente, mientras ella lo llamó muchas veces, en rápida sucesión, desgraciado, traidor, asesino. Esto no le molestó tanto como la convicción de que la muchacha se las había ingeniado para rasguñarle la cara abundantemente. Al escándalo de la historia se añadiría ahora el ridículo. Imaginaba el relato adornado recorriendo la guarnición de la ciudad, todo el ejército en la frontera, con toda posible distorsión de motivo, sentimiento y circunstancia, diseminando la duda sobre la cordura de su conducta y la distinción de su gusto, y llegando finalmente a oídos de su honorable familia. Estaba muy bien para ese tipo Feraud, que no tenía conexiones ni familia de la que hablar, y ninguna cualidad salvo el coraje, que, en cualquier caso, era algo dado por sentado, y que todos los soldados en la masa total de la caballería francesa poseían. Manteniendo aún bajados con un fuerte agarre los brazos de la muchacha, el teniente D'Hubert miró por encima de su hombro. El teniente Feraud había abierto los ojos. No se movía. Como un hombre que acaba de despertar de un sueño profundo, contemplaba sin expresión alguna el cielo de la tarde.

Los gritos de urgencia que el teniente D'Hubert lanzó al viejo jardinero no produjeron ningún efecto –ni aun el de hacerle cerrar la boca desdentada–. Entonces recordó que el hombre era sordo como una tapia. Durante todo ese tiempo, la muchacha luchaba, no con pudorosa timidez, sino con una tonta furia, pateándole de tanto en tanto las canillas[56]. El teniente seguía sujetándola como con una morsa, ya que su instinto le decía que de llegar a soltarla, la joven se le lanzaría directo a los ojos. Pero se sentía enormemente humillado por esta situación. Finalmente, la joven se rindió. Pero temía que estuviera más exhausta que aplacada. No obstante, intentó salir del mal sueño por vía de la negociación.

56 **Canilla:** cada uno de los huesos largos de las piernas.

—Escúcheme —dijo con la mayor calma que pudo—. ¿Me promete que irá corriendo a buscar a un cirujano si la suelto?

Con verdadero pesar la oyó declarar que no haría nada por el estilo. Por el contrario, su intención, expresada entre sollozos, era permanecer en el jardín, y luchar con dientes y uñas por la protección del vencido. Era algo sorprendente.

—Mi querida niña —gritó con desesperación—, ¿es posible que usted me crea capaz de asesinar a un hombre herido? ¿Es…? ¡Quédese quieta, pequeña gata salvaje!

Forcejearon. Una voz adormecida y pastosa dijo detrás de él:

—¿Qué persigue con esa muchacha?

El teniente Feraud se había incorporado sobre su brazo ileso. Miraba adormilado su otro brazo, las manchas de sangre en su uniforme, el pequeño charco rojo en el suelo, su sable tirado a unos centímetros de él en el sendero. Después volvió a recostarse suavemente para pensar todo lo que había visto, en la medida en que los martillazos de un fuerte dolor de cabeza permitían las operaciones mentales.

El teniente D'Hubert soltó a la jovencita, que de inmediato se acuclilló al lado del otro teniente. Las sombras de la noche caían sobre el pequeño y prolijo jardín con este grupo conmovedor, del que se elevaban tenues murmullos de pena y compasión, mezclados con otros sonidos débiles de un carácter diferente, como si un inválido a medias despierto tratara de maldecir. El teniente D'Hubert se marchó.

Atravesó la casa silenciosa; se felicitó por la penumbra que ocultaba de la vista de los transeúntes sus manos ensangrentadas y su rostro arañado. Pero no había manera de ocultar esta historia. Temía el descrédito y el ridículo por encima de todo, y le humillaba darse cuenta de que marchaba furtivamente por las calles laterales a la manera de un asesino. Poco después los sones[57] de una flauta provenientes de la ventana abierta de una habitación iluminada del piso superior de una modesta vivienda interrum-

57 **Son:** acompañamiento de instrumentos, melodía.

pieron sus sombrías reflexiones. El instrumento era tocado con perseverante virtuosismo, y a través de las *fioritures*[58] de la melodía podía oírse el golpeteo regular de un pie marcando el compás sobre el piso.

El teniente D'Hubert gritó un nombre, que era el del cirujano del ejército, a quien conocía bastante. Cesaron los sonidos de la flauta, y el músico se asomó por la ventana, aun con su instrumento en las manos, y miró hacia la calle.

—¿Quién llama? ¿Usted, D'Hubert? ¿Qué lo trae por aquí?

No le agradaba que lo molestaran a la hora en que tocaba la flauta. Era un hombre cuyo cabello había encanecido ya con la ingrata tarea de vendar heridas en campos de batalla donde otros cosechan promoción y gloria.

—Necesito que vaya de inmediato a ver a Feraud. ¿Conoce al teniente Feraud? Vive en la segunda calle. No esta más que a un paso de aquí.

—¿Qué problema tiene?

—Está herido.

—¿Está usted seguro?

—¡Más que seguro! —gritó D'Hubert—. Vengo de allí.

—Qué divertido —dijo el cirujano ya entrado en años.

Divertido era su palabra favorita; pero la expresión de su rostro al pronunciarla jamás correspondía. Era un hombre de un carácter impávido[59].

—Pase —agregó—. Estaré listo en un momento.

—¡Gracias! Lo haré. Quiero lavarme las manos en su habitación.

El teniente D'Hubert encontró al cirujano ocupado en desenroscar su flauta, y guardar metódicamente las partes en un estuche. Luego volteó la cabeza.

—Agua allí… en el rincón. Sus manos necesitan un buen lavado.

—Detuve la hemorragia[60] —dijo el teniente D'Hubert—. Pero será

58 ***Fiorituri:*** efectos del canto fundamentalmente utilizados por los italianos, para hacerlo más satisfactorio.

59 **Impávido:** que se muestra sereno en las situaciones difíciles.

60 **Hemorragia:** abundante salida de sangre.

mejor que se apresure. Ya hace más de diez minutos, usted sabe.

El cirujano no aceleró sus movimientos.

—¿Qué sucede? ¿Se le ha salido el vendaje? Qué divertido. Estuve trabajando todo el día en el hospital, pero esta mañana alguien me dijo que había salido sin un solo rasguño.

—Probablemente no sea el mismo duelo —gruñó malhumoradamente el teniente D'Hubert, mientras se secaba las manos con una toalla de tela gruesa.

—No el mismo… ¿Qué? Otro. Solo el diablo en persona me haría salir dos veces el mismo día.

El cirujano miró atentamente al teniente D'Hubert.

—¿Cómo terminó con esa cara toda rasguñada? De los dos lados, además… y simétrico. Qué divertido.

—¡Muy! —refunfuñó el teniente D'Hubert—. Y el brazo cortado también le resultará muy divertido. Los mantendrá divertidos a los dos por un buen rato.

El doctor estaba desconcertado e impresionado por la brusca amargura en el tono del teniente D'Hubert. Salieron juntos de la casa, y en la calle su conducta lo desconcertó aun más.

—¿No viene usted conmigo? —preguntó.

—No —dijo el teniente D'Hubert—. Podrá encontrar la casa usted solo. Es muy probable que la puerta del frente esté abierta.

—De acuerdo. ¿Dónde está su dormitorio?

—En la planta baja. Pero será mejor que vaya directo hasta el fondo y se fije primero en el jardín.

Esta sorprendente información hizo que el cirujano partiera sin más plática[61]. El teniente D'Hubert regresó a sus habitaciones abrigando una acalorada y molesta indignación. Temía la burla de sus camaradas casi tanto como el enojo de sus superiores. La verdad era confusamente grotesca y embarazosa, aun dejando de lado la irregularidad del mismo combate, que lo acercaba abo-

61 **Plática:** conversación.

minablemente[62] a un delito. Como todos los hombres con mucha imaginación, una facultad que facilita los procesos de pensamiento reflexivos, el teniente D'Hubert comenzó a sentirse terriblemente acosado por los aspectos más obvios de su difícil situación. Naturalmente estaba contento de no haber matado al teniente Feraud fuera de todas las reglas, y sin los testigos adecuados a una transacción de esas características. Extraordinariamente contento. A la vez, sentía que le habría gustado retorcerle el cuello sin ninguna ceremonia.

Se encontraba aún dominado por estos sentimientos contradictorios cuando el cirujano aficionado a la flauta fue a verlo. Habían pasado más de tres días. El teniente D'Hubert ya no era *officier d'ordonnance* del general que comandaba la división. Lo habían mandado de vuelta al regimiento. Y reanudaba su contacto con la familia militar de los soldados cumpliendo con un arresto domiciliario[63], no en sus propias habitaciones de la ciudad, sino en un cuarto de las barracas. Debido a la gravedad del incidente, se le prohibió recibir visitas. No sabía qué había sucedido, qué se decía o se pensaba. La llegada del cirujano fue algo sumamente inesperado para el preocupado prisionero. El aficionado a la flauta comenzó explicando que si estaba allí era solo por un favor especial del coronel.

—Le hice ver que sería muy injusto no transmitirle noticias fidedignas[64] de su adversario —prosiguió—. Le alegrará oír que se está recuperando rápidamente.

El rostro del teniente D'Hubert no evidenció ningún signo convencional de alegría. Continuó caminando por el piso del polvoriento cuarto despojado.

—Tome esta silla, doctor —balbució.

El doctor se sentó.

—Este asunto es juzgado diversamente… en la ciudad y en el ejército. De hecho, la diversidad de opiniones es muy divertida.

—¿Lo es? —farfulló[65] el teniente D'Hubert, mientras marchaba con

62 **Abominablemente:** de manera que causa rechazo.
63 ***Arresto domiciliario*:** condena de prisión que debe cumplirse en la propia casa.
64 **Fidedigno:** digno de confianza.
65 **Farfullar:** decir rápido.

paso firme y constante de una pared a otra. Pero internamente se maravillaba de que pudiese haber dos opiniones sobre la cuestión. El cirujano prosiguió:

—Por supuesto, se desconocen los hechos reales…

—Hubiese creído —lo interrumpió D'Hubert— que el sujeto lo había puesto al tanto de los hechos.

—No dijo nada —admitió el otro— la primera vez que lo vi. Y, a propósito, en efecto lo encontré en el jardín. En ese momento el golpe en la nuca lo había dejado un poco incoherente. Y después se mostró más reticente que otra cosa.

—¡No imaginé que tendría la gracia de sentirse avergonzado! —farfulló D'Hubert, reanudando el paso, mientas el doctor murmuraba:

—Avergonzado. ¡Qué divertido! No era precisamente vergüenza lo que reflejaba su estado de ánimo. Sin embargo, usted puede tener una visión diferente de la cuestión.

—¿De qué habla? ¿Qué cuestión? —preguntó D'Hubert mirando de reojo a la figura canosa y de rostro grave sentada en una silla de madera.

—Cualquiera sea —dijo algo impaciente el cirujano—, no quiero emitir ninguna opinión sobre su conducta.

—¡Por todos los cielos, mejor así! —exclamó el teniente D'Hubert.

—¡Bueno… bueno! No se apresure tanto a blandir[66] su espada. A la larga, no conviene. Comprenda de una vez por todas que jamás cortaría a ninguno de ustedes, jovencitos, de no ser con las herramientas de mi profesión. Pero le doy un buen consejo. Si sigue así se ganará una mala reputación.

—¿Seguir así? —demandó el teniente D'Hubert, parándose en seco y sin poder salir de su asombro—. Que yo, que yo me ganaré una reputación… ¿Qué imagina usted?

—Le dije que no quería emitir ningún juicio sobre la propiedad o no de este incidente. No es asunto mío. No obstante…

—¿Qué diablos le ha estado contando ese sujeto? —lo interrumpió el teniente D'Hubert, con una especie de pavoroso temor.

66 **Blandir:** mover un arma.

—Ya se lo he dicho, que al principio, cuando lo recogí en el jardín fue incoherente. Después se mostró reticente por naturaleza. Pero al menos deduzco que no pudo contenerse.

—¿No pudo? —gritó el teniente D'Hubert con voz de trueno. Luego, bajando notablemente el tono—: ¿Y qué hay de mí? ¿Yo sí pude?

El cirujano se levantó. Sus pensamientos se precipitaban hacia la flauta, su constante compañera de consoladora voz. En la cercanía de las ambulancias de campaña, tras veinticuatro horas de trabajo, lo habían oído turbar con sus dulces sones la horrible quietud de los campos de batalla entregados a los muertos y al silencio. Se aproximaba la hora de solaz de su vida diaria, y en tiempos de paz se aferraba a cada minuto de ella como un avaro a sus riquezas.

—¡Por supuesto, por supuesto! —dijo de forma mecánica—. Sabía que pensaría eso. Qué divertido. No obstante, siendo totalmente neutral[67] y cordial con ambos, he consentido en transmitirle un mensaje de su parte. Puede pensar, si quiere, que le estoy dando el gusto a un inválido. Feraud quiere que sepa que este asunto no está para nada terminado. Planea enviarle a sus padrinos en cuanto haya recobrado sus fuerzas… siempre y cuando, por supuesto, el ejército no se halle para entonces en campaña.

—¿Conque eso planea? Pues, muy bien —exclamó el teniente D'Hubert en un ataque de vehemencia[68].

La secreta razón de su exasperación no resultaba evidente al visitante, pero su vehemencia confirmó al cirujano en la creencia que estaba ganando terreno en las calles de que había surgido entre esos dos jóvenes una desavenencia muy seria, algo bastante importante como para cubrirse de un halo[69] de misterio, un hecho de la mayor gravedad. Para dirimir esa imperiosa desavenencia respecto de ese hecho, los dos jóvenes habían enfrentado el riesgo de caer en la ruina y la deshonra casi al inicio mismo de

67 **Neutral:** que no se inclina para ningún bando. Permanece en el medio.
68 **Vehemencia:** pasión, ímpetu.
69 **Halo:** brillo figurado que da la fama o el prestigio.

sus carreras. El cirujano temía que la subsecuente investigación no lograra satisfacer la curiosidad pública. No permitirían que el público participara de eso que había sucedido entre ellos de una naturaleza tan ultrajante como para llevarlos a enfrentar un cargo de homicidio… ni más ni menos. ¿Pero qué podía ser eso?

El cirujano no era curioso por temperamento; pero esa pregunta que acosaba su mente hizo que esa noche en dos oportunidades se quitase el instrumento de los labios y se quedase sentado en silencio durante todo un minuto —justo en mitad de una frase— tratando de desarrollar una conjetura plausible[70].

70 ***Conjetura plausible:*** juicio aceptable.

CAPÍTULO II

No obtuvo en este objetivo más éxito que el resto de la guarnición y que toda la sociedad. Los dos jóvenes oficiales, casi ignorados hasta entonces, alcanzaron notoriedad, gracias a la curiosidad universal respecto del origen de su disputa. El *salon* de madame de Lionne era el centro de ingeniosas presunciones; esta misma dama fue acosada durante un tiempo con preguntas por haber sido la última persona conocida en hablar con esos jóvenes temerarios y desdichados antes de que salieran juntos de su casa hacia un salvaje encuentro con espadas, a la hora del crepúsculo, en un jardín particular. Madame de Lionne afirmaba que no había observado nada inusual en sus comportamientos. El teniente Feraud se había mostrado visiblemente molesto por el hecho de que se le solicitase dejar la reunión. Era bastante natural; a ningún hombre le agrada ser molestado mientras conversa con una dama afamada por su elegancia y sensibilidad. Pero en verdad, el tema aburría a madame de Lionne, ya que ni las más exageradas y alocadas habladurías lograban relacionar su persona con este asunto. Y la irritaba oír sugerir que podría haber habido una mujer en el caso. Esta irritación surgía, no de su elegancia o sensibilidad, sino de un costado más instintivo de su naturaleza. Esta creció hasta tal punto que madame de Lionne terminó prohibiendo perentoriamente[71] que se mencionara el tema bajo su techo. Cerca de su diván la prohibición era respetada, pero en lugares más apartados de su *salon* siguieron levantando en mayor o menor medida el velo del impuesto silencio. Un personaje de rostro largo y pálido que recordaba la expresión de una oveja, opinó, sacudiendo la cabeza, que era una disputa de vieja data emponzoñada[72] por el

71 **Perentoriamente:** imperiosamente.
72 **Emponzoñado:** envenenado.

tiempo. Se le objetó que los hombres eran demasiado jóvenes para semejante teoría. Pertenecían además a distintas partes de Francia. Había también otras imposibilidades físicas. Un subcomisario de Intendencia, un soltero agradable y cultivado, vestido en pantalones de casimir[73], botas hessianas[74] y un saco azul bordado con cordones de plata, a quien le gustaba creer en la transmigración[75] de las almas, sugirió que los dos se habían conocido quizás en alguna existencia anterior. Podría haber sido algo totalmente inconcebible en el estado actual de su ser, pero sus almas recordaban la animosidad y manifestaban un antagonismo instintivo. Desarrolló este tema jocosamente. El tema, sin embargo, era tan absurdo desde el punto de vista mundano, militar, del honor y la prudencia, que esta extraña explicación parecía más razonable que otras.

Ninguno de los dos oficiales había confiado nada concreto a nadie. La humillación de haber sido vencido arma en mano, y una incómoda sensación de haber terminado envuelto en un enredo por la injusticia del destino, mantenían al teniente Feraud ferozmente mudo. Desconfiaba de la comprensión de la humanidad. Esta, naturalmente, estaría del lado de ese oficial de la plana mayor con aires de dandy. Tendido en la cama, despotricaba en voz alta a la bonita criada que proveía a sus necesidades con devoción y escuchaba alarmada sus horribles imprecaciones. La joven veía justo y natural que al teniente D'Hubert se le hiciera "pagar" por su conducta. Pero su preocupación principal era que el teniente Feraud no se exaltara. El joven oficial era tan soberanamente admirable y fascinante para su humilde corazón que su única preocupación era verlo recuperarse rápidamente, aunque eso significara reanudar sus visitas al *salon* de madame de Lionne.

El teniente D'Hubert guardaba silencio por la sencilla razón de que, a excepción del estúpido joven soldado que lo servía, no había nadie con quien hablar. Además, poseía clara conciencia de que el episodio, tan grave

73 **Casimir:** o cachemir, tejido de lana hecho con el pelo de las cabras de Cachemira, región ubicada en la zona norte de India.

74 **Botas hessianas:** botas militares enterizas.

75 **Transmigración de las almas:** creencia en el paso de las almas de un cuerpo a otro.

profesionalmente, tenía su lado cómico. Cuando reflexionaba sobre el asunto, aún sentía que le habría gustado retorcerle el cuello a ese teniente Feraud. Pero esta fórmula era más figurativa que literal, y expresaba más un estado de ánimo que un auténtico impulso físico. A la vez, había en el joven un sentimiento de camaradería y amabilidad que lo hacía muy poco propenso a volver la situación del teniente Feraud peor de lo que era. No quería hablar libremente de ese desdichado asunto. En la investigación, naturalmente, tendría que hablar en su propia defensa. Esta perspectiva lo fastidiaba.

Pero no se llevó a cabo ninguna investigación. El ejército, en cambio, entró en campaña. El teniente D'Hubert, liberado sin comentario alguno, asumió sus deberes en el regimiento; y el teniente Feraud, sin haber sido interrogado y con su brazo recién liberado del cabestrillo, cabalgó con su escuadrón para completar su convalecencia entre el humo de los campos de batalla y el aire fresco de los campamentos nocturnos. Este vigorizante tratamiento le sentó tan bien que al primer rumor de que se había firmado un armisticio pudo volverse sin temor a los pensamientos de su guerra privada.

Esta vez el combate se haría según las reglas. Envió dos amigos al teniente D'Hubert, cuyo regimiento estaba estacionado a pocos kilómetros de distancia. Estos amigos no habían preguntado nada a su apadrinado. "Le debo una a ese bonito oficial de la plana mayor", había dicho sombríamente[76] Feraud, y ellos partieron muy satisfechos a su misión. El teniente D'Hubert no tuvo ninguna dificultad para encontrar dos amigos igual de discretos y devotos a su apadrinado. "Hay un tipo loco a quien debo enseñarle una lección", había declarado parcamente; y ellos no pidieron una mejor razón.

Sobre esta base se concertó un encuentro con espadas de duelo[77] una mañana temprano en un campo conveniente. Al tercer asalto el tenien-

76 **Sombríamente:** con pesadumbre.

77 **Espada de duelo:** espada especialmente utilizada para batirse a duelo. Nombres como el de la *Smallsword* o el *Rapier* sonaron frecuentemente en los duelos más populares hasta bien entrado el siglo XVIII. El *Rapier* era una espada de uso civil con una cruz en forma de cesta para proteger la mano. La *Smallsword* era más corta; la mayoría de los hombres ricos y oficiales militares de ese tiempo la llevaban consigo.

te D'Hubert se encontró tendido de espaldas sobre la hierba humedecida por el rocío con un agujero en el flanco. A su izquierda brillaba en el cielo un sol apacible sobre un paisaje de bosques y prados. Un cirujano –no el flautista, sino otro– reclinado sobre él le palpaba alrededor de la herida.

—Se salvó por poco. Pero se recuperará pronto —dictaminó.

El teniente D'Hubert oyó con placer estas palabras. Uno de sus padrinos, sentado sobre la hierba mojada, y sosteniéndole la cabeza sobre su regazo, dijo:

—Los azares de la guerra, *mon pauvre vieux*[78]. ¿Qué decidirá? Lo mejor sería que hicieran las paces como dos buenos amigos. ¡Hágalo!

—No sabe lo que está pidiendo —murmuró con voz débil el teniente D'Hubert.

En otra parte de la pradera, los padrinos del teniente Feraud lo exhortaban[79] a que fuera hasta donde se encontraba su adversario y estrechara su mano.

—Ya se le ha hecho pagar… *que diable*[80]. Es lo que corresponde hacer. Este D'Hubert es un tipo decente.

—Yo conozco la decencia de estos mimados de los generales —masculló entre dientes el teniente Feraud, y la sombría expresión de su rostro desalentó todo nuevo esfuerzo de reconciliación.

Los padrinos, saludando de lejos con una reverencia, se llevaron a sus hombres del campo. Por la tarde, el teniente D'Hubert, muy popular en el ejército como un buen compañero que reunía en su persona un gran coraje y un temperamento franco y ecuánime[81], tuvo muchas visitas. Se comentó que el teniente Feraud no se andaba mostrando mucho, como es costumbre, por las calles para recibir las felicitaciones de sus amigos. Estas no le habrían faltado, porque también él era muy apreciado por la exube-

78 ***Mon pauvre vieux:*** expresión que literalmente significa "mi pobre viejo", pero podría traducirse como: "mi pobre amigo" o "camarada".

79 **Exhortar:** rogar, exigir que se haga alguna cosa.

80 ***Que diable:*** expresión que significa "¡qué demonios!".

81 **Ecuánime:** equilibrado.

rancia de su naturaleza meridional[82] y la simplicidad de su carácter. En todos los lugares donde los oficiales tenían la costumbre de reunirse al final del día, se habló del duelo desde todos los puntos de vista. Aunque el teniente D'Hubert había sido vencido esta vez, se elogió su destreza con la espada. Nadie podía negar que era muy rigurosa, muy científica. Se llegó incluso a susurrar que si había sido alcanzado fue porque había querido cuidar a su adversario. Pero muchos declararon que el vigor y el ímpetu del ataque del teniente Feraud eran irresistibles.

Se discutieron abiertamente los méritos de los dos oficiales; pero su actitud para con el adversario después del duelo fue criticada someramente y con precaución. Eran irreconciliables, y eso era algo digno de lamentarse. Pero después de todo ellos sabían mejor que nadie lo que dictaba el cuidado de su honor. No era un asunto en el que sus compañeros debieran hurgar[83] demasiado. En cuanto al origen de la disputa, la impresión general era que databa de la época en que mantenían guarnición[84] en Estrasburgo. El cirujano músico meneó la cabeza. Se remontaba mucho más atrás, pensó.

—¡Pero por supuesto! Usted debe conocer toda la historia —gritaron varias voces, ansiosas de curiosidad—. ¿Qué fue?

El cirujano alzó deliberadamente los ojos del vaso.

—Aunque la conociera a la perfección, no pueden pretender que se la cuente, ya que los dos optan por no decir nada.

Se levantó y partió, dejando en la atmósfera una sensación de misterio. No podía quedarse más tiempo, porque se acercaba la hechizante hora de tocar la flauta.

Tras su partida, un joven oficial observó con solemnidad: —¡Obviamente! Sus labios están sellados.

82 **Meridional:** del Sur.
83 **Hurgar:** fisgonear, curiosear.
84 **Guarnición:** tropa que guarnece una plaza, un castillo o un buque de guerra.

Nadie cuestionó la total corrección de este comentario. De algún modo, volvía el asunto aun más impresionante. Varios oficiales más viejos, impulsados exclusivamente por la mera amabilidad y el amor de la armonía, propusieron formar una corte de honor[85], a la que los dos jóvenes debían confiar la tarea de su reconciliación. Desgraciadamente, comenzaron acercándose al teniente Feraud, presuponiendo que, por haber obtenido una fuerte ventaja, lo encontrarían aplacado y dispuesto a la moderación.

El razonamiento era bastante sensato. Sin embargo, la jugada resultó muy poco feliz. En esa relajación de la fibra moral producida por la serenidad de un vanidad satisfecha, el teniente Feraud había condescendido[86], en el secreto de su corazón, a rever el caso, y había incluso llegado a dudar, no de la justicia de su causa, pero sí al menos de la absoluta sagacidad de su conducta. Siendo esto así, no se sentía inclinado a hablar del asunto. La sugerencia de los hombres prudentes del regimiento lo ponía en una situación difícil. Lo disgustó, y este disgusto, por una lógica paradójica[87], volvió a despertar su animosidad contra el teniente D'Hubert. ¿Habría de ser importunado eternamente por ese tipo; ese tipo que tenía el don infernal de engatusar de algún modo a la gente? Y sin embargo era difícil rehusar sin más esa mediación sancionada por el código de honor[88].

Enfrentó la dificultad con una actitud de adusta reserva. Retorcía sus bigotes y usaba palabras vagas. Su caso era perfectamente simple. No le avergonzaba exponerlo ante una corte de honor adecuadamente formada, ni temía defenderlo en el campo de honor. No veía ninguna razón por la que debiera abalanzarse sobre la sugerencia antes de cerciorarse de cómo podría tomarla su adversario.

---

85 **Corte de honor:** grupo reducido de personas que por ser más allegadas a un individuo en particular que está siendo homenajeado, forman un séquito que lo corteja.

86 **Condescender:** haberse acomodado por bondad al gusto de otro.

87 **Paradójico:** se aplica a algo absurdo, pero que se presenta como verdadero.

88 **Código de honor:** conjunto de obligaciones que gobiernan una comunidad basadas en ideales que definen lo que constituye un comportamiento honorable para sus integrantes.

Más tarde ese día, creciendo en él su exasperación, se le oyó decir sardónicamente en un lugar público "que sería lo más afortunado para el teniente D'Hubert, porque la próxima vez que se encontrasen no iba a tener la suerte de escaparse con la simple minucia de tres semanas en cama".

Esta frase fanfarrona podría haber sido inspirada por el más profundo maquiavelismo[89]. Las naturalezas meridionales a menudo ocultan, bajo una extrovertida impulsividad de acción y palabra, un cierto grado de astucia.

Desconfiando de la justicia de los hombres, el teniente Feraud no deseaba de ningún modo una corte de honor; y las anteriores palabras, tan de acuerdo con su temperamento, tuvieron también la virtud de servir a sus designios. Dichas a propósito o no, supieron abrirse camino en menos de veinticuatro horas hasta el dormitorio del teniente D'Hubert. Consecuentemente, el teniente D'Hubert, mientras se mantenía sentado en su cama sostenido por almohadas, recibió las propuestas presentadas a él al día siguiente con la afirmación de que el asunto era de una naturaleza tal que no admitía discusión.

El pálido rostro del oficial herido, su voz débil, que todavía debía emplear con cautela, y la cortés dignidad de su tono produjeron un fuerte efecto en sus oyentes. Todo esto, referido afuera, hizo más por profundizar el misterio que las fanfarronerías del teniente Feraud. Este se sintió muy aliviado por el resultado. Comenzó a disfrutar del estado de perplejidad general, y se complacía en aumentarla adoptando una actitud de feroz reserva.

El coronel del regimiento del teniente D'Hubert era un guerrero canoso y curtido por los años; tenía una visión simple de sus responsabilidades.

"No puedo —se dijo a sí mismo— permitir que mis mejores subalternos[90] se dañen así por nada. Debo llegar privadamente al fondo de este asunto. Debe hablar, aunque el diablo esté metido en esto. El coronel debería ser más que un padre para estos jóvenes."

89 **Maquiavelismo:** arte de gobernar por la fuerza y por la malicia, por la intimidación y la astucia inescrupulosa.

90 **Subalterno:** inferior.

Y de hecho, amaba a sus hombres con el mismo afecto que un padre de una gran familia siente por cada uno de sus miembros. Si por un descuido de la Providencia[91] los seres humanos venían al mundo como meros civiles, volvían a nacer en el regimiento como bebés en una familia, y este nacimiento militar era el único que contaba.

Ante la vista del teniente D'Hubert parado delante de él, muy pálido y con los ojos hundidos, el corazón del viejo guerrero sintió una punzada de compasión. Todo su afecto por el regimiento –ese cuerpo de hombres que él tenía en su mano para lanzar al combate o hacer retroceder, que constituían su orgullo y ocupaban todos sus pensamientos– pareció por un momento centrarse en la persona de su más prometedor subalterno. Se despejó la garganta de un modo amenazador, y frunció terriblemente el ceño.

—Debe comprender —comenzó diciendo— que me importa un bledo[92] la vida de cada uno de los hombres del regimiento. Lanzaría a los ochocientos cuarenta y tres de ustedes al galope hacia el abismo de la perdición sin más compasión que aquella con que mataría a una mosca.

—Sí, mi coronel. Y usted cabalgaría a la cabeza —dijo el teniente D'Hubert con una lánguida sonrisa.

El coronel, que sentía la necesidad de ser muy diplomático, casi rugió al oír esto.

—Quiero que sepa, teniente D'Hubert, que de ser necesario podría dar un paso al costado y verlos cabalgar hacia el Tártaro[93]. Soy un hombre incluso capaz de eso, si el bien de mi servicio y mi deber con mi país me lo requieren. Pero es impensable, de modo que ni siquiera sugiera una cosa semejante.

Lanzó una mirada fulminante pero su tono se suavizó.

—Todavía tiene leche en sus bigotes, mi muchachito. Usted no sabe lo que un hombre como yo es capaz de hacer. Me ocultaría detrás de una

91 **Providencia:** disposición anticipada o prevención que mira o conduce al logro de un fin; en este caso, la de Dios.

92 **Bledo:** cosa insignificante, de poco o ningún valor.

93 **Tártaro:** infierno, lugar que habitan los espíritus de los muertos.

pila de heno, si… No me sonría, teniente. ¿Cómo se atreve usted? Si esta no fuera una conversación privada, le juro que… ¡Escúcheme bien! Soy responsable del adecuado gasto de vidas que tengo a mi mando por la gloria de nuestro país y el honor del regimiento. ¿Comprende usted eso? Bien, entonces, ¿qué diablos se propone dejándose escupir de ese modo por ese tipo del Séptimo de Húsares[94]? ¡Es sencillamente una desgracia!

El teniente D'Hubert se sintió inmensamente perturbado. Sus hombros se movieron ligeramente. No dio ninguna otra respuesta. No podía ignorar su responsabilidad.

El coronel veló su mirada y bajó aun más la voz.

—¡Es deplorable! —murmuró. Y volvió a cambiar de tono—. ¡Vamos! —prosiguió persuasivamente, pero con esa nota de autoridad que mora en la garganta de todo buen caudillo[95]—, hay que arreglar este asunto. Quiero que me cuente abiertamente de qué se trata. Como su mejor amigo, exijo saber.

El irresistible poder de la autoridad y la convincente influencia de la amabilidad afectaron intensamente a un hombre que acababa de dejar su lecho de convalecencia. La mano del teniente D'Hubert, que aferraba el mango de un bastón, mostraba un ligero temblor. Pero su temperamento nórdico, sentimental pero cauto, y perspicaz también a su manera idealista, refrenó el impulso de contar toda la verdad del tremendo disparate. De acuerdo con el precepto de la sabiduría trascendental, antes de hablar, giró siete veces la lengua en su boca. Luego, solo profirió palabras de agradecimiento.

El coronel escuchó, primero interesado, luego pareció desconcertado. Al final frunció el entrecejo.

—¿Vacila usted? ¡*Mille tonnerres*![96] ¿No le he dicho acaso que condescenderé a hablar con usted… como un amigo?

94 **Séptimo de Húsares:** regimiento de caballería ligera.
95 **Caudillo:** hombre que, como cabeza, guía y manda a la gente de guerra.
96 ***¡Mille tonnerres!*:** expresión que significa "¡mil truenos!".

—¡Sí, mi coronel! —respondió suavemente el teniente D'Hubert—, pero me temo que después de que me haya oído como amigo decida usted actuar como mi superior.

El atento coronel cerró bruscamente la boca.

—Bueno, ¿y qué con eso? —dijo con franqueza—. ¿Es acaso tan condenablemente deshonroso?

—No lo es —negó el teniente D'Hubert con voz débil pero firme.

—Naturalmente actuaré por el bien del servicio. Nada puede impedirme hacerlo. ¿Por qué cree que quiero que me cuente?

—Sé que no es por mera curiosidad —protestó el teniente D'Hubert—. Sé que actuará sabiamente. ¿Pero qué hay de la buena reputación del regimiento?

—No puede verse afectada por ninguna locura juvenil de un teniente —dijo el coronel con severidad.

—No, no puede. Pero sí por las malas lenguas. Se dirá que un teniente del Cuarto de Húsares[97], temeroso de enfrentar a su adversario, se oculta detrás de su coronel. Y eso sería peor que ocultarse detrás de una pila de heno… por el bien del servicio. No puedo permitir que eso suceda, mi coronel.

—Nadie osaría decir nada por el estilo —comenzó a decir con gran furia el coronel, pero concluyó la frase en un tono incierto.

El coraje del teniente D'Hubert era bien conocido. Pero el coronel sabía que, erradamente o no, se suponía que el coraje para los duelos, el coraje para el combate hombre a hombre, era de un tipo especial. Y era absolutamente necesario que un oficial de su regimiento poseyese todos los tipos de coraje y, además, que lo demostrara. El coronel proyectó hacia adelante su labio inferior, y su mirada se perdió a lo lejos de una manera muy peculiar. Era la expresión de su perplejidad –una expresión prácticamente desconocida en su regimiento; porque la perplejidad es un sentimiento incompatible con el rango de coronel de caballería–. El mismo coronel se sintió avasallado por la desagrada-

97 **Cuarto de Húsares:** otro de los regimientos de húsares.

ble novedad de la sensación. Como no estaba acostumbrado a pensar, salvo en cuestiones profesionales relacionadas con el bienestar de los hombres y los caballos, y el uso adecuado de ellos en el campo de la gloria, sus esfuerzos intelectuales degeneraron en meras repeticiones de lenguaje profano. *"¡Mille tonnerres...! Sacré nom de nom…"*[98], pensó.

El teniente D'Hubert tosió dolorosamente, y agregó con voz cansada:

—Habrá muchas malas lenguas dispuestas a decir que me acobardé. Y estoy seguro de que usted no esperará que yo pase eso por alto. Es posible que de pronto me encuentre con una docena de duelos en las manos en vez de este único asunto.

La exacta simplicidad de este argumento se hizo evidente para el entendimiento del coronel. Miró fijamente a su subordinado.

—Siéntese, teniente —dijo bruscamente. Es de lo más endemoniada esta… ¡Siéntese!

—*Mon Colonel*[99] —comenzó a decir nuevamente D'Hubert—, no me atemorizan las malas lenguas. Existe una manera de silenciarlas. Pero está también mi paz de conciencia. No podría sacarme de encima la idea de que he arruinado a un hermano oficial. Cualquier acción que usted tome, es seguro que irá más lejos. Se ha desistido de la investigación... no la reavive. Habría sido absolutamente fatal para Feraud.

—¡Pero qué! ¿Tan mal se ha comportado?

—Sí. Bastante mal —murmuró el teniente. Al estar tan débil, se sentía propenso al llanto.

Como el otro hombre no pertenecía a su regimiento, el coronel no tuvo dificultad en creerlo. Comenzó a caminar de un lado a otro del cuarto. Era un buen jefe, un hombre capaz de una discreta compasión. Pero era humano también de otras maneras, y esto se hacía evidente, porque era incapaz de cualquier tipo de artilugio.

---

98 ***"¡Mille tonnerres...! Sacré nom de nom..."***: expresiones profanas de asombro que significan: "imil truenos!", "sagrado nombre de los nombres".

99 ***Mon Colonel:*** literalmente, "mi coronel".

—Lo más endemoniado de todo, teniente —soltó con toda la inocencia de su corazón—, es que he expresado mi intención de llegar al fondo de este asunto. Y cuando un coronel dice algo… vea usted…

El teniente D'Hubert lo interrumpió con seriedad:

—Le ruego, coronel, que se dé por satisfecho aceptando mi palabra de honor de que fui colocado en una situación execrable en la que no tuve otra opción; no tuve ninguna alternativa consistente con mi dignidad como hombre y como oficial. Después de todo, coronel, ese es el fondo mismo de este asunto. Aquí lo tiene. El resto son meros detalles…

El coronel se detuvo en seco. La reputación del teniente D'Hubert de sensatez y buen carácter pesaba en la balanza. Una cabeza fría, un buen corazón, claro como el día. Siempre correcto en su comportamiento. Había que confiar en él. El coronel reprimió varonilmente una curiosidad inmensa.

—¡Hmm! Usted afirma que como hombre y como oficial… ¿No tuvo opción? ¿Eh?

—Como oficial… como oficial del Cuarto de Húsares —insistió el teniente D'Hubert—, tampoco tuve. Y ese es el fondo del asunto, coronel.

—Sí. Pero aun así no veo por qué a su propio coronel… Un coronel es un padre, ¡*que diable*!

El teniente D'Hubert aún no debería haber sido dado de alta. Comenzaba a darse cuenta de su incapacidad física con humillación y desesperación. Pero se encontraba poseído por la mórbida obstinación del inválido, y sentía a la vez con consternación que sus ojos se llenaban de lágrimas. Este problema parecía demasiado difícil de manejar. Una lágrima rodó por su delgada y pálida mejilla.

El coronel le dio apresuradamente la espalda. Podía oírse hasta el vuelo de una mosca.

—Esta no es una de esas estúpidas historias de polleras, ¿verdad?

Al decir estas palabras el jefe giró sobre sus talones para asir[100] la

100 **Asir:** tomar, agarrar.

verdad, que no es una hermosa sombra que vive en una fuente, sino un tímido pájaro más fácil de apresar mediante alguna estratagema[101]. Fue esta la última maniobra de su diplomacia. Vio la verdad brillando inconfundiblemente en el gesto del teniente D'Hubert que alzaba sus brazos y sus ojos al cielo en suprema protesta.

—No un asunto de polleras, ¿eh? —gruñó el coronel con la mirada fija—. No le pregunto quién o dónde. Lo único que quiero saber es si hay o no una mujer en el asunto.

El teniente D'Hubert dejó caer los brazos, y su débil voz se quebró de un modo patético.

—Nada de eso, *mon Colonel*.

—¿Por su honor?

—Por mi honor.

—Muy bien —dijo pensativamente el coronel, y se mordió el labio.

Los argumentos del teniente D'Hubert, ayudados por la simpatía que sentía por el joven, lo habían convencido. Por otro lado, era extremadamente inadecuado que su intervención, de la que no había hecho ningún secreto, no produjera ningún efecto visible. Retuvo al teniente D'Hubert unos minutos más, y lo despidió gentilmente…

—Tómese unos días más en cama, teniente. ¿Qué demonios pretende el cirujano reportándolo apto para el servicio?

Al salir de las habitaciones del coronel, el teniente D'Hubert no dijo nada a su amigo que lo aguardaba afuera para llevarlo a su casa. No dijo nada a nadie. El teniente D'Hubert no hizo ninguna confidencia. Pero esa noche, mientras paseaba bajo los olmos que crecían cerca de sus habitaciones en compañía de su ayudante, el coronel abrió la boca.

—He llegado al fondo de este asunto —comentó.

El teniente coronel, un hombrecito seco y moreno con patillas cortas, paró las orejas al oír esto, sin dejar escapar ningún signo de curiosidad.

101 **Estratagema:** astucia, fingimiento y engaño artificioso.

—No es ninguna pavada —agregó oracularmente[102] el coronel. El otro esperó un largo rato antes de murmurar:

—¡Ya lo creo, señor!

—Ninguna pavada —repitió el coronel, mirando derecho delante de él—. No obstante, he prohibido a D'Hubert enviar o recibir un desafío de Feraud por los próximos doce meses.

Había imaginado esta prohibición como un medio de salvar el prestigio que debería tener un coronel. Su resultado fue poner un sello oficial al misterio que rodeaba esta mortal disputa. El teniente D'Hubert repelía con un impávido silencio todos los intentos de sonsacarle la verdad. El teniente Feraud, secretamente inquieto al principio, fue recobrando su seguridad a medida que fue pasando el tiempo. Disimulaba su ignorancia del significado de la tregua impuesta con ligeras risas sardónicas, como si se divirtiese con lo que planeaba guardarse para sí mismo. "¿Pero qué harás?, solían preguntarle sus amigos. Él se conformaba con responder: "*Qui vivra, verra*[103]", de un modo algo truculento. Y todos admiraban su discreción.

Antes de que finalizara la tregua, el teniente D'Hubert tuvo su propia tropa. El ascenso era bien merecido, pero de algún modo pareció tomar a todos por sorpresa. Cuando el teniente Feraud se enteró de la noticia en una reunión de oficiales, masculló entre dientes: "¿De veras?". En seguida, descolgó su sable de un gancho cerca de la puerta, se lo abrochó cuidadosamente, y dejó al grupo sin decir más nada. Caminó hasta su casa con pasos mesurados, prendió una lumbre con su chispero de pedernal y encendió su vela de cebo. Después, agarrando un desafortunado vaso de la repisa, lo estrelló violentamente contra el suelo.

Ahora que D'Hubert era un oficial de rango superior la posibilidad de batirse a duelo quedaba totalmente excluida. Ninguno de los dos podía lanzar o recibir un desafío sin correr el riesgo de ser juzgado por una corte

102 **Oracularmente:** de forma oracular, o sea, como en un oráculo, que es la contestación que las pitonisas y sacerdotes anunciaban como dada por los dioses a las consultas que ante sus ídolos se hacían.

103 ***Qui vivra, verra:*** "el que subsista, verá".

marcial. Era impensable. El teniente Feraud, quien desde hacía días no sentía un deseo real de enfrentarse al teniente D'Hubert, arma en mano, volvió a exasperarse con la sistemática injusticia del destino.

"¿Cree que escapará de mí de esta manera?", pensó indignado.

Veía en esta promoción una intriga, una conspiración, una maniobra cobarde. El coronel sabía lo que hacía. Se había apresurado a recomendar a su favorito para un ascenso. Era ultrajante que un hombre pudiese evitar las consecuencias de sus actos de una manera tan oscura y tortuosa.

De una naturaleza alegre y despreocupada, de un temperamento más beligerante que militar, el teniente Feraud se había contentado con dar y recibir golpes por el mero amor de la lucha armada, sin pensar demasiado en las promociones; pero ahora brotaba en su pecho un deseo imperioso de ascender. Este luchador de vocación resolvió en su mente aprovechar toda ocasión vistosa y cortejar la opinión favorable de sus jefes como cualquier mundano. Sabía que era tan valiente como cualquiera, y jamás dudó de su encanto personal. Pero ni la valentía ni el encanto parecían funcionar muy rápidamente. Su seductora y descuidada truculencia de *beau sabreur*[104] experimentó un cambio. Comenzó a hacer alusiones mordaces a esos "tipos listos que no se detienen ante nada para ascender". El ejército estaba lleno de ellos, decía; no había más que mirar alrededor. Pero todo el tiempo tenía en mente una sola persona, su adversario, D'Hubert. Una vez había confiado a un amigo que lo apreciaba:

—El problema es que no sé granjearme el favor de la gente con adulaciones. No está en mi carácter.

No obtuvo su ascenso hasta una semana después de Austerlitz[105].

---

104 ***Beau sabreur:*** "bello sablazo", o sea, un comentario punzante y bien aplicado.

105 **Austerlitz:** la batalla de Austerlitz (también conocida como la Batalla de los Tres Emperadores), tuvo lugar el 2 de diciembre de 1805, a 5 kilómetros de la ciudad de Brno, en la actual República Checa. Fue una de las principales batallas de las guerras napoleónicas.

La Caballería Ligera del Gran Ejército[106] tuvo, por un tiempo, las manos repletas de interesantes trabajos. En cuanto se alivió la presión de la tarea profesional, el teniente Feraud se ocupó de arreglar un encuentro sin pérdida de tiempo.

—Conozco a mi pájaro —comentó sombríamente—. Si no se lo observa con atención se las ingeniará para que lo asciendan por encima de la cabeza de una docena de hombres mejores que él. Tiene un talento especial para ese tipo de cosas.

El duelo se llevó a cabo en Silesia. Si no se combatió hasta el final, en cualquier caso, se combatió hasta el agotamiento. El arma fue el sable de la caballería, y la destreza, la ciencia, el vigor y la determinación manifestados por los adversarios suscitaron la admiración de los observadores. Se convirtió en el tema de conversación a ambas márgenes del Danubio[107], y en puntos tan distantes como las guarniciones de Gratz y Laybach[108]. Chocaron espadas siete veces. Ambos tenían muchos cortes que sangraban profusamente. Ambos se negaron, una y otra vez, a que se detuviera el combate, con lo que pareció ser la más mortal de las animosidades. Esta apariencia era provocada en el caso del capitán D'Hubert por un deseo racional de terminar de una vez por todas con esa molestia; en el caso del capitán Feraud, por una tremenda exaltación de sus instintos bélicos y la incitación de una vanidad herida. Al final, desgreñados[109], con sus camisas todas deshechas, cu-

106 ***La Caballería Ligera del Gran Ejército*:** el Gran Ejército, o la Armada Grande, fue el término militar que se adoptó en Francia para designar a su fuerza principal en las campañas militares. En la práctica, el nombre se aplicó en concreto al ejército multinacional congregado por el emperador Napoleón de Francia en sus campañas de inicios del siglo XIX.

107 **Danubio:** el segundo río más largo de Europa (el más largo es el Volga). Nace en la Selva Negra de Alemania de la unión de dos pequeños ríos, el Brigach y el Breg, fluyendo hacia el sudeste 2.888 kilómetros hasta el Mar Negro en Rumania, donde forma el delta del Danubio, una región de marismas y pantanos poco poblados.

108 ***Gratz y Laybach*:** dos ciudades de Austria.

109 **Desgreñado:** despeinado, con el cabello en desorden.

biertos de sangre, y casi sin poder mantenerse en pie, fueron separados a la fuerza por sus padrinos horrorizados y llenos de admiración. Más tarde, asediados por camaradas ávidos de detalles, estos caballeros declararon que no podrían haber permitido que una carnicería semejante prosiguiera indefinidamente. Cuando se les preguntó si esta vez se había puesto fin a la disputa, expresaron su convicción de que se trataba de una diferencia que sólo podría ser dirimida[110] en el caso de que una de las partes quedase tendida exánime en el campo de combate. Esta opinión fue esparciéndose de un cuerpo al otro del ejército, y penetrando, por último, en los destacamentos más pequeños de las tropas acantonadas entre el Rin y el Save[111]. En los cafés de Viena se estimaba de manera general, por detalles de los que se disponía, que los adversarios estarían en condiciones de enfrentarse nuevamente en tres semanas en las afueras. Se esperaba algo realmente trascendental en materia de duelos.

Estas expectativas se vieron frustradas por las necesidades del servicio, que separaron a los dos capitanes. Oficialmente no se había tomado en cuenta la disputa. Ahora era propiedad del ejército, y no debía ser tratada con ligereza[112]. Pero la historia del duelo, o más bien de la propensión de ambos oficiales al duelo, debe haber interferido de algún modo con sus carreras, porque todavía eran capitanes cuando volvieron a encontrarse durante la guerra con Prusia[113]. Destacados hacia el norte después de

110 **Dirimido:** ajustado, arreglado.

111 ***Entre el Rin y el Save*:** espacio de tierra que existe entre dichos ríos.

112 **Ligereza:** hecho o dicho de alguna importancia, pero irreflexivo o poco meditado.

113 ***Guerra con Prusia*:** Prusia fue un reino de Europa Central, disuelto tras la Segunda Guerra Mundial, muy importante durante el siglo XIX, que se extendió en este período por las costas del mar Báltico y del mar del Norte y limitó con Bélgica, los Países Bajos y Francia. En 1806, tras la derrota contra Francia de la Tercera Coalición (Rusia y Austria) en Austerlitz (o Batalla de los Tres Emperadores, 1805), Prusia declaró la guerra a Francia.

Jena[114], con el ejército comandado por el mariscal Bernadotte, príncipe dePonte Corvo[115], entraron juntos en Lübeck[116].

Fue recién después de la ocupación de la ciudad que el capitán Feraud encontró el ocio necesario para considerar su conducta futura en vistas al hecho de que el capitán D'Hubert había recibido el puesto de *aide-de-camp*[117] del mariscal. Reflexionó sobre la cuestión gran parte de la noche, y a la mañana convocó a dos amigos complacientes.

—Lo he estado pensando con calma —dijo, mirándolos con ojos rojos y cansados—. Veo que debo librarme de ese personaje intrigante. Aquí se las ha ingeniado para trepar hasta formar parte de la plana mayor del mariscal. Es una provocación directa. No puedo tolerar una situación en la que me veo expuesto a recibir cualquier día una orden por su intermedio. ¡Y sabe Dios qué orden! Ese tipo de cosas ya ha sucedido una vez, y una vez es más que suficiente. Él comprende esto perfectamente, no teman. No puedo decirles más. Ahora ya saben qué es lo que debe hacerse.

Este encuentro tuvo lugar fuera de la ciudad de Lübeck, en un terreno muy despejado, escogido con especial cuidado en deferencia a la opinión general de la división de caballería perteneciente al cuerpo del ejército de que, esta vez, los dos oficiales deberían enfrentarse a caballo. Después de todo, este duelo era un asunto de caballería, y persistir en combatir a pie podría parecer como un desaire a la propia arma. Los padrinos, sorprendidos por la naturaleza inusual de la sugerencia, se apresuraron a

114 ***Después de Jena:*** la batalla de Jena tuvo lugar el 14 de octubre de 1806, y enfrentó al ejército francés bajo el mando de Napoleón contra las tropas prusianas. La victoria francesa fue total y significó la exclusión de Prusia de los conflictos bélicos con Francia hasta 1813.

115 ***Mariscal Bernadotte, príncipe de Ponte Corvo*** (1763-1844): Jean-Baptiste Bernadotte, hijo de un abogado de la pequeña ciudad de Pau, antigua capital del reino de la Navarra Francesa, fue un bravo militar que acompañó a Napoleón Bonaparte en la campaña italiana.

116 **Lübeck:** ciudad alemana situada en el estado de Schleswig-Holstein, al norte del país.

117 ***Aide-de-camp:*** en castellano es "ayudante de campo". Se refiere a un asistente militar, un oficial que depende de un general, almirante u otro comandante de alto rango, y que trabaja como un secretario confidencial.

consultar a sus apadrinados. El capitán saltó de alegría al escucharla. Por alguna oscura razón, relacionada, sin duda, con su psicología, se imaginaba invencible a caballo. Completamente solo entre las cuatro paredes de su cuarto, se frotaba las manos y murmuraba victorioso:

"¡Ajá! Mi bonito oficial de la plana mayor, esta vez te tengo".

Por su parte, el teniente D'Hubert, tras mirar fijo a sus amigos durante unos segundos, se encogió ligeramente de hombros. Este asunto le había complicado su existencia de una manera ilógica e irremediable. Un absurdo más o menos en su desarrollo no importaba; todo absurdo le resultaba desagradable; pero, galante como siempre, esbozó una sonrisa levemente irónica, y dijo con su voz calma:

—Ciertamente borrará en parte la monotonía de este asunto.

Una vez que quedó solo, se sentó a la mesa y se tomó la cabeza entre las manos. No había escatimado esfuerzos últimamente, y el mariscal había hecho trabajar particularmente duro a todos sus *aides-de-camp*. Las últimas tres semanas de campaña bajo un clima espantoso habían afectado su salud. Cuando estaba demasiado cansado padecía de una puntada en el costado herido, y esa sensación incómoda siempre lo deprimía.

"También es obra de ese animal", pensó con amargura.

El día anterior había recibido una carta de su casa, anunciándole que su única hermana iba a casarse. Reflexionó que, desde la época en que ella tenía diecinueve años y él veintiséis, cuando partió para iniciar su vida de guarnición en Estrasburgo, sólo la había visto en dos oportunidades de manera muy breve. Habían sido grandes amigos y confidentes; y ahora ella iba a ser entregada a un hombre que él no conocía; un tipo muy digno, sin duda, pero ni la mitad de digno para ella. Nunca más volvería a ver a su Léonie. Ella tenía una cabecita capaz, y mucho tacto; seguramente, sabría cómo manejar al sujeto. Estaba tranquilo respecto de su felicidad, pero se sentía expulsado del primer lugar en sus pensamientos, que había sido suyo desde que ella supo hablar. Una melancólica añoranza de los días de su infancia invadió al capitán D'Hubert, tercer *aide-de-camp* del príncipe de Ponte Corvo.

Arrojó a un lado la carta de felicitaciones que había comenzado a escribir como obligado por el deber, pero sin entusiasmo. Tomó un pedazo nuevo de papel, y trazó sobre él las palabras: "Esta es mi última voluntad y testamento". Al mirar estas palabras, se entregó a desagradables reflexiones; un presentimiento de que nunca vería las escenas de su niñez pesaba sobre el espíritu ecuánime del capitán D'Hubert. Se puso de pie de un salto, empujando la silla hacia atrás, bostezó elaboradamente en señal de que no le importaban en nada los presentimientos, y arrojándose sobre la cama, se durmió. Durante la noche tembló de vez en cuando sin despertar. A la mañana, salió de la ciudad a caballo entre sus dos padrinos, conversando de cosas sin importancia, y mirando a izquierda y derecha, con evidente abandono, las densas neblinas de la mañana que cubrían los verdes campos bordeados por setos. Saltó una zanja, y vio las siluetas de muchos hombres montados moviéndose en la niebla.

"Al parecer, tendremos que pelear delante de una galería", murmuró amargamente para sí.

Sus padrinos estaban bastante preocupados por el estado atmosférico[118], pero poco después, un sol pálido y enfermizo logró asomarse por entre los bajos vapores, y el capitán D'Hubert distinguió, a lo lejos, tres hombres cabalgando un poco apartados del resto. Eran el capitán Feraud y sus padrinos. Aquel desenvainó[119] su sable, y se aseguró de que estuviese adecuadamente aferrado a su muñeca. Y entonces, los padrinos, que se habían mantenido en un grupo cerrado, con las cabezas de sus caballos juntas, se separaron a un trote lento, dejando un campo grande y despejado ente él y su adversario. El capitán D'Hubert miró el sol pálido, los sombríos campos, y la imbecilidad del inminente combate lo llenó de desolación. Desde un punto distante del campo una voz estentórea[120] gritaba

118 **Atmosférico:** se aplica a un fenómeno del clima o perteneciente a la atmósfera.
119 **Desenvainar:** sacar de la vaina –funda– su espada.
120 **Estentóreo:** muy fuerte, ruidoso, retumbante.

órdenes a intervalos regulares: *Au pas… Au trot… Chargez!*[121] Un hombre no tiene presentimientos de la muerte por nada, pensó en el mismo instante en que espoleaba su caballo.

Y por eso estuvo más que sorprendido cuando, en el primer asalto, el capitán Feraud se expuso a un corte en la frente, que, al cegarlo con sangre, puso fin al combate, casi antes de que hubiese realmente comenzado. Era imposible proseguir. El capitán D'Hubert, dejando a su enemigo maldiciendo horriblemente y tambaleándose en su montura entre sus dos amigos consternados, volvió a saltar la zanja hacia el camino y regresó a su casa al trote con sus dos padrinos, que parecían bastante anonadados por el veloz desenlace de ese encuentro. Por la noche, el capitán D'Hubert concluyó su carta de felicitaciones por el casamiento de su hermana.

La terminó tarde. Fue una carta larga. El capitán D'Hubert dio rienda suelta a su fantasía. Dijo a su hermana que se sentiría bastante solo una vez concretado este gran cambio en la vida de ella; pero luego también llegaría para él el día de casarse. De hecho, ya estaba pensando en la época en que no quedara más nadie en Europa con quien luchar, y concluyera la era de las guerras. *Espero encontrarme en ese momento*—escribió—, *a una corta distancia de un bastón de mariscal*[122], *y tú serás una mujer casada con experiencia. Me buscarás una esposa. Para entonces probablemente sea calvo, y un poco* blasé[123]. *Desearé una muchacha joven, bonita, por supuesto, y con una gran fortuna que me ayude a cerrar mi gloriosa carrera con el esplendor apropiado a mi elevado rango.* Concluyó informando que acababa de dar una lección a un sujeto perturbador y pendenciero que imaginaba tener un motivo de queja contra él. *Pero si tú, en las profundidades de tu provincia* —continuaba—, *oyes decir alguna vez que tu hermano tiene una disposición pendenciera*[124], *no lo creas bajo ningún concepto. No hay*

121 ***Au pas… Au trot… Chargez!:*** expresión que significa "¡al paso, al trote, a la carga!".
122 **Mariscal:** grado muy importante en la milicia. En algunos países, el grado más alto del ejército.
123 ***Blasé:*** "hastiado".
124 **Pendenciero:** propenso a riñas.

manera de saber qué chismes del ejército pueden alcanzar tus inocentes oídos. Cualquier cosa que oigas decir puedes estar segura que tu siempre cariñoso hermano no es ningún duelista. Luego, el capitán D'Hubert hizo un bollo con la hoja en blanco encabezada con las palabras "Esta es mi última voluntad y testamento", y la arrojó al fuego con una gran carcajada para consigo mismo. Le importaba un bledo lo que ese lunático pudiese hacer. De pronto había adquirido la convicción de que su adversario era por completo impotente para afectar su vida del modo que fuere; salvo, quizá, del de agregar una excitación especial a los intervalos deliciosos y alegres entre campañas.

No obstante, a partir de allí no hubo intervalos pacíficos en la carrera del capitán D'Hubert. Vio los campos de Eylau y de Friedland[125], marchó y contramarchó en la nieve, el fango y el polvo de las llanuras de Polonia, cosechando condecoraciones y ascensos en todas las rutas del noreste de Europa. Entretanto, el capitán Feraud, despachado hacia el Sur con su regimiento, libró una guerra insatisfactoria en España. No fue sino hasta que comenzaron los preparativos para la campaña a Rusia que le ordenaron volver de nuevo al Norte. Dejó sin pena el país de las mantillas y las naranjas.

Los primeros signos de una calvicie que no le sentaba nada mal se agregaron al altivo aspecto de la frente del coronel D'Hubert. Esta ya no era tersa y blanca como en los días de su juventud; la mirada amable y franca se había endurecido un poco, como por efecto de haber mirado muy fijamente a través del humo de las batallas. La melena color ébano sobre la cabeza del coronel Feraud, áspera y encrespada como un gorro de crin[126] de caballo, mostraba muchas hebras plateadas alredor de las sienes. Una guerra abominable de emboscadas e ignominiosas[127] sorpresas no había

125 ***Campos de Eylau y de Friedland*:** dos ciudades donde se produjeron legendarias batallas por parte del ejército de Napoleón. Ambas contiendas sucedieron en 1807.

126 **Crin:** conjunto de cerdas que tienen algunos animales en la parte superior del cuello, especialmente el caballo.

127 **Ignominioso:** que causa afrenta pública.

mejorado su carácter. La curva de su nariz, semejante al pico de un pájaro, quedaba desagradablemente resaltada por un profundo pliegue a cada lado de su boca. Las órbitas redondas de sus ojos irradiaban arrugas. Más que nunca, su aspecto recordaba al de un pájaro mirón e irritable; algo así como una cruza entre un loro y una lechuza. Todavía era extremadamente directo para manifestar su desagrado por los "tipos intrigantes". Aprovechaba toda oportunidad para declarar que él no obtenía su rango en las antecámaras de los mariscales. Las desafortunadas personas, civiles o militares, que, con la intención de ser agradables, le preguntaban al coronel Feraud cómo había terminado con esa notable cicatriz en la frente, quedaban sorprendidas al verse desairadas de diferentes maneras, algunas de las cuales eran sencillamente groseras y otras, misteriosamente sardónicas. Los camaradas más experimentados advertían amablemente a los jóvenes oficiales que no mirasen fijamente la cicatriz del coronel. Pero en verdad un oficial tenía que ser realmente muy joven en su profesión para no haber oído hablar de la legendaria historia de ese duelo originado en una ofensa imperdonable y misteriosa.

CAPÍTULO III

La retirada de Moscú[128] hundió todos los sentimientos privados en un mar de desastre y miseria. coroneles sin regimientos, D'Hubert y Feraud cargaban mosquetes en las filas del así llamado Batallón Sagrado; un batallón reclutado con oficiales de todas las armas que ya no tenían tropas que comandar.

En ese batallón los ascendidos a coronel desempeñaban tareas de sargentos; los generales capitaneaban las compañías; un mariscal de Francia, príncipe del Imperio, comandaba toda la tropa.

Todos se habían provisto de mosquetes[129] recogidos en la ruta, y de cartuchos quitados a los muertos. En la destrucción general de los lazos de disciplina y deber que mantienen la cohesión de las compañías, los batallones, los regimientos, las brigadas y las divisiones de una hueste armada[130], este cuerpo se enorgullecía de preservar alguna apariencia de orden y formación. Los únicos rezagados eran los que dejaban la fila para entregar a la escarcha sus almas exhaustas. El batallón continuaba su esforzada marcha, y su paso no perturbaba el mortal silencio de las planicies, que resplandecían con la lívida luz de las nieves bajo un cielo color ceniza. Los torbellinos surcaban los campos, rompían contra la oscura columna, la envolvían en un caos de carámbanos voladores, y luego amainaban, dejando al descubierto una tropa que se arrastraba trabajosamente en su trágico camino sin el compás ni el ritmo del paso militar. La columna seguía luchando por avanzar, sin que los hombres cruzaran una palabra o una mirada, y sin levantar jamás los ojos del suelo, como perdidos en desesperadas

128 **Moscú:** capital de Rusia.
129 **Mosquete:** arma de fuego antigua, mucho más larga y de mayor calibre que el fusil.
130 ***Las divisiones de una hueste armada*:** cada uno de los grupos de que se compone un ejército.

reflexiones. En los mudos y negros bosques de pinos, el crujido de las ramas sobrecargadas era el único sonido que oían. A menudo, desde al alba hasta el crepúsculo, nadie hablaba en toda la columna. Era como una marcha *macabre*[131] de cadáveres luchando por avanzar hacia una tumba distante. Sólo la alarma de un ataque cosaco podía devolver a sus ojos la apariencia de una resolución marcial. El batallón giraba hacia el frente y se desplegaba, o formaba cuadros bajo el interminable revoloteo de los copos de nieve. Una nube de jinetes con gorros de piel sobre sus cabezas enderezaba sus largas lanzas, y gritaba "¡Hurrah! ¡Hurrah!", alrededor de su amenazadora inmovilidad, de la que, con sordas detonaciones, salían disparados cientos de oscuras llamaradas rojas a través del aire cargado de la incesante nieve. En pocos minutos, los jinetes desaparecían, como llevados entre sus gritos por el vendaval, y el Batallón Sagrado, solo y quieto en medio de la ventisca, no oía más que el aullido del viento, cuyas ráfagas hurgaban en sus cuerpos buscando morder sus mismos corazones. Después, con un grito o dos de *Vive l'Empereur!*[132] reanudaba la marcha, dejando tendidos tras de sí unos pocos cuerpos sin vida acurrucados sobre el suelo, minúsculas manchas negras sobre la blanca inmensidad de las nieves.

Aunque a menudo marchaban en las filas, o combatían lado a lado en las escaramuzas[133] en medio del los bosques, los dos oficiales se ignoraban mutuamente; no tanto por un propósito hostil como por una muy real indiferencia. Gastaban toda su reserva de energía moral en resistir la terrible enemistad de la naturaleza y la aplastante sensación de irremediable desastre. Hasta lo último, se encontraron entre los más activos, los menos desmoralizados del batallón[134]; su vigorosa vitalidad confería a los dos la apariencia de un par heroico a los ojos de sus compañeros. Y nunca inter-

131 ***Macabre:*** "macabra".

132 ***Vive l'Empereur!:*** "¡Viva el emperador!", expresión de júbilo y grito de guerra utilizado por el ejército francés en alusión a Napoleón.

133 **Escaramuza:** género de pelea entre los jinetes o soldados de a caballo, que van picando de rodeo, acometiendo a veces y a veces huyendo con gran ligereza.

134 **Batallón:** unidad militar compuesta de varias compañías y mandada normalmente por un teniente coronel o un comandante.

cambiaron más de una o dos palabras casuales, salvo un día, en que luchando al frente de su batallón contra un apremiante ataque de caballería, se encontraron en medio de los bosques aislados del resto de la tropa por un pequeño grupo de cosacos[135]. Una veintena de peludos jinetes con gorros de piel cabalgaban de un lado a otro, blandiendo sus lanzas en amenazador silencio; pero los dos oficiales no tenían la menor intención de deponer sus armas, y de pronto el coronel Feraud habló con su voz ronca y rugiente, mientras llevaba el trabuco[136] al hombro:

—Usted encárguese del animal más cercano, coronel D'Hubert; yo me ocuparé del siguiente. Soy mejor tirador que usted.

El coronel D'Hubert asintió con la cabeza por encima de su mosquete ya listo para disparar. Tenían la espalda contra el tronco de un gran árbol; en el frente enormes montículos de nieve los protegían de un ataque directo. Dos disparos cuidadosamente apuntados resonaron en el aire helado, dos cosacos se tambalearon en sus monturas. El resto, considerando que la presa no era lo bastante buena, cerró filas alrededor de sus dos compañeros heridos y partió al galope hasta perderse de vista. Los dos oficiales lograron reunirse con su batallón, que había hecho un alto para pasar la noche. Durante esa tarde se habían apoyado uno en el otro más de una vez, y hacia el final, el coronel D'Hubert, cuyas largas piernas le daban alguna ventaja para caminar por la blanda nieve, tomó perentoriamente el mosquete del coronel Feraud de entre sus manos y lo llevó sobre su hombro, usando el suyo como bastón.

En las afueras de un pueblo medio enterrado en la nieve un viejo granero de madera ardía con una llamarada inmensa y clara. El Sagrado

135 **Cosaco:** pueblo nómada y guerrero, de origen eslavo, que habitó las actuales regiones de Rusia y Ucrania. En distintos períodos de la historia, los cosacos intentaron formar una nación. Durante la época de las guerras napoleónicas, estaban constituidos como una fuerza especial de caballería ligera al servicio de Rusia. Actualmente, tras la caída del régimen soviético que los persiguió, son reconocidos como una comunidad étnica.

136 **Trabuco:** arma de fuego más corta y de mayor calibre que la escopeta ordinaria.

Batallón de esqueletos, envuelto en harapos[137], se amontonaba ávidamente del lado del viento, extendiendo hacia la hoguera cientos de huesudas manos entumecidas. Nadie los había visto acercándose. Antes de entrar en el círculo de luz que jugueteaba sobre los demacrados rostros famélicos[138] de ojos vidriosos, dijo por su parte el coronel D'Hubert:

—Aquí tiene su mosquete, coronel Feraud. Yo puedo caminar mejor que usted.

El coronel Feraud asintió con la cabeza, y siguió avanzando a los empujones hacia el calor de las feroces llamas. El coronel D'Hubert se mostró más considerado pero no menos decidido a conseguir un lugar en la fila del frente. Aquellos que empujaron a un lado trataron de saludar con una desfallecida ovación la reaparición de los dos indómitos compañeros de actividad y resistencia. Esas cualidades masculinas quizá no hayan recibido jamás un tributo más noble que esta débil aclamación.

Este es el fiel registro de las palabras intercambiadas por los coroneles Feraud y D'Hubert durante la retirada de Moscú. La actitud taciturna del coronel Feraud era el resultado de una furia concentrada. Bajo, peludo, con el rostro ennegrecido por capas de mugre y el tupido florecer de una barba hirsuta[139], y con una mano maltrecha por la helada envuelta en sucios harapos y apoyada sobre un cabestrillo[140], el coronel Feraud acusaba a la suerte de una perfidia sin igual hacia el sublime Hombre del Destino[141]. El coronel D'Hubert, con sus largos bigotes terminados en carámbanos[142] a cada lado de sus labios azules y cuarteados, sus párpados inflamados por el resplandor de las nieves, y consistiendo la parte principal de

137 **Harapo:** pedazo de tela.

138 **Famélico:** muerto de hambre.

139 ***Barba hirsuta*:** de pelo duro.

140 **Cabestrillo:** banda o aparato pendiente del hombro para sostener la mano o el brazo lastimados.

141 **El Hombre del Destino:** leyenda que engrandecía a Napoleón y lo idealizaba haciendo pensar que era una reencarnación de Carlomagno, rey de los francos y emperador de Occidente.

142 **Carámbano:** pedazo de hielo más o menos largo y puntiagudo.

su atuendo en un saco de piel de cordero quitado con dificultad al cadáver congelado de un proveedor del ejército encontrado en un carro abandonado, tenía una visión más reflexiva de los acontecimientos. Sus rasgos regulares y bellos, ahora reducidos a meras líneas huesudas y hoyos descarnados, asomaban por fuera de una capucha de mujer de terciopelo negro, sobre la cual había metido a la fuerza un tricornio[143] recogido de debajo de las ruedas de un furgón vacío del ejército, que una vez debió contener el equipaje de algún oficial general. Como el saco de piel de cordero era corto para un hombre de su estatura, terminaba demasiado arriba, y por entre los jirones[144] de sus prendas inferiores se veía la piel de sus piernas moradas por el frío. Este hecho, dadas las circunstancias, no provocaba ni burlas ni lástima. A nadie le importaba qué sentía o qué aspecto tenía su vecino. El mismo coronel D'Hubert, endurecido hasta el congelamiento, sufría principalmente en su amor propio por la lamentable indecencia de su atuendo. Una persona irreflexiva puede creer que con un ejército de cuerpos inanimados esparcidos por el camino de la retirada no podía ser muy difícil colmar la deficiencia. Pero quitar un par de pantalones de un cuerpo congelado no es tan fácil como puede parecer a un simple teórico. Requiere de tiempo y trabajo. Uno debe rezagarse, mientras sus compañeros prosiguen la marcha. El coronel D'Hubert tenía sus escrúpulos respecto de abandonar las filas. Una vez que se salía de la formación, no se podía estar seguro de reunirse de nuevo con el batallón; y la espantosa intimidad de un combate cuerpo a cuerpo con los muertos congelados, oponiendo la inflexible rigidez del hierro a la propia violencia, repugnaba a la delicadeza de sus sentimientos. Afortunadamente, un día, mientras cavaba en un montículo de nieve entre las chozas de un pueblo con la esperanza de encontrar allí una papa congelada o desechos de alguna verdura que pudiese ponerse entre sus dientes largos y temblorosos, el coronel D'Hubert descubrió un par de tapetes del tipo que los campesinos

143 **Tricornio:** sombrero de tres picos.
144 **Jirón:** pedazo desgarrado de una vestimenta.

rusos utilizan para forrar los costados de sus carros. Tras sacudirlos para quitarles la nieve congelada, estos tapetes[145], doblados alrededor de su elegante cuerpo y firmemente sujetados alrededor de su cintura, crearon una prenda inferior en forma de campana, una especie de rígida enagua, que transformaba al coronel D'Hubert en una figura perfectamente decente aunque mucho más notable que antes.

Así ataviado, continuó la retirada, sin dudar jamás de su salvación personal, pero lleno de otras dudas. El juvenil vigor de su creencia en el futuro estaba destrozado. Si el camino de la gloria llevaba a través de tan inesperados pasadizos, se preguntaba –pues era reflexivo– si la conducción era por completo confiable. Era una tristeza patriótica, no desprovista de cierta preocupación personal, y muy distinta de la irreflexiva indignación contra los hombres y las cosas que albergaba el coronel Feraud. Recuperando fuerzas en una pequeña ciudad de Alemania durante tres semanas, el coronel D'Hubert se sorprendió al descubrir dentro de sí un amor por el reposo. Su recobrado vigor era extrañamente pacífico en sus aspiraciones. Meditaba en silencio sobre este curioso cambio de humor. Sin duda, muchos de sus hermanos oficiales de alto rango atravesaban la misma experiencia moral. Pero no era este el momento para hablar de ello. En una de sus cartas a su familia el coronel D'Hubert escribió: *Todos tus planes, mi querida Léonie, para casarme con la encantadora muchacha que has descubierto en tu vecindario, parecen más lejanos que nunca. La paz aún no ha llegado. Europa necesita otra lección. Será una tarea dura para nosotros, pero se hará, porque el emperador es invencible.*

Así escribía el coronel D'Hubert desde Pomerania[146] a su hermana casada Léonie, establecida en el sur de Francia. Y hasta allí las opiniones expresadas habrían sido aceptadas como suyas por el coronel Feraud, quien no escribía cartas a nadie, cuyo padre había sido un herrero analfabeto,

145 **Tapete:** cubierta de paño u otro tejido, que se suele poner en las mesas y otros muebles para resguardo.

146 **Pomerania:** región histórico-geográfica situada al norte de Polonia y Alemania en el litoral báltico.

quien no tenía ni hermana ni hermano, y a quien nadie deseaba ardientemente unir para una vida de paz con una encantadora jovencita. Pero la carta del coronel D'Hubert contenía también algunas generalidades filosóficas sobre la fragilidad de todas las esperanzas personales, cuando estaban enteramente ligadas a la prestigiosa fortuna de un hombre incomparablemente grande, es cierto, pero que aun así no dejaba de ser, en su grandeza, más que un simple hombre. Esta visión habría parecido una total herejía[147] al coronel Feraud. Algún melancólico presentimiento de carácter militar, expresado cautelosamente, habría sido juzgado nada menos que de alta traición por el coronel Feraud. Pero Léonie, la hermana del coronel D'Hubert, leyó estas generalidades con profunda satisfacción, y, doblando la carta cuidadosamente, se comentó a sí misma que "era probable que al final Armand resultara un hombre sensato". Desde que por su matrimonio había pasado a formar parte de una familia meridional, se había convertido en una convencida creyente en el regreso del legítimo rey. Esperanzada y ansiosa, ofrecía plegarias noche y día, y encendía velas en las iglesias rogando por la seguridad y la prosperidad de su hermano.

Tenía sobradas razones para suponer que sus plegarias fueron oídas. El coronel D'Hubert pasó por Lutzen, Bautzxen y Leipzig[148] sin perder ningún miembro, y adquiriendo una mayor reputación. Adaptando su conducta a las necesidades de esos tiempos desesperados, jamás dio voz a sus dudas. Las ocultaba bajo una alegre cortesía de un carácter tan agradable que la gente tendía a preguntarse con admiración si el coronel D'Hubert tenía alguna conciencia de los desastres. No sólo sus modales, sino también sus miradas permanecieron imperturbables. La constante cordialidad de sus ojos azules desconcertaba a todos los gruñones y hacía que la misma desesperación se detuviera.

Esta conducta fue observada favorablemente por el emperador en persona; porque el coronel D'Hubert, agregado ahora a la plana mayor

147 **Herejía:** disparate, acción desacertada.

148 ***Lutzen, Bautzxen y Leipzig:*** ciudades de Europa Central donde los ejércitos napoleónicos batieron contiendas.

del mayor general[149], atrajo en varias ocasiones la mirada del ojo imperial. Pero exasperaba la naturaleza más nerviosa del coronel Feraud. Al pasar de servicio por Magdeburgo, este se permitió decir del adversario de toda su vida, mientras cenaba sombríamente con el *Commandant de Place*[150]: "Ese hombre no ama al emperador", y sus palabras fueron recibidas por los otros huéspedes con un profundo silencio. El coronel Feraud, turbado en su conciencia por la atrocidad de la difamación, sintió la necesidad de respaldarla con un buen argumento.

—Yo debería conocerlo —gritó, añadiendo algunas maldiciones—. Uno estudia a su adversario. Me he batido con él media docena de veces, como todo el ejército sabe. ¿Qué más quieren? Si eso no es una oportunidad suficiente para que cualquier tonto estudie a su enemigo, que el diablo me lleve, si sé decir qué es entonces. —Y miró alrededor de la mesa, obstinado y sombrío.

Más tarde en París, mientras se encontraba extremadamente ocupado reorganizando su regimiento, el coronel Feraud se enteró de que el coronel D'Hubert había sido nombrado general. Miró a su informante con incredulidad, luego, cruzándose de brazos dio media vuelta murmurando:

"Nada que venga de ese hombre me sorprende".

Y agregó en voz alta, hablando por encima de su hombro:

—Estaría enormemente en deuda con usted si le dijese al general D'Hubert, en la primera oportunidad, que este ascenso lo salva por un tiempo de un encuentro bastante acalorado.

El otro oficial protestó:

—¿Podría usted pensar en algo así, coronel Feraud, en este momento en que todas las vidas deberían estar consagradas a la gloria y la seguridad de Francia?

---

149 **Mayor general:** rango militar, el equivalente al usado en organizaciones militares de varias civilizaciones. Como rango tradicional en el ejército, mayor general es un rango propio de un oficial de bandera, situado entre los grados de brigadier y teniente general. En comparación con el sistema naval, su equivalente es el rango de contralmirante.

150 ***Commandant de Place:*** significa "comandante de plaza", un nombramiento militar equivalente al gobernador de provincia.

Pero la extrema infelicidad provocada por los reveses militares había echado a perder el carácter del coronel Feraud. Como a muchos otros, la desgracia lo había vuelto malvado.

—No puedo considerar la existencia del general D'Hubert de ningún valor para la gloria o la seguridad de Francia —respondió bruscamente y con malicia—. Acaso no pretenderá usted conocerlo mejor que yo que me he batido con él media docena de veces, ¿verdad?

Su interlocutor, un hombre joven, quedó en silencio. El coronel caminaba de un lado a otro de la habitación.

—Este no es momento para andarse con rodeos —dijo—. No puedo creer que ese hombre haya amado alguna vez al emperador. Juntó sus estrellas de general de debajo de las botas del mariscal Berthier. Muy bien, yo conseguiré las mías de otras manera, y después arreglaremos este asunto que se viene prolongando desde hace demasiado tiempo.

El general D'Hubert, informado indirectamente de la actitud del coronel Feraud, hizo un gesto como quitándose de encima una persona inoportuna. Preocupaciones más serias reclamaban su atención. No había tenido tiempo de ir a ver a su familia. Su hermana, cuyas esperanzas monárquicas crecían día a día, aunque orgullosa de su hermano, lamentaba en cierta medida su reciente ascenso, porque ponía en él una marca del favor del usurpador, que más tarde podría tener una influencia adversa en su carrera. El general D'Hubert le escribió a su hermana diciendo que nadie salvo un enemigo inveterado[151] podía decir que él había obtenido su promoción por favoritismo. En cuanto a su carrera, le aseguraba que no miraba más allá en el futuro que la próxima batalla.

Comenzando la campaña de Francia con esta obstinación de ánimo, el general D'Hubert fue herido al segundo día de la batalla de Laon[152]. Mientras era retirado del campo de batalla, oyó decir que el coronel Feraud, ascendido en ese momento a general, había sido enviado para reem-

151 **Inveterado:** antiguo, arraigado.
152 **Laon:** localidad y comuna francesa, situada en el departamento del Aisne, región de Picardía.

plazarlo a la cabeza de su brigada. Maldijo impulsivamente su suerte, incapaz de discernir a primera vista todas las ventajas de esa horrenda herida. Y sin embargo, era a través de este método heroico que la Providencia estaba forjando su futuro. Mientras viajaba lentamente hacia el Sur a la casa de campo de su hermana, al cuidado de un viejo y fiel sirviente, el general D'Hubert se ahorraba las humillantes tratativas y las perplejidades de conducta que asaltaron a los hombres del imperio napoleónico en el momento de su caída. Recostado en cama, con las ventanas de su habitación abiertas de par en par al sol de Provenza, percibió al desnudo la bendición conferida por ese fragmento dentado de un proyectil prusiano, que, matando a su caballo y desgarrándole el muslo, lo salvó de un conflicto activo con su conciencia. Después de haber pasado los últimos catorce años de su vida espada en mano sobre un caballo, y con la sensación de haber cumplido con su deber hasta el final, el general D'Hubert descubrió que la resignación no era una virtud difícil de practicar. Su hermana estaba encantada con su sensatez.

—Me pongo por completo en tus manos, mi querida Léonie.

Aún guardaba cama cuando, habiéndose ejercido en su favor el crédito de la familia de su cuñado, recibió del gobierno real no sólo la confirmación de su rango[153], sino también la seguridad de ser mantenido en servicio activo. A esto se agregaba una licencia por convalecencia por tiempo ilimitado. La opinión desfavorable que de él tenían los círculos bonapartistas, aunque basada exclusivamente en algo tan poco firme como la declaración infundada del general Feraud, fue directamente responsable de que el general D'Hubert fuera retenido en servicio activo. En cuanto al general Feraud, su rango también fue confirmado. Era más de lo que osaba esperar; pero el mariscal Soult, entonces Ministro de

153 **Rango:** categoría de una persona con respecto a su situación profesional o social.

Guerra[154] del rey restaurado, se mostró parcial con los oficiales que habían servido en España. Sólo que ni siquiera la protección del mariscal pudo garantizarle un empleo activo. El general Feraud se tornó irreconciliable, ocioso y siniestro. Buscaba en oscuros restaurantes la compañía de otros oficiales con media paga, que guardaban con veneración en el bolsillo del pecho las viejas y gloriosas, aunque deslucidas, cucardas tricolor[155], y abrochaban sus raídos uniformes con los botones con el dibujo del águila, prohibidos por el nuevo gobierno, declarándose demasiado pobres para poder permitirse el lujo del cambio prescripto.

El regreso triunfante de Elba[156], un hecho histórico tan maravilloso e increíble como las hazañas de algún semidios mitológico, encontró al general D'Hubert aún incapaz de montar a caballo. Tampoco podía caminar muy bien. Estas incapacidades, que madame Léonie consideró sumamente afortunadas, la ayudaron a mantener a su hermano fuera de todo posible daño. Pero el estado mental de su hermano, notó ella con consternación, estaba muy lejos de ser razonable. Este oficial general, que todavía corría el riesgo de perder una pierna, fue encontrado una noche en los establos del castillo por un mozo de cuadra, quien, al ver una luz, dio la alarma de ladrones. Su muleta estaba medio enterrada en la paja del lecho de los animales, y el general saltaba en una pierna en una casilla abierta alrededor de un caballo que relinchaba, mientras él intentaba ensillarlo. Tales eran los efectos de la magia imperial sobre un temperamento sereno y una mente equilibrada. Asediado, bajo la luz de los faroles del establo, por las lágrimas, las súplicas, la indignación, las reconvenciones y los reproches de su familia, salió de esa difícil situación desvaneciéndose en los brazos de sus parientes más cercanos, quienes de inmediato lo llevaron a la cama.

154 **Ministro de Guerra:** el que se encarga de dirigir y organizar la fuerza armada, cuidar del abastecimiento y guarnición de las plazas y de cuanto concierne a la defensa del Estado.

155 ***Cucarda tricolor:*** la cucarda es un ribete conmemorativo que generalmente se prende en la ropa. En este caso, alude al emblema propio de la República francesa: azul, blanco y rojo, actuales colores de la bandera de Francia.

156 **Elba:** isla situada al oeste de Italia.

Antes de que pudiese volver a levantarse, el segundo reino de Napoleón, los Cien Días[157] de febril agitación y supremo esfuerzo, pasó como un sueño aterrador. El trágico año de 1815, iniciado en la turbación e inquietud de las conciencias, culminó con vengativas proscripciones.

Cómo el general Feraud escapó a las garras de la comisión especial y a los últimos oficios de un escuadrón de fusilamiento es algo que él mismo nunca supo. En parte se debió al cargo subordinado que le fue asignado durante los Cien Días. El emperador nunca le dio un mando activo, sino que lo mantuvo ocupado en el depósito de caballería en París, montando y despachando a toda prisa al campo soldados experimentados. Como consideraba esta tarea indigna de sus habilidades, la cumplió sin un celo ofensivamente visible; pero en su mayor parte se salvó de los excesos de la reacción realista por la intercesión del general D'Hubert.

Este, todavía de licencia por convalecencia, pero ya en condiciones de viajar, había sido despachado por su hermana a París para que se presentara a su legítimo soberano. Como nadie en la capital tenía manera de saber nada del episodio del establo, el general D'Hubert fue recibido allí con todos los honores. Militar hasta el fondo de su alma, la perspectiva de ascender en su profesión lo consolaba de saberse el blanco de la malevolencia bonapartista, que lo perseguía con una persistencia que él no podía explicar. Todo el rencor de ese partido amargado y perseguido lo señalaba como el hombre que nunca había amado al emperador; una suerte de monstruo esencialmente peor que un simple traidor.

El general D'Hubert se encogía de hombros sin enojo ante este feroz prejuicio. Rechazado por sus viejos amigos, y desconfiando profundamente de los gestos de beneplácito de la sociedad monárquica, el joven y apuesto general (apenas tenía cuarenta años) adoptó un actitud de fría y punti-

157 **Cien Días:** el período conocido como los Cien Días, o campaña de Waterloo, comprende desde el 20 de marzo de 1815, fecha del regreso de Napoleón a París desde su exilio en Elba, hasta el 28 de junio de 1815, fecha de la segunda restauración de Luis XVIII como rey de Francia. Este período pone fin a las llamadas guerras napoleónicas, así como al Imperio Francés.

llosa cortesía, que ante la mínima sombra de un intencional desaire pasaba fácilmente a una dura altivez[158]. Así preparado, el general D'Hubert se ocupó de sus asuntos en París, sintiéndose interiormente muy feliz de la peculiar y estimulante felicidad de un hombre muy enamorado. La encantadora jovencita buscada por su hermana había entrado en escena, y lo había conquistado tan completamente como una joven puede hacer suyo a un hombre de cuarenta por el mero hecho de existir a sus ojos. Iban a casarse en cuanto el general D'Hubert obtuviese su nombramiento oficial para un mando prometido.

Una tarde, mientras estaba sentado en la *terrasse*[159] del Café Tortoni[160], el general D'Hubert se enteró por la conversación de dos extraños que ocupaban una mesa cercana a la suya de que el general Feraud, incluido en el grupo de oficiales superiores arrestados después del segundo regreso del rey, estaba en peligro de pasar delante de la comisión[161]. Viviendo todo su tiempo libre, como suele ser el caso de los amantes expectantes, un día por adelantado de la realidad, y en un estado de dorada alucinación, bastó con la mera mención en voz alta del nombre de su perpetuo antagonista para sacar al más joven de los generales de Napoleón de la mental contemplación de su prometida. Volteó la mirada. Los extraños vestían ropas civiles. Reclinados despatarradamente en sus sillas, con rostros delgados y envejecidos por el rigor de los elementos, miraban ceñudamente a la gente con malhumorada y desafiante abstracción por debajo de sus sombreros inclinados bien hacia delante, casi sobre los ojos. No era difícil reconocer que se trataba de dos oficiales de la Vieja Guardia[162] obligados a

158 **Altivez:** orgullo, soberbia.

159 **Terrasse:** "terraza".

160 ***Café Tortoni:*** café del *Boulevard des Italiens* donde se reunía la elite de la cultura parisina del siglo XIX.

161 **Comisión:** conjunto de personas encargadas por la ley, o por una corporación o autoridad, de ejercer unas determinadas competencias permanentes o entender en algún asunto específico, en este caso, la comisión del rey.

162 ***Vieja Guardia*:** los mejores hombres del ejército de Napoleón. La Vieja Guardia se componía de los veteranos con más tiempo de servicio (de tres a cinco campañas). Después de la caída de Napoleón, muchos de estos soldados fueron perseguidos.

retirarse. O bien por fanfarronería o por descuido, optaban por hablar en voz alta, y el general D'Hubert, que no veía ninguna razón por la que debiera cambiar de asiento, oía cada una de sus palabras. No parecían ser amigos personales del general Feraud. Su nombre apareció entre otros. Al oírlo repetidas veces, las tiernas fantasías de un futuro doméstico adornadas con la gracia de una mujer se vieron atravesadas por la violenta añoranza[163] de su pasado guerrero, de ese largo e intoxicante choque de las armas, único en la magnitud de su gloria y su desastre; la obra maravillosa y la especial posesión de su propia generación. Sintió una ternura irracional por su viejo adversario, y apreció emocionalmente la insensatez homicida que sus enfrentamientos habían introducido en su vida. Era como una pizca adicional de condimento en un plato picante. Recordó el sabor con súbita melancolía. Nunca volvería a probarlo. Había terminado.

"Creo que fue el hecho de haberlo dejado tendido en el jardín lo que lo exasperó tanto contra mí desde el principio", pensó con indulgencia.

Los dos extraños en la mesa de al lado quedaron en silencio tras la tercera mención del nombre del general Feraud. Poco después, el mayor de los dos, hablando de nuevo en un tono amargo, afirmó que el destino del general Feraud ya estaba sellado. ¿Y por qué? Sencillamente porque no era como algunos peces gordos que sólo se amaban a sí mismos. Los realistas sabían que nunca podrían sacar nada de él. Amaba demasiado *al Otro*[164].

El Otro era el hombre de Santa Helena. Los dos oficiales asintieron con la cabeza y chocaron las copas antes de beber por un retorno imposible. Después el mismo que había hablado antes comentó con una risa sardónica[165]:

—Su adversario mostró más astucia.

—¿Qué adversario? —preguntó el más joven como desconcertado.

—¿No lo sabes? Eran dos húsares. En cada promoción se batían a duelo. ¿No has oído hablar de un duelo que dura desde 1801?

163 **Añoranza:** nostalgia de un pasado mejor.
164 ***Al Otro:*** se refiere a Napoleón, que estuvo refugiado en la isla de Santa Helena.
165 **Sardónico:** sarcástico.

El otro, por supuesto, había oído hablar del duelo. Ahora comprendía la alusión. El general barón D'Hubert ahora podría disfrutar en paz el favor de su obeso rey.

—Que le aproveche mucho —murmuró el mayor—. Ambos eran hombres valientes. Nunca vi a este D'Hubert; una suerte de dandy[166] intrigante, según dicen. Pero puedo creer perfectamente lo que he oído a Feraud decir de él… que nunca amó al emperador.

Se levantaron y se fueron.

El general D'Hubert experimentó el horror de un sonámbulo que de pronto despierta de un placentero sueño de actividad y se encuentra caminando por un pantano. Una profunda repugnancia del terreno sobre el cual había estado avanzando se apoderó de él. Hasta la imagen de la encantadora niña le fue arrebatada de los ojos en el oleaje de angustia moral. Todo lo que había sido o había esperado ser tendría el sabor de una amarga ignominia a menos que lograse salvar al general Feraud del destino que amenazaba a tantos valientes. Bajo el impulso de esta necesidad casi mórbida de ocuparse de la seguridad de su adversario, el general D'Hubert obró tan bien con sus manos y sus pies (como reza el proverbio[167] francés), que en menos de veinticuatro horas halló los medios de obtener una extraordinaria audiencia privada con el ministro de Policía[168].

El general barón D'Hubert fue introducido súbitamente sin preámbulos. En la penumbra del gabinete del ministro, detrás de los contornos de un escritorio, sillas y mesas, entre dos ramos de velas de cera que ardían en candelabros, contempló una silueta en una magnífica chaqueta posando delante de un alto espejo. El antiguo *coinventionnel*[169] Fouché, senador

166 ***Dandy:*** un "dandi" es un hombre que se considera elegante y refinado y apela al dandismo, corriente de moda y de sociedad procedente de la Inglaterra de finales del siglo XVIII.

167 **Proverbio:** refrán.

168 ***Ministro de Policía:*** cargo ministerial francés que funcionó bajo el Directorio, el Consulado, el Primer Imperio y la restauración borbónica.

169 ***Coinventionnel:*** "convencional", relativo a las convenciones de un gobierno.

del Imperio[170], traidor a todo hombre, a todo principio y motivo de la conducta humana, duque de Otranto[171], y el astuto artífice de la segunda Restauración, estaba probándose el calce de un traje de corte en el que su joven y consumada *fiancée*[172] había declarado su intención de hacer pintar su retrato sobre porcelana. Era un capricho, una encantadora fantasía que el primer ministro de Policía de la Segunda Restauración estaba ansioso de satisfacer. Pues ese hombre, a menudo comparado en la astucia de su conducta con un zorro, pero cuyo costado ético podría ser adecuadamente simbolizado por nada menos enfático que un zorrino, estaba tan poseído por su amor como el mismo general D'Hubert.

Sobresaltado al verse así descubierto por la ineptitud de un sirviente, enfrentó esta pequeña molestia con el característico descaro que le había dado tan buenos resultados en las interminables intrigas de su egoísta carrera. Sin alterar su actitud ni en el grosor de un cabello, con una pierna en medias de seda un paso adelante y su mano girada sobre su hombro izquierdo, exclamó tranquilamente:

—Por aquí, general. Le ruego que se acerque. ¿Bueno? Soy todo oídos.

Mientras el general D'Hubert, incómodo como si una de sus propias y pequeñas debilidades hubiese quedado expuesta, presentaba su petición tan brevemente como le era posible, el duque de Otranto seguía probando el calce del cuello, acomodando las solapas delante del espejo, y curvando la espalda en un esfuerzo por observar la caída de las faldas bordadas en oro. De haber estado solo, su rostro inmóvil, sus ojos atentos, no podrían haber expresado un mayor interés en esas cuestiones.

—¿Excluir de las operaciones de la corte especial[173] a un tal Feraud, Gabriel Florian, general de brigada de la promoción de 1814? —repitió, en

170 ***Senador del Imperio:*** integrante del Senado napoleónico que el mismo emperador elegía.

171 **Duque de Otranto** (1759-1820): Joseph Fouché, político francés que ejerció su poder durante la Revolución Francesa y el imperio napoleónico. Fue el fundador del espionaje moderno.

172 ***Fiancée:*** "novia".

173 ***Corte especial:*** se refiere a una corte militar que juzgará hechos acaecidos en las guerras.

un ligero tono de sorpresa, y giró de espaldas al espejo—. ¿Por qué excluirlo *precisamente* a él?

—Me sorprende que su excelencia[174], tan competente en la evaluación de los hombres de su tiempo, haya creído que valía la pena incluir a ese nombre en la lista.

—¡Un bonapartista[175] furioso!

—También lo son todos los granaderos y todos los soldados de caballería del ejército, como su excelencia bien sabe. Y la individualidad del general Feraud no puede tener más peso que la de cualquier otro granadero[176] casual. Es un hombre carente de toda capacidad mental o cualquier otro tipo de talento. Es inconcebible que alguna vez llegase a tener alguna influencia.

—No obstante, tiene una lengua bastante larga —intercaló Fouché.

—Bullicioso, lo admito, pero no peligroso.

—No discutiré con usted. No sé prácticamente nada de él. Apenas su nombre, de hecho.

—Y sin embargo su excelencia tiene la presidencia de la comisión encargada por el rey de indicar a aquellos que deben ser juzgados —dijo el general D'Hubert, con un énfasis que no escapó al oído del ministro.

—Sí, general —dijo, alejándose hacia la parte oscura de la vasta sala, y arrojándose en un sillón profundo que lo engulló casi por completo, salvo por el suave fulgor de los bordados de oro y la pálida mancha de su rostro—, sí, general. Siéntese en esa silla.

El general D'Hubert tomó asiento.

—Sí, general —prosiguió el archimaestro en las artes de la intriga y la traición, cuya duplicidad, como si por momentos resultase intolerable a su propia conciencia, hallaba alivio en estallidos de cínica franqueza—.

174 **Excelencia:** tratamiento de respeto y cortesía que se da a algunas personas por su dignidad o empleo.

175 **Bonapartista:** seguidor acérrimo de Napoleón Bonaparte.

176 **Granadero:** soldado de elevada estatura perteneciente a una compañía que formaba a la cabeza del regimiento.

En efecto me apresuré a formar la Comisión de Proscripción[177], y asumí su presidencia. ¿Y sabe usted por qué? Simplemente por temor de que, si no la tomaba rápidamente en mis manos, mi propio nombre encabezara la lista de proscriptos. Así son los tiempos en que vivimos. Pero todavía soy ministro del rey, y le pregunto francamente por qué debería sacar de la lista el nombre de ese oscuro Feraud. ¡Usted se pregunta sorprendido cómo llegó ese nombre allí! ¿Es posible que usted conozca tan poco a los hombres? Mi estimado general, en la primerísima sesión de la comisión nos cayeron encima nombres como una lluvia del techo de las Tulleries. ¡Nombres! Teníamos miles para elegir. ¿Cómo sabe usted que el nombre de ese Feraud, cuya vida o muerte nada importan para Francia, no mantiene fuera de la lista algún otro nombre?

La voz que salía del sillón se detuvo. Enfrente, sentado entre las sombras, inmóvil y en silencio, estaba el general D'Hubert. Solo su sable tintineaba ligeramente. La voz del sillón comenzó a hablar de nuevo:

—Y también tenemos que satisfacer las exigencias de los soberanos aliados. El príncipe de Talleyrand[178] ayer mismo me decía que Nesselrode[179] le había informado oficialmente sobre la insatisfacción del emperador Alejandro[180] con el pequeño número de ejemplos que

177 **Comisión de Proscripción:** grupo de personas (en este caso de la esfera militar), que juzgarán la posible expulsión de un integrante de la milicia.

178 **Príncipe de Talleyrand** (1754-1838): Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord, conocido como Talleyrand, fue un político y diplomático francés que tuvo un importante papel en la Constitución redactada durante la Revolución Francesa de 1789, principalmente en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Durante el mandato de Napoleón, ejerció como canciller, aunque fue separándose de éste y de su política. La astucia de Talleyrand le permitió continuar como funcionario con la restauración monárquica.

179 **Nesselrode** (1780-1862): conde Karl Robert Nesselrode, fue un noble, diplomático y político ruso.

180 **Emperador Alejandro** (1777-1825): Alejandro I de Rusia, zar de Rusia desde el 23 de marzo de 1801, rey de Polonia desde 1815 y primer gran duque de Finlandia. Sostuvo una breve amistad con Napoleón Bonaparte; además, inspirado en la Revolución Francesa, proclamó principios reformistas respecto del servilismo y la esclavitud en Rusia, aunque rápidamente volvió a sostener ideas conservadoras.

el gobierno del rey se propone dar, en especial entre los militares. Le digo esto confidencialmente.

—¡Por mi palabra de honor! —exclamó entre dientes el general D'Hubert—, si su excelencia se digna favorecerme con más informaciones confidenciales, no sé lo que haré. Todo eso basta para que uno sienta el impulso de romper su espada en sus propias rodillas, y arrojar los pedazos…

—¿A qué gobierno imaginaba usted que está sirviendo? —lo interrumpió bruscamente el ministro.

Tras una breve pausa, la abatida voz del general D'Hubert respondió:

—Al Gobierno de Francia.

—Eso es tranquilizar su conciencia con meras palabras, general. La verdad es que usted está sirviendo a un gobierno de exiliados que han regresado a su país, de hombres que pasaron veinte años sin patria. De hombres también que acaban de superar un susto muy feo y humillante… No se haga usted ilusiones al respecto.

El duque de Otranto se interrumpió. Se había aliviado, y había alcanzado su objetivo de despojar de un poco de amor propio a ese hombre que tan inconvenientemente lo había descubierto posando en un traje de corte, bordado en oro, delante de un espejo. Pero estos militares eran unos tipos muy impulsivos; se le ocurrió que sería inconveniente, si un oficial general bien predispuesto, recibido en audiencia por recomendación de uno de los príncipes, hubiese de hacer algo precipitadamente escandaloso justo después de una entrevista privada con el ministro. Cambiando de tono planteó una pregunta precisa:

—¿Su parentesco… con este Feraud?

—No. No tengo ningún parentesco.

—¿Amigos íntimos?

—Íntimos… sí. Existe entre nosotros una relación íntima de tal naturaleza que vuelve una cuestión de honor que yo intente…

El ministro hizo sonar una campanilla sin esperar el final de la frase. Cuando el sirviente, luego de traer un par de pesados candelabros de plata para el escritorio, dejó la sala, el duque de Otranto se levantó,

con su pecho todo resplandeciente de oro en la fuerte luz, y sacando del cajón un pedazo de papel, lo sostuvo ostentosamente en la mano mientras decía con persuasiva suavidad:

—No debe usted hablar de romper su espada en sus rodillas, general. Tal vez jamás vuelva a conseguir otra. El emperador no regresará esta vez… *Diable d'homme!*[181] Hubo un momento, aquí en París, poco después de Waterloo, en que en verdad me asustó. Parecía como si estuviese dispuesto a comenzar todo de nuevo. Afortunadamente en realidad uno nunca comienza todo de nuevo. No debe pensar en romper su espada, general.

El general D'Hubert, mirando hacia el piso, movió ligeramente la mano en un gesto impotente de renuncia. El ministro de Policía apartó los ojos de él, recorrió deliberadamente con la vista el papel que había estado sosteniendo todo el tiempo en la mano.

—Sólo hay veinte oficiales generales seleccionados para servir de ejemplo. Veinte. Un número redondo. Y veamos, Feraud… ¡Ah!, aquí está. Gabriel Florian. *Parfaitement*[182]. Ese es su hombre. Bueno, ahora sólo se darán diecinueve ejemplos.

El general D'Hubert se paró con la sensación de haber atravesado una enfermedad infecciosa.

—Debo rogar a su excelencia que mantenga mi intercesión[183] en un profundo silencio. Atribuyo la mayor importancia a que él nunca se entere…

—¿Quién va a informarle, me gustaría saber? —dijo Fouché, alzando con curiosidad los ojos hacia el rostro tenso y rígido del general D'Hubert—. Tome una de esas plumas, y pásela usted mismo por encima del nombre. Esta es la única lista que existe. Si tiene la precaución de tomar bastante tinta, nadie podrá decir cuál era el nombre tachado. Pero, *par*

181 ***Diable d'homme!:*** expresión que significa "¡diablo de hombre!".
182 ***Parfaitement:*** "perfectamente".
183 **Intercesión:** acción y efecto de interceder, es decir, de hablar en favor de alguien.

exemple[184], no soy responsable de lo que Clarke[185] haga después con él. Si persiste en su fanatismo, el ministro de Guerra le ordenará residir en alguna ciudad de provincia bajo la supervisión de la policía.

Unos días más tarde el general D'Hubert le decía a su hermana, una vez superados los saludos de rigor:

—¡Ah!, mi querida Léonie, no veía la hora de dejar París.

—Efecto del amor —sugirió ella, con maliciosa sonrisa.

—Y del horror —agregó el general D'Hubert, con profunda seriedad—. Casi muero allí de… de asco.

Su rostro estaba contraído por la repugnancia. Y cuando su hermana lo miró atentamente, prosiguió:

—He tenido que ver a Fouché. He tenido una audiencia. He estado en su gabinete. Queda en quien ha tenido la desgracia de respirar el aire en el mismo cuarto que ese hombre, una sensación de dignidad rebajada, una incómoda sensación de no ser, después de todo, tan puro como uno creía ser. Pero tú no puedes entender.

Ella asintió varias veces con la cabeza. Por el contrario, ella comprendía muy bien. Conocía perfectamente a su hermano, y le agradaba cómo era. Además, el desprecio y el aborrecimiento por la humanidad formaban parte de la naturaleza del *Jacobin*[186] Fouché, quien, explotando para su propia ventaja todas las debilidades, todas las virtudes, todas las generosas ilusiones de la humanidad, engañó a toda su generación, y murió oscuramente como el duque de Otranto.

---

184 ***Par exemple:*** "por ejemplo".

185 **Clarke:** se refiere al general Henri Jacques Guillaume Clarke, ministro de Guerra de Napoleón.

186 ***Jacobin:*** "jacobino"; miembro de un grupo político llamado Club de los Jacobinos o *Société des Amis de la Constitution*. La denominación, que corresponde al período de la Revolución Francesa, se debe a que los integrantes del grupo se reunían en un convento de la calle parisina San Jacobo. El nombre "jacobino" está asociado a la manifestación de ideas políticas radicales. Entre 1793 y 1794, al mando de Maximilien Robespierre, los jacobinos desataron una sangrienta persecución política conocida como El Terror.

—Mi querido Armand —dijo con compasión—, ¿qué podías necesitar de ese hombre?

—Nada menos que una vida —respondió el general D'Hubert—. Y la obtuve. Tenía que hacerse. Pero todavía siento que jamás podré perdonar al hombre que debí salvar el haber tenido la necesidad de hacerlo.

El general Feraud, totalmente incapaz (como sucede con la mayoría de nosotros) de comprender lo que le estaba ocurriendo, recibió la orden del ministro de Guerra de dirigirse de inmediato a una pequeña ciudad del centro de Francia, con sentimientos cuya expresión natural consistía en una feroz mirada de extravío y un salvaje crujir de dientes. La desaparición del estado de guerra, la única condición de la sociedad que había conocido jamás, el horrible espectáculo de un mundo en paz, lo asustaban. Se fue a su pequeña ciudad firmemente convencido de que esto no podía durar. Allí fue informado de su retiro del ejército, y de que su pensión (calculada en proporción con un rango de coronel) dependía de la corrección de su conducta y de los buenos informes de la policía. ¡Ya no estaba más en el ejército! De repente, se sintió un extraño para la tierra, como un espíritu desencarnado. Era imposible existir. Pero al principio su reacción fue de pura incredulidad. No podía ser. Esperó truenos, terremotos, cataclismos naturales; pero nada ocurrió. El peso plomizo de una ociosidad irremediable descendió sobre el general Feraud, quien al no tener dentro de sí recursos propios se hundió en un estado de espantoso entumecimiento. Deambulaba por las calles de la pequeña ciudad, mirando delante de él con ojos sin brillo, ignorando los sombreros que se alzaban a su paso; y la gente, codeándose unos a otros al verlo pasar, murmuraba: "Ese es el pobre general Feraud. Tiene el corazón destrozado. Mira cómo amaba al emperador".

Los otros desechos vivientes de la tormenta napoleónica se amontonaban alrededor del general Feraud con infinito respeto. Él mismo imaginaba su alma aplastada por la pena. Sufría de impulsos rápidamente sucesivos de llorar, de aullar, de morderse los puños hasta hacerlos sangrar, de pasar días tirado en la cama con la cabeza enterrada debajo de la almohada;

pero estos surgían de mero hastío, de la angustia de un aburrimiento inmenso, indescriptible e inconcebible. Su incapacidad mental para captar plenamente la naturaleza de su caso lo salvaba del suicidio. No pensó ni una sola vez en esa posibilidad. No pensaba en nada. Pero su apetito lo abandonó, y la dificultad que experimentaba para expresar la abrumadora naturaleza de sus sentimientos (las más furiosas maldiciones no podían hacerles ninguna justicia) indujo gradualmente en él un hábito de silencio, una especie de muerte para un temperamento meridional.

Había estado sentado silenciosamente en su propio lugar de privilegio ojeando las gacetas de París con exactamente el mismo interés que sin duda alguna mostraría por las noticias del día un condenado a muerte la víspera de su ejecución. Un puñado de rostros bronceados y marciales, entre los cuales había un hombre al que le faltaba un ojo, y otro con la punta de la nariz quemada por el hielo en Rusia.

Grande, por lo tanto, fue la sorpresa entre los *anciens militaires*[187] que frecuentaban un cierto café lleno de moscas, cuando una tarde calurosa "ese pobre general Feraud" lanzó una ráfaga de formidables maldiciones.

—¿Qué sucede, general?

El general Feraud se sentó bien erguido, sujetando el diario doblado con el brazo estirado para distinguir mejor la pequeña letra de imprenta. Leyó de nuevo para sí fragmentos de la noticia que había provocado lo que podría denominarse su resurrección:

"Se nos informa que el general D'Hubert, hasta ahora con licencia por enfermedad en el Sur, será convocado para comandar la Quinta Brigada de Caballería en…".

Petrificado, dejó caer el diario… "Convocado para comandar"… y de pronto se dio una poderosa palmada en la frente.

—Casi me había olvidado de él —murmuró en tono de remordimiento.

Un veterano de pecho hundido gritó del otro lado del café:

187 ***Anciens militaires:*** "antiguos militares".

—¿Alguna nueva fechoría[188] del gobierno, general?

—Las fechorías de estos sinvergüenzas —tronó el general Feraud— son innumerables. Una más o menos… —Bajó el tono— Pero al menos repararé una de ellas.

Miró los rostros a su alrededor.

—Hay un oficial del estado mayor de cabello crespo y engominado, el mimado de los mariscales que vendieron a su padre por un puñado de oro inglés. Muy pronto descubrirá que todavía estoy vivo —declaró en tono dogmático[189]—. Pero este es un asunto privado. Una vieja cuestión de honor. ¡Bah! Nuestro honor no cuenta. Aquí estamos, desechados con una oreja partida como una tropilla de caballos de batalla descartados… buenos solo para un corral de matarife. Pero sería como dar un golpe por el emperador… *Messieurs*[190], requeriré la asistencia de dos de ustedes.

Todos dieron un paso al frente. El general Feraud, profundamente conmovido por esta demostración, llamó con visible emoción al coracero[191] veterano tuerto y al oficial de los *Chasseurs à cheval*[192] que había dejado la punta de su nariz en Rusia. Excusó su elección a los otros.

—Un asunto de caballería… ustedes saben.

Le respondió un variado coro de "*Parfaitement mon Général… C'est juste… Parbleu, c'est connu….*"[193]. Todos estaban satisfechos. Los tres dejaron juntos el café, seguidos por gritos de "*Bonne chance*"[194].

Afuera entrelazaron los brazos, el general en el medio. Los tres deslucidos tricornios usados *en bataille*[195] con una siniestra inclinación hacia adelante obstruían casi toda la estrecha calle de un extremo al otro.

---

188 **Fechoría:** acción maligna e ingeniosa.

189 **Dogmático:** inflexible, que mantiene sus opiniones como verdades incuestionables.

190 ***Messieurs:*** "señores".

191 **Coracero:** soldado de caballería armado de coraza.

192 ***Chasseurs à cheval:*** regimiento de caballería napoleónico.

193 ***Parfaitement mon Général… C'est juste… Parbleu, c'est connu….:*** frases que significan lo siguiente, "perfectamente, mi general… es justo, es claro, se conoce…".

194 ***Bonne chance:*** "buena suerte".

195 ***En bataille:*** "en batalla".

La pequeña y acalorada ciudad de piedra gris y tejas rojas pasaba su tarde provincial dormitando bajo un cielo azul. Los fuertes golpes de un tonelero que enzunchaba[196] un barril retumbaban regularmente entre las casas. El general arrastraba un poco su pie izquierdo a la sombra de las paredes.

—Ese maldito invierno de 1813[197] se me ha metido bien adentro en los huesos. No importa. Tendremos que usar pistolas, eso es todo. Un poco de lumbago. Tendremos que usar pistolas. Será presa fácil para mi bolsa. Mi vista sigue siendo tan aguda como siempre. Deberían haberme visto en Rusia disparándoles a esos escurridizos cosacos con un mosquete de infantería espantosamente viejo. Tengo un don natural para las armas de fuego.

El general prosiguió en este tono, sosteniendo bien alto su cabeza con ojos de lechuza y pico de ave de rapiña. Un mero luchador toda su vida, un hombre de caballería, un *sabreur*[198], concebía la guerra con la más absoluta simpleza fundamentalmente como una multitud ordenada de contiendas personales, una suerte de duelo gregario. Y ahora tenía en la mano una guerra propia. Revivió. La sombra de la paz lo abandonó como la sombra de la muerte. Fue la milagrosa resurrección del llamado Feraud, Gabriel Florian, *engagé volontaire*[199] de 1793, general de 1814, enterrado sin honores conforme a la orden de servicio firmada por el ministro de Guerra de la Segunda Restauración[200].

196 **Enzunchar:** asegurar.

197 ***Invierno de 1813:*** alude a la retirada del ejército napoleónico durante la campaña de Rusia.

198 ***Un sabreur:*** un hombre diestro con el sable.

199 ***Engagé volontaire:*** un soldado voluntario.

200 **Segunda Restauración:** se llama así al regreso del rey Luis XVIII al trono francés en 1814 tras los Cien Días de Napoleón y la derrota en la batalla de Waterloo. En este período se pusieron en marcha las atrocidades, conocidas posteriormente como el Terror Blanco, contra los partidarios de Napoleón.

CAPÍTULO IV

Nadie alcanza el éxito en todo lo que emprende. En este sentido todos somos un fracaso. Lo verdaderamente importante es no dejar de dirigir y sostener el esfuerzo de nuestra vida. A este respecto, la vanidad es lo que nos extravía. Nos precipita en situaciones de las que solo podemos salir dañados; mientras que el orgullo es nuestra salvaguarda, tanto por la reserva que impone a la elección de nuestro empeño como por la virtud de su poder sustentador.

El general D'Hubert era orgulloso y reservado. Sus esporádicas historias de amor, exitosas o no, no lo habían dañado. A los cuarenta años, en su cuerpo marcado por las cicatrices de guerra su corazón seguía sin mostrar un solo rasguño. Habiendo entrado con reserva en los planes matrimoniales de su hermana, se sintió sucumbir irremediablemente al amor como se cae de un tejado. Era demasiado orgulloso para estar asustado. De hecho, la sensación era demasiado deliciosa para ser alarmante.

La experiencia de un hombre de cuarenta es algo mucho más serio que la inexperiencia de un joven de veinte, pues no está secundada por la impetuosidad de una sangre ardiente. La joven era misteriosa como lo son las jovencitas por el mero efecto de su guardada ingenuidad; y a él el misterio de esa jovencita le parecía excepcional y fascinante. Pero no había nada misterioso en los arreglos de la unión que madame Léonie había promovido. Tampoco había nada peculiar. Era una unión apropiada, extremadamente recomendable para la madre de la joven dama (el padre había

fallecido) y tolerable para su tío, un viejo *émigré*[201] que recientemente había regresado de Alemania, y que deambulaba, bastón en mano, como un enjuto fantasma del *Ancien Régime*[202], por los senderos del jardín del hogar ancestral de la dama.

El general D'Hubert no era un hombre que, llegado el momento, fuera a contentarse meramente con la mujer y la fortuna. Su orgullo (y el orgullo siempre busca el éxito verdadero) no se contentaría con nada menos que el amor. Pero como el auténtico orgullo excluye la vanidad, no podía imaginar ninguna razón por la que esa misteriosa criatura de ojos profundos y brillantes de un color violeta albergase por él algún sentimiento más cálido que la indiferencia. La jovencita (su nombre era Adèle) frustraba todos sus intentos de alcanzar una clara comprensión a ese respecto. Es verdad que los intentos eran torpes y realizados con timidez, porque para entonces el general D'Hubert había adquirido una aguda conciencia del número de sus años, de sus heridas, de sus muchas imperfecciones morales, de su secreta indignidad; e incidentalmente había aprendido por experiencia el significado de la palabra "cobarde". Hasta donde podía vislumbrar, ella parecía dar a entender que, con una confianza ilimitada en la sagacidad y el afecto de su madre, no sentía una aversión insuperable por la persona del general D'Hubert; y que esto era por completo suficiente para que una joven dama bien educada iniciase sobre esta base una vida matrimonial. Este punto de vista hería y atormentaba el orgullo del general D'Hubert. Y no obstante se preguntaba, con una suerte de dulce desesperación, ¿qué más podía esperar? Ella tenía una frente serena y luminosa. Sus ojos violetas reían, mientras las líneas de sus labios y de su mentón guardaban la compostura con admirable seriedad. Todo esto estaba

201 ***Émigré*:** "emigrado". Manera de llamar al viejo militar aristócrata que había estado en el exilio. En rigor, se refiere a activistas y milicianos franceses congregados para reinstaurar el régimen monárquico en los años de la Revolución Francesa. En 1802, Bonaparte decreta una amnistía para los emigrados, con exclusión de aquellos que hubieran combatido contra ejércitos de Francia.

202 ***Ancien Régime:*** "Antiguo Régimen". Alude a la forma de gobierno monárquica, anterior a la República.

realzado por una gloriosa masa de cabello rubio, por una tez tan maravillosa, por tal gracia en la expresión, que el general D'Hubert jamás encontró realmente la oportunidad para examinar con suficiente frialdad las altivas exigencias de su orgullo. De hecho, se sentía acobardado para esta clase de indagación, ya que una o dos veces lo había llevado a una crisis de solitaria pasión en la que se le hizo evidente que la amaba lo bastante como para matarla antes que perderla. Regresaba de tales episodios, para nada desconocidos a los hombres de cuarenta, destrozado, exhausto, lleno de remordimientos, y un poco consternado. No obstante, extraía un considerable consuelo de la serenísima práctica de sentarse cada tanto en mitad de la noche junto a una ventana abierta y meditar sobre el milagro de la existencia de su prometida, como un creyente perdido en la mística contemplación de la fe.

No debe suponerse que todas estas variaciones de su estado interior se manifestaban al mundo. Al general D'Hubert no le costaba ningún esfuerzo mostrarse envuelto en sonrisas. Porque, de hecho, era muy feliz. Seguía las reglas establecidas de su condición, enviando flores (del jardín y de los invernaderos[203] de su hermana), a primera hora todas las mañanas, y yendo un poco más tarde en persona para almorzar con su prometida, su madre y su tío *émigré*. Pasaban la mitad del día caminando o sentados a la sombra. El tenor de la relación era, de su parte, una cuidadosa deferencia, que temblaba al borde de la ternura, con un cierto giro juguetón de la frase que ocultaba la profunda perturbación de todo su ser provocada por la inaccesible cercanía. Al caer la tarde, el general D'Hubert regresaba a su casa caminando entre los viñedos, a veces intensamente desdichado, otras extremadamente feliz, otras pensativamente triste; pero siempre sintiendo la existencia con una intensidad especial, con esa exaltación común a los artistas, los poetas y los enamorados; a los hombres poseídos por una gran pasión, un noble pensamiento, una nueva visión de plástica belleza.

En esa época el mundo exterior no existía con una especial nitidez para el general D'Hubert. Sin embargo, una noche, mientras cruzaba una

203 **Invernadero:** recinto en el que se mantienen constantes la temperatura, la humedad y otros factores ambientales para favorecer el cultivo de plantas.

cresta, desde la cual podía ver ambas casas, el general D'Hubert se percató de la presencia de dos figuras a lo lejos en el camino. El día había sido espléndido. La festiva decoración del cielo inflamado confería un suave resplandor a los sobrios tintes[204] del paisaje sureño. Las rocas grises, los campos castaños, las lejanías ondulantes y púrpuras armonizaban en luminoso concierto, exhalaban ya las fragancias de la noche. Las dos figuras al fondo del camino se presentaban como dos rígidas siluetas de madera todas negras sobre la cinta del polvo blanco. El general D'Hubert distinguió los largos y rectos capotes militares ajustadamente abotonados hasta los cuellos negros, los tricornios, los semblantes enjutos, morenos y esculpidos… viejos soldados… *vielles moustaches!*[205] El más alto de los dos tenía un parche en un ojo; el rostro duro y seco del otro presentaba una particularidad extraña e inquietante, que al acercarse más resultó ser la ausencia de la punta de la nariz. Alzando las manos para saludar al civil ligeramente cojo que caminaba con un grueso bastón, preguntaron por la casa en la que vivía el general barón D'Hubert, y cuál era la mejor manera para poder hablar tranquilamente con él.

—Si les parece que aquí es bastante tranquilo —dijo el general D'Hubert llevando la vista a los viñedos, enmarcados en líneas púrpuras, y dominados por el nido de muros grises y parduscos[206] de un pueblo apiñado de tal modo alrededor de la cima de una colina cónica que la roma torre de la iglesia no parecía sino la forma de su rocosa cumbre—, si creen que este lugar es bastante tranquilo, pueden hablarle de inmediato. Les ruego, camaradas, que hablan abiertamente y con total confianza.

Al oír esto dieron un paso atrás, y volvieron a llevar las manos a sus sombreros con marcado ceremonial. Luego, el de la nariz recortada, hablando por los dos, señaló que el asunto era bastante confidencial y que debía arreglarse discretamente. Sus cuarteles generales estaban

204 **Tinte:** color, característica de una cosa.

205 ***Vielles moustaches:*** quiere decir "viejos bigotes"; se refiere a viejos soldados de la época de Napoleón.

206 **Pardusco:** del color de la tierra.

establecidos en ese pueblo allá arriba, donde los infernales campesinos –¡malditos sean sus falsos corazones monárquicos!– miraban con notable desconfianza a tres sencillos militares. Por el momento, sólo preguntaría por el nombre de los amigos del general D'Hubert.

—¿Qué amigos? —dijo el atónito general D'Hubert, completamente perdido—. Me estoy alojando con mi cuñado, allí.

—Bien, él podrá ser uno —dijo el veterano de nariz recortada.

—Somos los amigos del general Feraud —intervino el otro, que hasta entonces había guardado silencio, limitándose a mirar ceñudamente[207] con su único ojo al hombre que *jamás* había amado al emperador. Eso era algo digno de verse. Porque hasta los judas con galones de oro que lo vendieron a los ingleses, los mariscales y príncipes, en un momento u otro lo amaron. Pero este hombre nunca había amado al emperador. El general Feraud lo había dicho muy claramente.

El general D'Hubert sintió un golpe en lo más hondo de su pecho. Durante una fracción infinitesimal de segundo fue como si el girar de la tierra se hubiese vuelto perceptible con un espantoso y ligero zumbido en la eterna inmovilidad del espacio. Pero este ruido de la sangre en los oídos pasó en seguida.

—Está viviendo actualmente, de manera muy incómoda, es verdad, en la infame posada de ese nido de salvajes allí arriba —dijo secamente el coracero tuerto—. Llegamos a estos parajes suyos hace una hora en caballos de posta. El general aguarda nuestro regreso con impaciencia. Hay prisa, como usted sabe. Ha infringido la orden ministerial para obtener de usted satisfacción a la que le dan derecho las leyes del honor, y naturalmente está ansioso de terminar con todo esto antes de que la *gendarmerie*[208] dé con su pista.

El otro dilucidó un poco más la idea:

—Regresar sin que nadie nos vea… ¿Comprende? Rápido como un disparo. Nadie lo notará. También nosotros nos escapamos. Su amigo el

207 **Ceñudamente:** con el entrecejo arrugado. Ofendido, enojado.
208 ***Gendarmerie:*** "gendarmería", o sea, puesto de tropa de los gendarmes.

rey estaría muy contento de quitarnos nuestros miserables sueldos de encontrar una oportunidad. Es un riesgo. Pero el honor ante todo.

El general D'Hubert había recuperado la facultad del habla.

—De modo que vienen así por el camino para invitarme a una contienda a ver quien degüella a quién con ese… ese… —Una especie de risueña furia se apoderó de él.— ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Con los puños sobre las caderas, rugió desenfrenadamente, mientras ellos permanecían allí delante de él, delgados y derechos, como si hubiesen surgido de golpe por una puerta escotilla en el suelo. Apenas veinticuatro meses antes los amos de Europa, ya tenían el aspecto de antiguos espectros, parecían menos sustanciales en sus descoloridos sacos que sus propias sombras angostas que se proyectaban tan negras en el camino blanco: las sombras grotescas y militares de veinte años de guerras y conquistas. Tenían la extravagante apariencia de dos bonzos imperturbables de la religión de la espada. Y el general D'Hubert, también uno de los antiguos amos de Europa, rió de estos dos graves fantasmas que le cortaban el paso.

Dijo uno, indicando al risueño general con un movimiento de la cabeza:

—Un tipo gracioso, ese.

—Hay algunos de nosotros que no han sonreído desde que *el Otro* se fue —comentó su compañero.

Un impulso violento de arremeter contra esos espectros insustanciales y golpearlos hasta dejarlos tendidos en el suelo asustó al general D'Hubert. Su deseo ahora era librarse de ellos, quitarlos rápidamente de su vista antes de que perdiese el control de sí mismo.

Se asombró de la furia que sintió surgir en su pecho. Pero no tenía tiempo para analizar esa peculiaridad justo en ese momento.

—Comprendo su deseo de terminar conmigo lo más rápido posible. No perdamos tiempo en vanas ceremonias. ¿Ven allí aquel bosque al pie de esa ladera? Sí, el bosque de pinos. Encontrémonos allí mañana al amanecer. Llevaré mi espada o mis pistolas, o ambas cosas si prefieren.

Los padrinos del general Feraud se miraron.

—Pistolas, mi general —dijo el coracero.

—Así sea. *Au revoir…*[209] hasta mañana. Pero hasta entonces, permítanme aconsejarles que permanezcan ocultos, si no quieren que la *gendarmerie* realice averiguaciones sobre ustedes antes de que oscurezca. Son muy pocos los forasteros en esta parte del país.

Saludaron en silencio con una venia. El general D'Hubert, volviendo la espalda hacia las siluetas que se alejaban, se quedó inmóvil en medio del camino durante un largo rato, mordiéndose el labio inferior y mirando el suelo. Después comenzó a andar derecho delante de él, volviendo así sobre sus pasos hasta que se encontró delante del portón del jardín de la casa de su prometida. Había caído la noche. Miró inmóvil a través de los barrotes hacia el frente de la casa que relucía con claridad más allá de los matorrales y los árboles. Unos pasos crujieron en la grava, y poco después una figura alta y encorvada emergió de un camino lateral que seguía el lado interno de la pared del parque.

Le Chevalier de Valmassigue[210], tío de la adorable Adèle, ex brigadier en el Ejército de los Príncipes, encuadernador en Altona, luego zapatero (con una gran reputación por la elegancia del calce de sus zapatos de dama) en otra ciudad alemana, vestía medias de seda en sus delgadas piernas, zapatos bajos con hebillas de plata y un chaleco de brocado. Un saco de largos faldones, *à la française*[211], cubría holgadamente su delgada espalda encorvada. Un pequeño tricornio reposaba sobre un montón de cabello empolvado, atado en una coleta.

—*Monsieur le Chevalier* —llamó suavemente el general D'Hubert.

—¿Qué? ¿Usted de nuevo aquí, *mon ami*[212]? ¿Ha olvidado algo?

---

209 ***Au revoir… :*** "adiós".

210 ***Le Chevalier de Valmassigue:*** quiere decir "el caballero de Valmassigue".

211 ***Un saco de largos faldones, à la française:*** o sea, un saco con la parte inferior larga y amplia "a la francesa", al uso de Francia.

212 ***Mon ami:*** "mi amigo".

—¡Por todos los cielos! Precisamente de eso se trata. He olvidado algo. He venido a contárselo. No... afuera. Detrás de esta pared. Es algo demasiado horroroso para permitir que entre de alguna manera donde ella vive.

El *Chevalier* salió de inmediato con esa benevolente resignación que alguna gente mayor manifiesta para con los extravíos de la juventud. Más de un cuarto de siglo mayor que el general D'Hubert, el *Chevalier* de Valmassigue lo consideraba en el secreto de su corazón como un joven enamorado un poco fastidioso. Había oído muy bien sus enigmáticas palabras, pero no atribuyó una excesiva importancia a lo que un simple hombre de cuarenta tan fuertemente afectado pudiera decir o hacer. La mentalidad de la generación de franceses crecidos durante sus años de exilio le era casi ininteligible. Sus opiniones le parecían excesivamente violentas, carentes de fineza y mesura, su lenguaje innecesariamente exagerado. Se reunió tranquilamente con el general en el camino, y anduvieron unos pasos en silencio, mientras este trataba de dominar su agitación y de adquirir un adecuado control de su voz.

—Es absolutamente cierto: olvidé algo. Olvidé hasta hace media hora que tenía en mis manos un lance de honor urgente. ¡Es increíble, pero así es!

Por unos segundos hubo una completa quietud. Luego en el profundo silencio de la noche del campo se oyó, temblando ligeramente, la voz envejecida y clara del *Chevalier*:

—*Monsieur*, eso es una humillación.

Fue su primer pensamiento. La muchacha nacida durante su exilio, la hija póstuma de su pobre hermano asesinado por una banda de jacobinos, se había vuelto, desde su regreso a Francia, muy entrañable a su viejo corazón que, alimentado con el mero recuerdo de sus afectos, durante tantos años había desfallecido de hambre.

—Me refiero a que es algo inconcebible. Un hombre arregla esos asuntos antes de pensar en pedir la mano de una jovencita. ¡Vamos! Si lo hubiese olvidado durante diez días más, para cuando hubiese recobrado su memoria, ya habría estado casado. En mi época los hombres no olvidaban estas cosas… ni tampoco el respeto que es debido a los sentimientos de una joven inocente. Si yo mismo no los respetase, calificaría su conducta de una manera que a usted no le agradaría.

El general D'Hubert se desahogó francamente con un gruñido:

—No deje que esa consideración se lo impida. No corre usted el riesgo de ofenderla mortalmente.

Pero el anciano no prestó ninguna atención a las tonterías de este enamorado. No es siquiera seguro que las hubiese oído.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Cuál es la naturaleza de…?

—Llámelo una locura de juventud, *Monsieur le Chevalier*. El resultado inconcebible, increíble de…—se paró en seco. "Jamás me creerá", pensó. "Sólo imaginará que le estoy tomando el pelo, y se ofenderá."

El general volvió a alzar la voz:

—Sí, originado en una locura de juventud, se ha convertido…

El *Chevalier* lo interrumpió:

—Bueno, entonces debe arreglarse.

—¿Arreglarse?

—Sí, sin importar a qué costo para su *amour propre*[213]. Debería haber recordado que usted estaba comprometido. Supongo que también olvidó eso. Y entonces va y olvida su disputa. Es la exhibición de ligereza más desesperante que jamás haya oído.

—¡Santo cielo, *monsieur*! No imaginará usted que he contraído esta disputa la última vez que estuve en París, o algo por el estilo, ¿verdad?

—¡Eh! Qué importa la fecha exacta de su insensata conducta —exclamó irritado el *Chevalier*—. Lo fundamental es repararla.

Notando que el general D'Hubert se ponía inquieto y trataba de intercalar alguna palabra, el viejo *émigré* alzó su mano y agregó con dignidad:

—Yo también he sido soldado. No me atrevería a sugerir una acción dudosa al hombre cuyo nombre ha de llevar mi sobrina. Solo le digo que *entre gallants hommes*[214] siempre hay una manera de arreglar un asunto.

—Pero, *saperlotte*[215], *monsieur le Chevalier*, ya hace quince o dieciséis años. Por entonces yo era un teniente de húsares.

---

213 ***Amour propre:*** "amor propio".
214 ***Entre gallants hommes:*** "entre hombres galantes", o sea, entre caballeros.
215 ***Saperlotte:*** "sépalo".

El *Chevalier* pareció confundido por el tono vehementemente desesperado de esta información.

—¡Usted era teniente de húsares hace dieciséis años! —murmuró como aturdido.

—¡Pero claro! No supondrá que fui nombrado general en la cuna como un príncipe de sangre real.

En la creciente y purpúrea penumbra de los campos salpicados con hojas de vid y ornados al Oeste con una angosta franja de sombrío carmín[216], la voz del ex oficial del Ejército de los Príncipes sonó contenida y puntillosamente cortés.

—¿Estoy soñando? ¿Se trata de una broma? ¿O debo entender que usted ha estado cargando con un lance de honor durante dieciséis años?

—Se ha aferrado a mí durante ese lapso. Eso es precisamente lo que quiero decir. La disputa en sí no se explica fácilmente. Por supuesto, durante estos años nos enfrentamos varias veces.

—¡Qué modales! ¡Qué espantosa saturación de la hombría! Nada puede explicar semejante inhumanidad sino la sanguinaria demencia de la revolución que ha teñido a toda una generación —reflexionó en voz baja el antiguo *émigré*—. ¿Quién es su adversario? —preguntó alzando un poco la voz.

—¿Mi adversario? Su nombre es Feraud.

Sombrío en su *tricorne*[217] y sus ropas pasadas de moda, como un espectro enjuto y encorvado del *Ancien Régime*, el *Chevalier* expresó un fantasmal recuerdo:

—Recuerdo la disputa por la pequeña Sophie Derval, entre *monsieur* de Brissac, capitán de la guardia, y D'Anjorrant (no el marcado por la viruela, el otro… el *beau*[218] D'Anjorrant, como solían llamarlo). Se enfrentaron tres veces en dieciocho meses de la manera más galante. También fue culpa de esa pequeña Sophie, que no *dejaba* de juguetear…

216 **Carmín:** de color rojo encendido.
217 ***Tricorne:*** se refiere al sombrero de tres cuernos.
218 ***Beau:*** "bello".

—Esto no es nada de ese estilo —interrumpió el general D'Hubert. Rió un poco sardónicamente—. No tan simple —agregó—. Ni la mitad de razonable —concluyó murmurando de manera inaudible y haciendo crujir de furia los dientes.

Tras este sonido nada perturbó el silencio por un largo rato, hasta que el *Chevalier* preguntó, sin ninguna animación:

—¿Qué es ese Feraud?

—También teniente de húsares… quiero decir general. Un gascón. Hijo de un herrero, según creo.

—¡Ahí tiene! Eso pensé. Ese Bonaparte tenía una especial predilección por la *canaille*[219]. No me refiero a usted, D'Hubert. Usted es uno de nosotros, aunque haya servido al usurpador, quien…

—Dejémoslo fuera de esto —lo interrumpió D'Hubert.

El *Chevalier* encogió sus consumidos hombros.

—Un tal Feraud. Hijo de un herrero y alguna vagabunda de pueblo. Vea lo que resulta de mezclarse con esa clase de gente.

—Usted mismo ha fabricado zapatos, *Chevalier*.

—Sí. Pero no soy hijo de un zapatero. Ni usted, *monsieur* D'Hubert. Usted y yo tenemos algo que los príncipes, duques y mariscales de su Bonaparte no tienen, porque no hay ningún poder en la tierra que pueda dárselos —replicó el *émigré*, con la creciente animación de quien ha encontrado un prometedor argumento—. Esa gente no existe… todos esos Ferauds. ¡Feraud! ¿Qué es Feraud? Un *va-nu-pieds*[220] disfrazado de general por un corso aventurero enmascarado de emperador. No hay ninguna razón en la tierra para que un D'Hubert *s'encanille*[221] por un duelo con una persona de esa clase. Puede perfectamente presentarle sus excusas. Y si al *manant*[222] se le mete en la cabeza declinarlas, puede sencillamente negarse a batirse con él.

---

219 ***La canaille:*** se refiere a la gente de malos procederes.
220 ***Va-nu-pieds:*** expresión que tiene el sentido de "pobre, humilde".
221 **S'encanille:** "se encanille", es decir, se corrompa, se convierta en canalla.
222 ***Manant:*** "plebeyo".

—¿Dice usted que puedo hacer eso?

—Sí, lo digo. Con la conciencia más limpia.

—*¡Monsieur le Chevalier!* ¿A qué lugar cree usted que ha regresado de su exilio?

Esto fue dicho en un tono tan brusco que el anciano alzó abruptamente su encorvada cabeza de un blanco plateado resplandeciente bajo las puntas de su pequeño *tricorne*. Durante unos segundos no emitió sonido alguno.

—¡Sabe Dios! —dijo, por fin, señalando con un gesto lento y grave una cruz alta al costado del camino montada sobre un bloque de piedra y extendiendo sus brazos de hierro forjado completamente negros contra la franja roja cada vez más oscura en el cielo—. ¡Sabe Dios! Si no fuese por este emblema que recuerdo haber visto de niño en este sitio, me preguntaría adónde hemos regresado nosotros que permanecimos fieles a Dios y al rey. Hasta las voces de la gente han cambiado.

—Sí, es una Francia cambiada —dijo el general D'Hubert. Parecía haber recobrado la calma. Su tono era ligeramente irónico—. Por lo tanto, no puedo aceptar su consejo. Además, ¿cómo puede alguien negarse a ser mordido por un perro que tiene la intención de morder? Es prácticamente imposible. Créame… Feraud no es un hombre que pueda ser aplacado con disculpas o negativas. Pero hay otras maneras, podría, por ejemplo, enviar un mensajero al brigadier de la *gendarmerie* en Senlac[223] con un recado. Él y sus amigos se exponen a ser arrestados con una simple orden mía. Correrían algunos rumores en el ejército, tanto en el organizado como en el licenciado… en especial el licenciado. ¡Todos *de la canaille*! Todos en un tiempo los compañeros de armas de Armand D'Hubert. ¿Pero qué necesidad tiene un D'Hubert de preocuparse por lo que piense gente que no existe? O, mejor aun, podría hacer que mi cuñado mandase a alguien con el alcalde del pueblo y le hiciese una simple insinuación. Bastaría con eso para que caigan sobre los tres con horquillas y azotes y los persigan hasta alguna bonita zanja bien profunda y llena de agua, y nadie se enteraría. Se

223 **Senlac:** sitio geográfico famoso por su colina, y porque allí se dio la batalla donde Guillermo el Conquistador derrotó el rey Harold II de Inglaterra en 1066.

lo han hecho, a menos de diez millas de aquí, a tres pobres diablos de los Lanceros Rojos de la Guardia que fueron licenciados, mientras se dirigían a sus casas. ¿Qué dice su conciencia, *Chevalier*? ¿Puede un D'Hubert hacer eso a tres hombres que no existen?

Unas pocas estrellas habían surgido, claras como el cristal, en la azul oscuridad del cielo. La voz fina y seca del *Chevalier* habló con aspereza:

—¿Por qué me dice todo esto?

El general tomó con fuerza la mano envejecida y marchita.

—Porque le debo mi más plena confianza. ¿Quién podría decirle a Adèle sino usted? Usted comprende por qué no me atrevo a confiar en mi cuñado o siquiera en mi hermana. *¡Chevalier!* He estado tan cerca de hacer estas cosas que todavía tiemblo. No sabe lo terrible que me parece este duelo. Y no tengo modo de escapar de él.

Tras una pausa murmuró:

—Es una fatalidad —soltó la mano pasiva del *Chevalier* y dijo con su habitual voz de conversación— Tendré que ir sin padrinos. Si mi destino es quedar tendido sobre el campo del honor, al menos usted sabrá todo lo que pueda darse a saber del asunto.

El fantasma sombrío del *Ancien Régime* parecía haberse vuelto más encorvado durante la conversación.

—¿Cómo podré mantener una expresión indiferente esta noche, delante de estas dos mujeres? —refunfuñó—. ¡General! Me resulta muy difícil perdonarlo.

El general D'Hubert no dio ninguna respuesta.

—¿Su causa es buena, al menos?

—Soy inocente.

Esta vez tomó el brazo fantasmal del *Chevalier* por arriba del codo, y lo estrujó con fuerza.

—¡Debo matarlo! —murmuró entre dientes, y abriendo la mano comenzó a alejarse por el camino con grandes zancadas[224].

224 **Zancada:** paso largo que se da con movimiento acelerado o por tener las piernas largas.

Las delicadas atenciones de su devota hermana habían procurado al general una total libertad de movimiento en la casa en que residía como huésped. Tenía incluso su propia entrada a través de una pequeña puerta en un rincón del naranjal. De modo que esa noche no se vio expuesto a la necesidad de disimular su agitación frente a la serena ignorancia de los otros residentes. Esto lo alegraba. Le parecía que si hubiese tenido que abrir los labios, habría estallado en horribles y absurdas imprecaciones, habría empezado a romper los muebles, a destrozar la porcelana y la cristalería. Desde el momento en que abrió la puerta privada, y mientras subía los veintiocho escalones de la escalera caracol que llevaba al corredor sobre el que daba la puerta de su habitación, vivió una escena horrenda y humillante en la que un loco furioso, con los ojos inyectados en sangre y la boca echando espuma, provocaba un estrago inconcebible con todos los objetos inanimados que pueden encontrarse en un comedor bien amueblado. Cuando abrió la puerta del apartamento el ataque terminó, y su cansancio físico era tan grande que tuvo que aferrarse de los respaldos de las sillas, mientras cruzaba el cuarto para llegar hasta un diván ancho y bajo sobre el que se dejó caer pesadamente. Su postración moral era aun mayor. Esa brutalidad del sentimiento que solo había conocido cuando cargaba contra el enemigo, sable en mano, dejaba azorado a este hombre de cuarenta que no reconocía en ella la furia instintiva de su amenazada pasión. Pero en su agotamiento mental y físico esta pasión se aclaró, se destiló, se purificó convirtiéndose en un sentimiento de melancólica desesperación por tener que morir, quizás, antes de haber enseñado a esa hermosa niña a amarlo.

Esa noche, tendido de espaldas con las manos sobre los ojos, o recostado boca abajo, con el rostro enterrado bajo un almohadón, el general D'Hubert hizo el peregrinaje[225] completo de las emociones. Una repulsión nauseabunda ante lo absurdo de la situación, duda de su propia capacidad para conducir su existencia, y desconfianza de sus mejores sentimientos (¿por qué demonios quise ir a ver a Fouché?);

225 **Peregrinaje:** camino de un lugar a otro buscando algo.

una tras otra fue conociéndolas todas. “Soy un idiota, ni más ni menos”, pensaba. “Un idiota sentimental. Porque oí a dos hombres hablando en un café… soy un idiota al que le asustan las mentiras… cuando en la vida solo la verdad importa.”

Varias veces se levantó y, caminando en medias para que abajo nadie lo oyera, bebió toda el agua que pudo encontrar en la oscuridad. Y también degustó el tormento de los celos. Ella desposaría a otro. Su misma alma se retorcía. La tenacidad de ese Feraud, la espantosa persistencia de esa bestia imbécil, se le apareció con la tremenda fuerza de un destino implacable. El general D’Hubert temblaba mientras dejaba la jarra de agua vacía. “Me matará”, pensaba. El general D’Hubert degustaba todas las emociones que tiene para ofrecer la vida. Tenía en su boca seca el ligero sabor nauseabundo[226] del miedo, no del miedo excusable frente a la mirada cándida y divertida de una joven, sino el miedo a la muerte, y el miedo de un hombre honorable a la cobardía.

Pero si el verdadero coraje consiste en salir a enfrentar un peligro que nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro corazón juntos rehúyen, el general D’Hubert tuvo la oportunidad de practicarlo por primera vez en su vida. Había arremetido con júbilo contra las baterías y los cuadros de infantería, y cabalgado con mensajes a través de una lluvia de balas sin darle mayor importancia. Esta vez su tarea consistió en escabullirse sigilosamente de la casa al alba para dirigirse a una muerte oscura y repulsiva. El general D’Hubert no vaciló en ningún momento. Llevó dos pistolas en una bolsa de cuero que colgó de su hombro. Antes de atravesar el jardín, su boca volvió a estar seca. Tomó dos naranjas. Fue recién al cerrar el portón que sintió un ligero desfallecimiento.

Continuó marchando con paso tembloroso, sin darle importancia, y luego de andar unos metros recobró el dominio de sus piernas. En la luz pálida y diáfana del alba, el bosque de pinos destacaba sus columnas de troncos y su dosel verde oscuro nítidamente contra las

226 **Nauseabundo:** desagradable, que produce náuseas.

rocas de la ladera gris. Mantuvo los ojos firmemente fijos en él, y chupaba de su naranja mientras andaba. Esa alegre y temperamental frialdad frente al peligro que había hecho de él un oficial querido por sus hombres y estimado por sus superiores comenzaba gradualmente a afirmarse. Era como ir a la batalla. Al llegar al borde del bosque, se sentó sobre una roca sujetando la otra naranja en la mano, y se reprochó el haber llegado tan ridículamente temprano. Pero antes de que pasara mucho tiempo, oyó el rumor de los arbustos, pasos sobre el duro suelo y las voces altas de una conversación inconexa: "Es presa fácil para mi bolsa".

Pensó para sí: "Aquí están. ¿Qué es eso de la presa? ¿Hablan de mí?" Y reparando en la otra naranja que tenía en la mano, pensó también: "Estas son naranjas muy buenas. Del árbol de Léonie. ¿Por qué en vez de tirarla no aprovecho mejor a comerla?".

Emergiendo de una espesura de rocas y arbustos, el general Feraud y sus padrinos descubrieron al general D'Hubert ocupado en pelar la naranja. Se quedaron inmóviles, esperando que alzara la vista. Después, los padrinos saludaron quitándose el sombrero, mientras el general Feraud, poniendo su mano detrás de la espalda, se apartó un poco hacia un costado.

—Me veo forzado a pedir a uno de ustedes, *messieurs*, que oficie para mí. No he traído amigos. ¿Aceptan?

El coracero tuerto dijo juiciosamente:

—Eso no puede negarse.

El otro veterano comentó:

—De todos modos, no es normal.

—Debido al estado de ánimo de la gente en esta parte del país no había nadie a quien pudiera confiarle de manera segura el objeto de su presencia aquí —explicó urbanamente el general D'Hubert.

Los padrinos saludaron, miraron alrededor, y ambos comentaron al mismo tiempo:

—Pésimo terreno.

—Es inadecuado.

—Para qué molestarse con el terreno, las mediciones, y todo lo

demás. Simplifiquemos las cosas. Carguen los dos pares de pistolas. Yo tomaré las del general Feraud, y que él tome las mías. O mejor aun, tomemos un par mixto. Una de cada par. Después entremos en el bosque y disparemos a primera vista, mientras ustedes permanecen afuera. No vinimos aquí para ceremonias, sino para la guerra… una guerra a muerte. Cualquier terreno es bueno para eso. Si yo caigo, deberán dejarme donde esté y marcharse. No sería saludable para ustedes que los encontrasen merodeando por aquí después de eso.

Tras un breve parlamento, el general Feraud pareció estar dispuesto a aceptar estas condiciones. Mientras los segundos cargaban las pistolas, se lo podía oír silbando, y se lo veía frotarse las manos con gran satisfacción. Se desprendió enérgicamente de su saco, y el general D'Hubert se quitó el suyo y lo dobló cuidadosamente sobre una piedra.

—Suponga que usted lleva a su apadrinado al otro lado del bosque y lo hace entrar en exactamente diez minutos a partir de ahora —sugirió el general D'Hubert tranquilamente, pero sintiendo como si estuviera dando indicaciones para su propia ejecución. Sin embargo, este fue su último momento de debilidad—. Espere. Primero comparemos relojes.

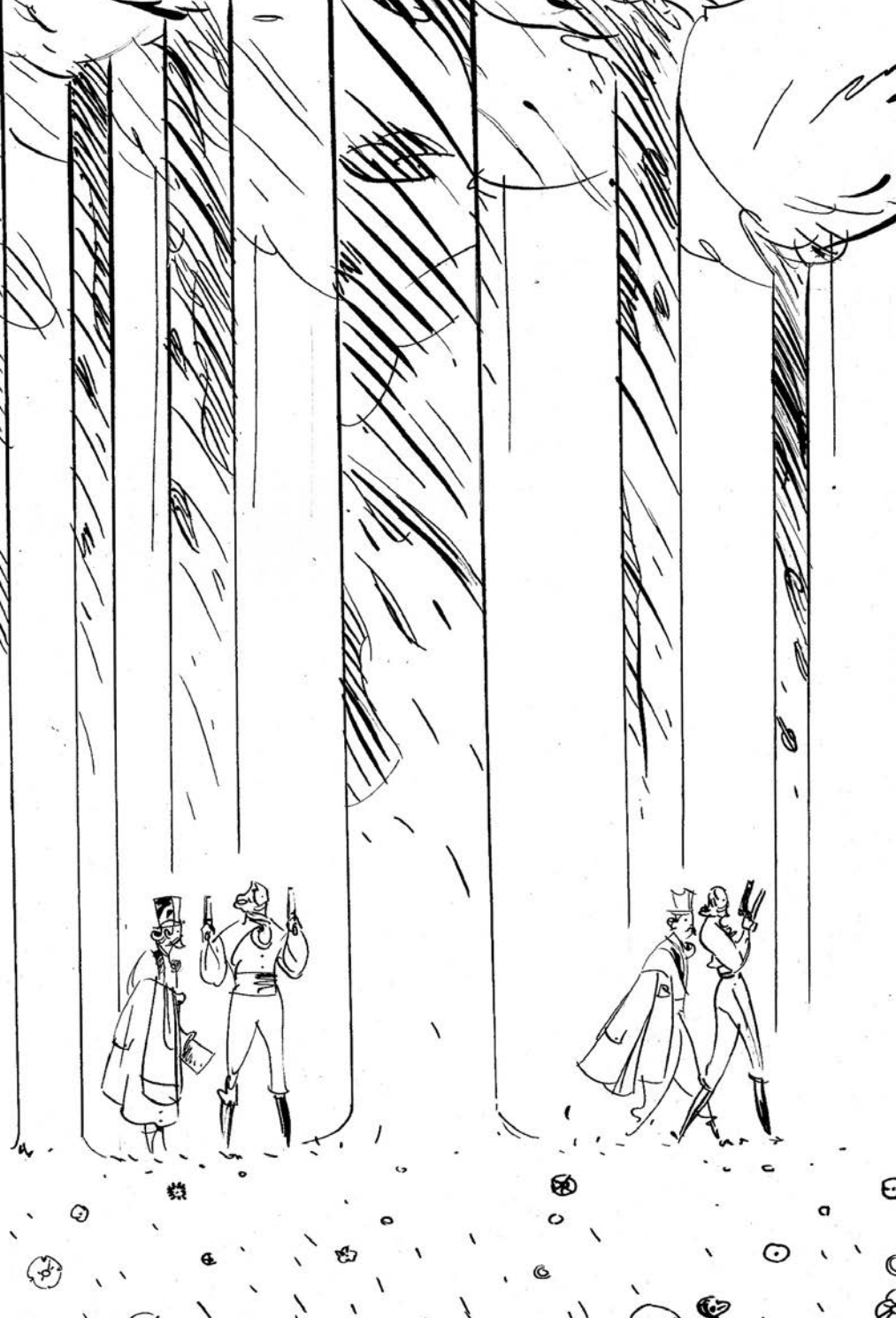
Sacó de su bolsillo el suyo. El oficial de la nariz recortada fue hasta donde estaba el general Feraud a pedirle prestado el de él. Luego mantuvieron sus cabezas inclinadas sobre los relojes durante unos segundos.

—Eso es. A las seis menos cuatro minutos por el suyo. Menos siete por el mío.

Fue el coracero quien permaneció junto al general D'Hubert, manteniendo su único ojo inmutablemente fijo en la faz blanca del reloj que sujetaba en la palma de la mano. Abrió la boca, esperando el tic del último segundo, mucho antes de gritar la palabra, *"Avancez"*[227].

El general avanzó, pasando del deslumbrante sol de la mañana provenzal a la sombra fresca y aromática de los pinos. El terreno estaba despejado entre los troncos rojizos, cuya multitud, inclinada en ángulos lige-

227 ***Avancez:*** "avancen", señal de que los duelistas pueden accionar su arma, acometer contra el contendiente.



ramente distintos, confundió al principio su vista. Era como entrar en batalla. La dominante cualidad de confianza en sí mismo despertó en su pecho. Estaba de lleno en el asunto. El problema era cómo matar al adversario. Nada salvo eso lo libraría de esta estúpida pesadilla. "No sirve de nada herir a ese bruto", pensó el general D'Hubert. Temía fama de ser un oficial de múltiples recursos. Años atrás, sus camaradas solían llamarlo el Estratega. Y era un hecho que podía pensar en presencia del enemigo. Mientras que Feraud siempre había sido un simple luchador… pero desgraciadamente un excelente tirador.

"Debo obligarlo a disparar a la mayor distancia posible", se dijo el general D'Hubert.

En ese momento vio algo blanco moviéndose a lo lejos entre los árboles: la camisa del adversario. De inmediato dio un paso al frente exponiéndose abiertamente entre los troncos; luego, veloz como un rayo, volvió a cubrirse de un salto. Había sido una maniobra arriesgada, pero logró su objetivo. Casi simultáneamente con el estallido de un disparo un pequeño pedazo de corteza arrancada por la bala le pinchó dolorosamente la oreja.

El general Feraud, con un tiro menos, se volvió más cauto. Espiando desde atrás del árbol, el general D'Hubert no lo veía por ningún lado. El ignorar la localización del enemigo traía consigo una sensación de inseguridad. El general D'Hubert se sentía horriblemente expuesto por el flanco y la retaguardia. Algo blanco volvió a revolotear ante sus ojos. ¡Ja! De modo que el enemigo todavía se encontraba en el frente. Había temido un movimiento envolvente. Pero al parecer el general Feraud no estaba pensando en esa posibilidad. El general D'Hubert lo vio pasar sin gran prisa de un árbol a otro en dirección a él. Con una gran firmeza mental el general D'Hubert refrenó su mano. Demasiado lejos aún. Sabía que no era un buen tirador. Para matar debería esperar.

Con el propósito de aprovechar el mayor espesor del tronco, se hundió en el piso. Completamente extendido, con la cabeza hacia su enemigo, tenía su cuerpo completamente protegido. Exponerse ahora no resultaría, porque esta vez el otro estaba demasiado cerca. La convicción de que el general Feraud haría algo precipitado era como un bálsamo para su alma. Pero

era molesto mantener el mentón levantado del suelo, y tampoco servía de mucho. Espió, exponiendo con terror una fracción de la cabeza, pero en realidad con poco riesgo. De hecho, su enemigo no esperaba ver ninguna parte de su cuerpo tan abajo en el suelo. El general D'Hubert vislumbró una imagen fugaz del general Feraud cambiando nuevamente de árbol con pausada cautela. "Desprecia mi puntería", pensó, manifestando esa penetración de la mente de su antagonista que tanto ayuda a ganar batallas. Se reafirmó en su táctica de la inmovilidad. "¡Si al menos pudiese vigilar mi retaguardia además de mi frente!", pensó con ansiedad, anhelando lo imposible.

Requirió cierta fuerza de carácter dejar las pistolas en el suelo; pero, obedeciendo a un impulso repentino, el general D'Hubert lo hizo muy suavemente. En el ejército lo habían considerado un poco como un dandy, porque solía afeitarse y ponerse una camisa limpia los días de batalla. En realidad siempre había sido muy cuidadoso de su aspecto físico. En un hombre de casi cuarenta años, enamorado de una muchacha joven y encantadora, este elogiable amor propio puede llegar hasta pequeñas debilidades tales como la de disponer de un pequeño y elegante estuche plegable de cuero con un pequeño peine de marfil[228] y provisto en su exterior de un espejo. Con las manos libres, el general D'Hubert buscó en los bolsillos de sus pantalones ese implemento de inocente vanidad excusable en el poseedor de unos largos y sedosos bigotes. Lo sacó, y luego con la más absoluta frialdad giró sobre su espalda. En esta nueva posición, con la cabeza un poco levantada y sujetando el espejo justo fuera del árbol, miró furtivamente en él con su ojo izquierdo, mientras el derecho vigilaba de forma directa la retaguardia de su posición. Así quedó demostrado el dicho de Napoleón de que "para un soldado francés la palabra imposible no existe". El árbol correcto llenaba casi por completo el campo de visión de su pequeño espejo.

228 **Marfil:** materia dura, compacta y blanca de la que principalmente están formados los dientes de los vertebrados, que en la corona está cubierta por el esmalte y en la raíz por el cemento. En la industria se utiliza, para la fabricación de numerosos objetos, el de los colmillos de los elefantes.

"Si se mueve de ahí", reflexionó con satisfacción, "de seguro veré sus piernas. Pero en cualquier caso no puede llegar hasta aquí sin que me dé cuenta."

Y efectivamente vio las botas del general Feraud pasar como un rayo, eclipsando[229] por un segundo todo lo demás que se reflejaba en el pequeño espejo. El general D'Hubert cambió su posición de acuerdo con este movimiento. Pero al tener que formar su juicio sobre el cambio a partir de esa visión indirecta, no se percató de que ahora sus pies y una parte de sus piernas quedaban completamente a la vista del general Feraud.

Este estaba cada vez más impresionado por la sorprendente astucia con la que su enemigo se mantenía a cubierto. Había individualizado el árbol correcto con una sanguinaria precisión. Estaba absolutamente seguro de eso. Y sin embargo, no había logrado vislumbrar ni la punta de una oreja. Como la había estado buscando a una altura de un metro setenta y cinco por encima del suelo, no era ningún milagro... pero sí lo era para el general Feraud.

La primera visión de esos pies y esas piernas envió un súbito flujo de sangre a su cabeza. Literalmente se tambaleó detrás de su árbol, y tuvo que sujetarse de él con la mano para enderezarse. ¡De modo que el otro estaba tendido en el suelo! ¡En el suelo! ¡Completamente inmóvil, además! ¡Expuesto! ¿Qué podía significar...? La idea de que había derribado a su adversario con el primer disparo vino a la mente del general Feraud. Una vez allí fue creciendo con cada segundo de observación atenta, eclipsando toda otra suposición… irresistible, triunfal, feroz.

"Qué estúpido fui al pensar que le había errado", murmuró para sí. "¡Estuvo expuesto *en plein*[230]… el muy idiota... por un buen par de segundos!"

El general Feraud miraba las piernas inmóviles, mientras los últimos vestigios de sorpresa se esfumaban frente una admiración ilimitada por su propia y mortífera destreza con la pistola.

---

229 **Eclipsar:** causar un eclipse, es decir, la ocultación transitoria total o parcial de un astro por interposición de otro cuerpo celeste. En este caso, se refiere a que hay algo que llama poderosamente la atención del protagonista y por eso "eclipsa", u oculta, el resto de lo que ocurre a su alrededor.

230 ***En plein:*** "a pleno".

"¡Estiró la pata![231] ¡Por el dios de la guerra, eso sí que fue un disparo!", se regocijaba mentalmente. "Sin duda, le atravesé la cabeza, justo donde apunté, se tambaleó detrás del árbol, cayó de espaldas y murió".

¡Y miraba! Miraba, olvidándose de caminar, casi espantado, casi apenado. Pero por nada del mundo habría querido deshacer lo hecho. ¡Qué disparo! ¡Qué disparo! ¡Cayó de espaldas y murió!

Porque era esa posición indefensa, tendido de espaldas, la que le anunciaba a todas voces su evidencia directa. Jamás se le ocurrió que hubiese podido ser adoptada deliberadamente por un hombre vivo. ¡Era inconcebible! Estaba más allá de toda suposición razonable. No había manera de adivinar su verdadera razón. Y debe decirse, también, que los piernas estiradas del general D'Hubert parecían completamente sin vida. El general Feraud expandió los pulmones para lanzar un grito estentóreo a sus padrinos, pero, por lo que él sintió como una escrupulosidad excesiva, se refrenó unos segundos.

"Primero iré a ver si todavía respira", murmuró para sí, abandonando despreocupadamente el refugio de su árbol.

Este movimiento fue de inmediato percibido por el ingenioso general D'Hubert. Concluyó que se trataba de un nuevo desplazamiento, pero cuando las botas desparecieron del campo de visión del espejo se sintió inquieto. El general Feraud sólo se había apartado un poco de la línea, pero su adversario no tenía manera de suponer que avanzaba hacia él con total despreocupación. El general D'Hubert, que comenzaba a preguntarse qué se había hecho de su adversario, se encontraba tan desprevenido que la primera advertencia de peligro consistió en la larga sombra matinal de su enemigo proyectándose oblicuamente sobre sus piernas extendidas. ¡No había oído siquiera una sola pisada sobre el blando terreno entre los árboles!

Fue demasiado incluso para su frialdad. Se paró irreflexivamente de un salto, dejando las pistolas sobre el suelo. El irresistible instinto de un hombre promedio (a menos que estuviese totalmente paralizado por el

231 ***¡Estiró la pata!:*** expresión que significa "falleció".

desconcierto) habría sido inclinarse para agarrar las armas, exponiéndose al riesgo de recibir un disparo en esa posición. El instinto naturalmente es irreflexivo. Lo es por su misma definición. Pero tal vez valdría la pena investigar si en el hombre reflexivo los impulsos mecánicos del instinto no se ven afectados por su modo habitual de pensar. En su juventud, Armand D'Hubert, el oficial reflexivo y prometedor, había emitido la opinión de que en la guerra nunca "se debía tratar de volver sobre un error". Esta idea, defendida y desarrollada en muchas discusiones, se había convertido en una de las ideas básicas de su cerebro, transformándose en parte de su individualidad mental. Ya fuese que esta noción había penetrado tan inconcebiblemente hondo como para afectar los dictados de su instinto, o sencillamente porque, como él mismo declaró más tarde, estaba "demasiado asustado como para recordar las pistolas mezcladas", el hecho es que aquel general D'Hubert en ningún momento intentó agacharse para recogerlas. En lugar de volver sobre su error, aferró el áspero tronco con ambas manos, y se ocultó detrás de él con tanta impetuosidad que, dando toda la vuelta en el preciso momento en que se producían el fogonazo y el estallido del tiro de pistola, reapareció del otro lado del árbol encontrándose cara a cara con el general Feraud. Este, completamente trastornado por semejante exhibición de agilidad por parte de un muerto, todavía temblaba. Una niebla de humo muy tenue flotaba delante de su cara que mostraba un aspecto extraordinario, como si la mandíbula inferior se hubiese desprendido.

—¡No he errado! —gritó con voz ronca desde las profundidades de una garganta seca.

Este sonido siniestro rompió el hechizo que había caído sobre los sentidos del general D'Hubert.

—Sí, ha errado… *à bout portant*[232]... —se oyó decir a sí mismo antes de recuperar el dominio total de sus facultades. La alteración sensorial estuvo acompañada por un acceso de furia homicida, que resumía en su violencia el resentimiento acumulado de toda una vida. Durante años el

232 ***À bout portant:*** "a quemarropa".

general D'Hubert se había sentido exasperado y humillado por la atroz insensatez que le imponía el capricho salvaje de este hombre. Además, en esta última oportunidad, el general D'Hubert se había sentido demasiado renuente a enfrentar la muerte como para que la reacción de su angustia no adoptase la forma de un deseo de matar.

—Y a mí todavía me quedan dos tiros por disparar —agregó sin compasión.

El general Feraud apretó los dientes, y su rostro adoptó una impertérrita[233] expresión de ira.

—¡Adelante! —dijo con voz adusta.

Estas habrían sido sus últimas palabras si el general D'Hubert hubiese tenido las pistolas en la mano. Pero las pistolas estaban tiradas en el suelo al pie del pino. El general D'Hubert tuvo el segundo de ocio necesario para recordar que había sentido horror de la muerte no como hombre, sino como enamorado; no como un peligro, sino como un rival; no como un enemigo de la vida, sino como un obstáculo para el matrimonio. ¡Y he aquí que el rival estaba derrotado! ¡Completamente derrotado, aplastado, aniquilado!

Recogió las armas mecánicamente, y, en lugar de descargarlas en el pecho del general Feraud, expresó la primera idea que tenía en la mente:

—Ahora ya no se batirá más a duelo.

Su tono de pausada e inefable satisfacción era demasiado para el estoicismo del general Feraud.

—¡No pierda el tiempo, entonces, payaso engreído de sangre fría! —rugió de repente, con un rostro impávido que mantenía erguido por sobre un cuerpo rígidamente inmóvil.

El general D'Hubert bajó con sumo cuidado el percutor de las pistolas. Este procedimiento fue observado por el otro general con sentimientos encontrados.

—Me erró dos veces —dijo fríamente el vencedor, pasando ambas pistolas a una mano—. La última vez a menos de un metro. Según todas

233 **Impertérrito:** dicho de una persona a quien no se infunde fácilmente terror o a quien nada intimida.

las reglas de un combate cuerpo a cuerpo su vida me pertenece. Eso no significa que quiera tomarla ahora.

—No necesito de su clemencia[234] —murmuró sombríamente el general Feraud.

—Permítame señalarle que eso no es de mi incumbencia —dijo el general D'Hubert, cuyas palabras eran dictadas por una consumada delicadeza de sentimiento.

Enfurecido habría podido matarlo, pero a sangre fría se negaba a humillar con una muestra de generosidad a este ser irrazonable, un camarada de la *Grande Armée*, un compañero de las maravillas y los horrores de la gran épica miliar.

—No pretenderá usted dictarme lo que he de hacer con lo que me pertenece.

El general Feraud miró asombrado, y el otro continuó:

—Por una cuestión de honor, usted me ha obligado a poner mi vida a su disposición, por decirlo así, durante quince años. Muy bien. Ahora la cuestión ha quedado decidida en mi favor, voy a hacer con su vida lo que quiera según el mismo principio. Usted la mantendrá a mi disposición todo el tiempo que yo desee. Ni más ni menos. Estará en deuda conmigo hasta que yo lo diga.

—¡Lo estaré! Pero, *sacrebleu*![235] ¡Eso es poner a un general del imperio en una posición muy absurda! —gritó el general Feraud, en acentos de una profunda y desesperada convicción—. Equivale a pasar el resto de mi vida sentado con una pistola cargada en el cajón esperando hasta que usted lo decida. ¡Es… es estúpido! Seré objeto de... de… burla.

—¿Absurdo? ¿Estúpido? —preguntó el general D'Hubert, con maliciosa seriedad—. Tal vez. Pero no veo de qué manera podría evitarse. Sin embargo, es improbable que yo hable en detalle de esta aventura. Nadie tiene por qué enterarse jamás de este asunto. Así como nadie hasta hoy,

234 **Clemencia:** moderación o compasión al aplicar una ley de justicia.
235 **Sacrebleu!:** es una expresión de sorpresa, como podría ser "¡santo Dios!".

según creo, conoce el origen de nuestra disputa… No se hable más —agregó con premura[236]—. Realmente no puedo discutir esta cuestión con un hombre que, en lo que a mí concierne, no existe.

Cuando los dos duelistas salieron al campo abierto, el general Feraud unos pasos más atrás, y como si caminara en un trance, los dos padrinos corrieron hacia ellos, cada uno desde su posición al borde del bosque. El general D'Hubert se dirigió a ellos, hablando en voz clara y alta:

"*Messieurs*, es mi intención declararles solemnemente, en presencia del general Feraud, que nuestra diferencia al fin ha quedado definitivamente arreglada. Pueden informar al mundo de este hecho".

—¡Una reconciliación, después de todo! —exclamaron al mismo tiempo.

—¿Reconciliación? No exactamente. Se trata de una obligación mucho más inquebrantable. ¿No es así, general?

El general Feraud se limitó a bajar la cabeza en señal de asentimiento. Los dos veteranos se miraron. Más tarde ese mismo día, cuando estuvieron solos, lejos de su malhumorado amigo, el coracero de pronto comentó:

—En términos generales, con mi único ojo puedo ver tan lejos como la mayoría de la gente; pero esto me sobrepasa. Se empecina en no hablar.

—En este lance de honor entiendo que siempre ha habido, de principio a fin, algo que nadie en el ejército puede desentrañar por completo —declaró el cazador de nariz incompleta—. Comenzó en el misterio, en el misterio prosiguió y al parecer en el misterio ha de terminar.

El general D'Hubert caminó hacia su casa con pasos largos y presurosos, de ningún modo reanimado por una sensación de triunfo. Había triunfado; sin embargo, no le parecía que hubiese ganado mucho con su triunfo. La noche anterior había maldecido el tener que arriesgar su vida, que le parecía magnífica y digna de ser preservada como una oportunidad de ganar el amor de una muchacha. Había vivido momentos en que, por una maravillosa ilusión, este amor le pareció ya suyo, y su vida

236 **Premura:** apuro en llevar a cabo una acción.

amenazada una oportunidad aun más magnífica de devoción. Ahora que su vida estaba a salvo, de pronto había perdido su especial magnificencia. Había adquirido, en cambio, el aspecto particularmente alarmante de una trampa para la exposición de su insignificancia. En cuanto a la maravillosa ilusión del amor conquistado, que se le había presentado durante un momento en la agitada vigilia de la noche que podría haber sido su última en la tierra, ahora comprendía su verdadera naturaleza. Había sido meramente un paroxismo de delirante engreimiento. De modo que a este hombre, serenado por el resultado victorioso de un duelo, la vida le parecía despojada de su encanto, sencillamente porque ya no estaba amenazada.

Al aproximarse a la casa por detrás, a través de la huerta y el jardín de la cocina, no pudo notar la agitación que reinaba en el frente. No encontró a nadie. Solo mientras caminaba suavemente por el corredor, se percató de que estaban despiertos y que había más ruido que de costumbre. Abajo se oía llamar a los criados en un confuso bullicio de idas y venidas. Con cierta preocupación notó que la puerta de su cuarto estaba entreabierta, aunque las persianas aún seguían cerradas. Había tenido la esperanza de que su excursión pasase desapercibida. Esperó encontrar algún sirviente que acababa de entrar; pero los rayos de sol que se filtraban por las habituales rendijas le permitieron ver recostado sobre el diván un bulto, que tenía la apariencia de dos mujeres abrazadas. Desolados[237] y lagrimosos murmullos brotaban misteriosamente de esa extraña imagen. El general D'Hubert abrió violentamente el par de persianas más próximas. Entonces una de las mujeres se incorporó de un salto. Era su hermana. Permaneció un momento inmóvil, con el cabello suelto y los brazos levantados por encima de su cabeza, y después se arrojó en sus brazos con un grito ahogado. Él le devolvió el abrazo, tratando al mismo tiempo de desprenderse de él. La otra mujer no se había levantado. Por el contrario, parecía aferrarse aun más al diván, ocultando el rostro en los almohadones. También tenía

237 **Desolado:** triste.

el cabello suelto; era maravillosamente rubio. El general D'Hubert lo reconoció con pasmosa emoción. ¡*Mademoiselle*[238] de Valmassigue! ¡Adèle! ¡Acongojada!

Se alarmó enormemente, y se liberó definitivamente del abrazo de su hermana. Luego madame Léonie extendió su bello brazo desnudo, descubriéndolo de su *peignoir*[239], y señaló dramáticamente hacia el diván.

—Esta pobre niña aterrada ha corrido desde su casa hasta aquí, a pie, dos millas… ha corrido durante todo el trayecto.

—¿Qué demonios ha sucedido? —preguntó el general D'Hubert en voz baja y agitada.

Pero madame Léonie hablaba en voz alta:

—Llamó a la gran campana del portón y despertó a toda la casa… todos dormíamos todavía. Puedes imaginarte qué susto terrible. Adèle, mi niña querida, siéntate.

La expresión del general D'Hubert no era la de un hombre que "imagina" con facilidad. No obstante, logró extraer del caos de suposiciones la idea de que su futura suegra había fallecido repentinamente, pero solo para descartarla en seguida. No podía concebir la naturaleza del suceso o la catástrofe que había inducido a mademoiselle de Valmassigue, que vivía en una casa repleta de sirvientes, a atravesar los campos, dos millas, corriendo sin parar para traer personalmente la noticia.

—¿Pero por qué está usted en esta habitación? —susurró lleno de espanto.

—Por supuesto vine corriendo a ver, y esta niña, no me di cuenta… me siguió. Fue ese absurdo *Chevalier* —prosiguió madame Léonie, mirando hacia el diván—… tiene todo el cabello deshecho. Te imaginarás que no se detuvo a llamar a su criada para que la vistiese antes de salir… Adèle, mi querida, siéntate… Su tío le soltó todo a las cinco y media de la mañana. Adèle se despertó temprano y abrió las persianas para respirar aire fresco, y lo vio desplomado en un banco del jardín al final de la gran avenida. A

238 ***Mademoiselle:*** señorita.
239 ***Peignoir:*** "bata", o lo que comúnmente se llama "salto de cama".

esa hora... ¡Te imaginas! Y la noche anterior había dicho que se sentía indispuesto. Adèle se puso algo encima y fue volando hasta él. Cualquiera se angustiaría por menos. Él la adora, pero no de una manera muy inteligente. Había estado levantado toda la noche, totalmente vestido, el pobre anciano, completamente exhausto. No estaba en condiciones de inventar una historia verosímil... ¡Qué confidente escogiste! Mi esposo estaba furioso. Dijo: "Ahora no podemos interferir". Así que nos sentamos a esperar. ¡Fue espantoso! ¡Y esta pobre niña corriendo hasta aquí en público con el cabello suelto! Alguna gente la ha visto en los campos. Ha despertado también a toda la casa. Ha venido hasta aquí por sí sola. Es embarazoso para ella. Afortunadamente se casan la semana que viene… Adèle, siéntate. Ha venido hasta aquí por sí sola… Esperábamos verte llegar en una camilla, tal vez… ¿Qué sé yo? Ve y fíjate si el carruaje está listo. Debo llevar a esta niña a su casa de inmediato. No es adecuado que permanezca aquí un minuto más.

El general D'Hubert no se movió. Era como si no hubiese oído nada. Madame Léonie cambió de parecer.

—Iré yo misma —gritó—. También necesito mi abrigo. Adèle… —comenzó a decir pero no agregó "siéntate".

Salió diciendo en voz muy alta y en tono alegre:

—Dejo la puerta abierta.

El general D'Hubert hizo un movimiento hacia el diván, pero entonces Adèle se sentó, y esto lo detuvo en seco. Pensó: "No me he lavado esta mañana. Debo parecer un viejo vagabundo. Tengo tierra en la espalda y agujas de pino en el pelo". Le pareció que la situación requería de su parte de una gran circunspección.

—Estoy muy apenado, mademoiselle —comenzó a decir vagamente, pero luego abandonó esa frase.

Ella estaba sentada en el diván con las mejillas extraordinariamente rosadas y el cabello, resplandecientemente rubio, cayéndole sobre los hombros… lo cual era una imagen muy novedosa para el general. Se alejó unos pasos, y mirando por la ventana para tranquilizarse dijo con acento de sincera desesperación:

—Me temo que debe pensar que me comporté como un demente.

Entonces giró sobre sus talones, y notó que ella lo había seguido con los ojos. No los bajó al encontrar su mirada. Y la expresión de su rostro también era nueva para él. Era, se podría decir, el reverso de la habitual. Esos ojos lo miraban serios y pensativos, mientras que las exquisitas líneas de la boca parecían sugerir una sonrisa contenida. Este cambio volvía su belleza trascendental mucho menos misteriosa, mucho más accesible a la comprensión de un hombre. La mente del general sintió un alivio sorprendente; y hasta sus modales cobraron una cierta naturalidad. Caminó hacia ella con la misma placentera excitación que habría sentido avanzando hacia una batería[240] que escupiera muerte, fuego y humo; después se detuvo, bajando sus ojos sonrientes hacia la muchacha, cuyo casamiento con él (la semana siguiente) había sido concertado tan cuidadosamente por la sabia, la buena, la admirable Léonie.

—¡Ah! *Mademoiselle* —dijo en un tono de gentil pesar—, si al menos pudiese estar seguro de que usted no vino esta mañana, corriendo todo el trayecto, dos millas, sólo por afecto a su madre.

Esperó una respuesta, impávido pero interiormente eufórico. Esta llegó bajo la forma de un recatado murmullo, las pestañas bajadas con fascinante efecto:

—No debe usted ser *méchant*[241], además de demente.

Entonces el general D'Hubert hizo un movimiento impetuoso hacia el diván que nada pudo detener. Ese mueble no estaba alineado con la puerta abierta. Pero madame Léonie, que regresaba envuelta en un ligero abrigo y llevando un chal[242] de encaje en el brazo para que Adèle ocultara con él su comprometedor cabello, tuvo la fugaz impresión de ver a su hermano levantarse de sus rodillas.

---

240 **Batería:** unidad de tiro de artillería, mandada normalmente por un capitán, que se compone de un corto número de piezas y de los artilleros que las sirven.

241 ***Méchant:*** "malo, cruel".

242 **Chal:** paño de seda o lana, mucho más largo que ancho, y que, puesto en los hombros, sirve a las mujeres como abrigo o adorno.

—Ven, mi niña querida —gritó desde la puerta.

El general, ahora de nuevo él mismo en el más amplio sentido, mostró la prontitud de un ingenioso oficial de caballería y la perentoriedad de un conductor de hombres.

—No esperarás que camine hasta el carruaje —dijo indignado—. No está en condiciones. La llevaré abajo.

Hizo esto lentamente, seguido por su respetuosa y espantada hermana; pero regresó apresuradamente como un torbellino a lavarse los signos de la noche de angustia y la mañana de guerra, y a ponerse las prendas festivas de un conquistador antes de salir corriendo hacia la otra casa. De no haber sido por eso, el general se sentía capaz de montar a caballo y perseguir a su anterior adversario simplemente para abrazarlo por un exceso de felicidad. "Se lo debo todo a esa estúpida bestia", pensó. "Ha vuelto claro esta mañana lo que habría podido llevarme años descubrir, porque soy un tímido estúpido. Ninguna confianza en mí mismo. Un completo cobarde. ¡Y el *Chevalier*! ¡Un viejo adorable!" El general también estaba ansioso por abrazarlo.

El *Chevalier* estaba en cama. Durante varios días estuvo muy mal. Los hombres del Imperio y las jovencitas de la posrevolución[243] eran demasiado para él. Se levantó de la cama el día anterior a la boda, y, siendo curioso por naturaleza, llevó a su sobrina aparte para conversar tranquilamente. Le aconsejó que averiguara de su marido la verdadera historia de ese lance de honor, cuya urgencia, tan imperativa y persistente, la había llevado casi al borde de la tragedia.

—Es justo que su esposa lo sepa. Y el próximo mes, más o menos, será el momento para que averigües, mi niña querida, cualquier cosa que desees saber.

Tiempo después, cuando la feliz pareja fue a visitar a la madre de la esposa, madame la Générale[244] D'Hubert comunicó a su amado y anciano tío la verdadera historia que había obtenido sin ninguna dificultad.

---

243 **Posrevolución:** se refiere al período que siguió a la Revolución Francesa (1789) que terminó con el golpe de Estado de Napoleón Bonaparte en 1799.

244 ***Madame la Genérale*:** "la señora del General" o "generala".

El *Chevalier* escuchó con profunda atención hasta el final, tomó una pizca de rapé, sacudió los granos de tabaco de la pechera con volados de su camisa, y preguntó muy tranquilamente:

—¿Y eso fue todo?

—Sí, tío —respondió madame la Générale, abriendo muy grandes sus bonitos ojos—. ¿No es gracioso? ¡*C'est insensé*…[245] pensar de lo que son capaces los hombres!

—¡Hm! —comentó el viejo *émigré*—. Depende de qué clase de hombres. Los soldados de ese Bonaparte eran unos salvajes. Es *insensé*. Como esposa, mi querida, debes creer implícitamente en lo que tu esposo dice.

Pero al esposo de Léonie, el *Chevalier* le confió su verdadera opinión.

—Si esa es la historia que el sujeto inventó para su esposa, y además durante la luna de miel, puede estar seguro de que nadie sabrá jamás el secreto de este asunto.

Bastante más tarde aún, el general D'Hubert juzgó que había llegado el momento y la ocasión de escribir una carta al general Feraud. Esta carta comenzaba rechazando toda animosidad[246].

Jamás –escribió el general D'Hubert–, *deseé su muerte durante todo el tiempo que duró nuestra deplorable disputa. Permítame* –continuaba– *devolverle plenamente su vida empeñada. Corresponde que los dos, que hemos sido compañeros de tantas glorias militares, mantengamos públicamente una relación cordial.*

La misma carta contenía también un artículo de información doméstica. Fue en referencia a esto último que el general Feraud respondió desde un pequeño pueblo a orillas del Garona, con las siguientes palabras:

Si uno de los nombres de su hijo hubiese sido Napoleón –o José– o incluso Joaquín, podría felicitarlo por el acontecimiento con un mejor sentimiento. Como usted ha creído apropiado darle los nombres de Charles

245 ***C'est insensé:*** "es absurdo".
246 **Animosidad:** hostilidad hacia algo o alguien.

Henri Armand, me siento confirmado en mi convicción de que usted jamás *amó al emperador. El pensamiento de ese héroe sublime encadenado a una roca en medio del salvaje océano vuelve mi vida de tan poco valor que recibiría con verdadera alegría su instrucción de volarme los sesos. Me considero a mí mismo privado del honor de un suicidio. Pero guardo una pistola cargada en el cajón.*

Madame la Générale levantó las manos en un gesto de desesperación tras leer esta respuesta.

—¿Ves? Se *niega* a reconciliarse —dijo su esposo—. Jamás hay que permitir, bajo ninguna circunstancia, que adivine de dónde proviene el dinero. Sería un error. No podría soportarlo.

—Eres un *brave homme*[247], Armand —dijo apreciativamente la Générale.

—Mi querida, tuve el derecho de volarle los sesos; pero como no lo hice, no podemos permitir que muera de hambre. Ha perdido su pensión y es totalmente incapaz de hacer algo en el mundo por sí mismo. Debemos cuidarlo, secretamente, hasta el fin de sus días. ¿No le debo acaso el momento más extático de mi vida?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Corriendo por el campo sin parar, durante dos millas[248]! ¡No lo podía creer!... De no haber sido por su estúpida ferocidad, me habría llevado años descubrirlo. Es extraordinario cómo, de una manera u otra, este hombre se las ha ingeniado para aferrarse a mis sentimientos más profundos.

247 ***Brave homme:*** quiere decir "hombre bravo"; es un halago.
248 **Milla:** medida terrestre de longitud equivalente a 1.609 m.

tanola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
de suelta, de una ocasión en que debía ir toda la ro-

Sobre terreno conocido

Comprobación de lectura

Marquen la opción correcta.

❶ Feraud y D'Hubert son soldados del ejército...

- **a)** inglés. ☐
- **b)** español. ☐
- **c)** ruso. ☐
- **d)** francés. ☐

❷ Los protagonistas de *El duelo* se enfrentan...

- **a)** porque ambos querían un mismo cargo. ☐
- **b)** por dinero. ☐
- **c)** porque así lo indicaba el código de honor de los soldados. ☐
- **d)** para ganarse el amor de una mujer. ☐

❸ El emperador al que se hace alusión a lo largo del relato es:

- **a)** Alejandro I de Rusia. ☐
- **b)** Fernando VII de España. ☐
- **c)** Napoleón Bonaparte. ☐
- **d)** El general Wellington. ☐

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
se suelta, de una procesión en que debía ir toda la ro-

4 El Batallón Sagrado del que en un momento forman parte ambos soldados combate en el frente:

a) ruso. ☐
b) español. ☐
c) austríaco. ☐
d) italiano. ☐

5 Al final de la historia de Feraud y D'Hubert...

a) ambos llegan a un acuerdo y no vuelven a enfrentarse. ☐
b) prometen continuar el duelo. ☐
c) uno de ellos es derrotado y se ve obligado a prometer que no volverá a buscar otro duelo. ☐
d) uno de ellos muere. ☐

Indiquen si las siguientes afirmaciones son verdaderas (V) o falsas (F). En caso de que la afirmación sea falsa, corríjanla para hacerla verdadera.

1 Al inicio de la novela, Feraud ya había tenido un duelo con una persona civil. ☐

2 Cuando se inicia la novela, Feraud estaba por casarse con madame de Lionne. ☐

3 En el segundo enfrentamiento, D'Hubert es herido y no puede continuar el duelo. ☐

4 Hacia el final del relato, D'Hubert está por contraer matrimonio. ☐

5 D'Hubert no hace nada para impedir que se cumpla la sentencia de muerte liberada contra Feraud. ☐

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Actividades de comprensión

1 A lo largo de la novela se establecen **características opuestas** entre Feraud y D'Hubert. Señalen en dos columnas por lo menos cinco rasgos que identifiquen el carácter de ambos personajes a partir de la región de donde provienen, los respectivos rasgos físicos y su comportamiento en situaciones similares.

a) Uno de los soldados tiene un carácter agresivo (Feraud), en tanto que el de su rival es más reflexivo (D'Hubert). Transcriban un breve pasaje que refleje cada caso.

b) Pasión, ética (honor) y razón se ponen en juego en este enfrentamiento. Resuman las razones que cada soldado tiene para pensar que está en su derecho. Si es necesario, transcriban algunos párrafos.

c) Redacten una opinión acerca del enfrentamiento teniendo en cuenta sus causas y las características de ambos personajes.

2 Para la continuidad de los episodios de duelo, la **opinión pública** y la de los pares de ambos personajes son determinantes. Transcriban dos párrafos en los que se hable de la opinión de los otros acerca del conflicto entre ambos soldados. Por ejemplo, este pasaje en el que D'Hubert le escribe a su hermana: "No hay manera de saber qué chismes del ejército pueden alcanzar tus inocentes oídos. Cualquier cosa que oigas decir puedes estar segura que tu siempre cariñoso hermano no es ningún duelista".

3 La narración de *El duelo* se desarrolla en tercera persona, que puede tener la característica de ser omnisciente o bien estar restringida. En el primer caso, el **narrador** conoce todos los pormenores de los personajes; en el segundo, adopta la perspectiva de uno de ellos. En *El duelo*, el punto de vista se basa principalmente en el personaje de D'Hubert.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
se suelta, de una procesión en que debía ir toda la ro-

Identifiquen y transcriban por lo menos dos situaciones en las que se observe eso. Por ejemplo, este párrafo en que D'Hubert se refiere a Feraud: "'Al parecer el jefe conoce a esta bestia pensó', mirando de reojo a su compañero, cuyo rostro redondo, ojos circulares y hasta su pequeño bigote retorcido negro azabache parecían estar animados por una exasperación mental contra lo incomprensible".

4. Los **personajes principales** de la novela, Feraud y D'Hubert, tienen determinadas y antagónicas características. Los **personajes secundarios**, aquellos que rodean a los protagonistas del relato, también tienen sus características. Elaboren una lista con los personajes secundarios en dos columnas según ustedes determinen si tienen características similares a Feraud o D'Hubert.

5. Como se señaló, la opinión que circula y que llega a los oídos de los protagonistas tiene gran importancia en la novela. Así, en un momento, D'Hubert escucha decir en la mesa de un bar que él "nunca amó al emperador". Resuman cuál es la situación de ambos personajes en ese momento. ¿Cuál es la reacción de D'Hubert?

6. ¿Por qué D'Hubert, al final de la novela, considera que le debe a Feraud el "momento más extático" de su vida? Transcriban el párrafo donde consideren que ocurre esta revelación.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Actividades de análisis

Del antagonismo personal al antagonismo político

1 Investiguen en equipo y profundicen con los profesores los siguientes conceptos:

Monarquía – República – Burguesía – Revolución Francesa – Luis XVI – Napoleón Bonaparte – Luis XVIII

• A partir de la información que reunieron, ¿consideran que los duelos entre Feraud y D'Hubert representan el enfrentamiento entre el régimen republicano-bonapartista y el antiguo régimen monárquico? En caso de que así sea, señalen por lo menos dos episodios en los que se revele esta situación.

El Romanticismo y el Realismo en *El duelo*

1 Relean, con sus notas al pie, el primer párrafo correspondiente al subtítulo "El duelo" en la sección *Palabra de expertos*.

a) El Romanticismo fue, y es, una escuela estética y filosófica que se caracteriza por la preponderancia del individuo, el sentimentalismo, la pasión antepuesta a la racionalidad, las formas propias del autor por sobre las tradicionales (un anhelo de innovación). La época en que se desarrolla la historia de *El duelo* corresponde a la primera etapa del Romanticismo.

• Señalen algunos aspectos de los personajes (por ejemplo, la extrema sensibilidad de D´Hubert) que puedan identificarse con esta época.

b) Otra escuela literaria surgida a mediados del siglo XIX, el Realismo tuvo por objetivo reproducir a través de la literatura "la realidad tal cual se la ve". Esta propuesta, por cierto amplia y compleja, tuvo entre sus principales exponentes, en Francia, entre otros,

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

a Honoré de Balzac, Stendhal, Gustave Flaubert; y en Inglaterra, a Dickens, George Eliot y Henry James. Entre los principios del Realismo se encuentran la objetividad (antepuesta al sentimentalismo), el orden descriptivo (contrario a la dispersión de la imaginación), las referencias al mundo real (rechazo de la ficción en otros lugares y tiempos exóticos).

• Señalen aspectos realistas de *El duelo*. Por ejemplo, la referencia a batallas (entre otras, Austerlitz) y períodos históricos concretos (como el de los Cien Días de Napoleón).

2 ¿Se narra en *El duelo* una historia de aventuras?

a) Comenten brevemente un episodio de aventura, sea literario (*Harry Potter*), cinematográfico (*Piratas del Caribe*) o personal (una excursión a un lugar no muy conocido), y compárenlo con *El duelo*, una historia donde dos hombres empeñan toda su juventud en un odio personal, con el agravante de que ambos son soldados de una nación en guerra.

b) ¿Encuentran diferencias entre estos relatos y *El duelo*? ¿Cuáles?

La novela tradicional y la novela de vanguardia

1 La novela (o *nouvelle*, por su extensión menor que la de una novela convencional) *El duelo* y toda la narrativa de Joseph Conrad, por una búsqueda personal del autor y por ser este contemporáneo de muchos cambios en la narrativa europea de principios del siglo XX (vanguardias), si bien no es radicalmente experimental, asimila cambios de su época y avizora algunos otros.

a) Lean los comentarios siguientes de Jaime Rest:

> Por imprecisas que resultaran sus fronteras, no cabía duda de que la novela era una narración ficticia que mediante el conflicto

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

de caracteres enjuiciaba un ordenamiento social definido, a través de una anécdota que reflejaba un cuadro verosímil del mundo burgués. A partir de Samuel Butler y de Henry James, en Inglaterra, o de Proust, Alain-Fournier y Gide, en Francia, la narrativa de ficción comienza a sufrir un cambio profundo cuya índole ha sido explicada de manera diversa, pero preferentemente a causa de dos factores: en primer lugar, una alteración decisiva de las condiciones sociales que estaban relacionadas con el realismo propio de la novela; y segundo, la irrupción de procedimientos formales y expresivos renovadores. En el primer aspecto, han tenido notable repercusión las guerras mundiales, los cambios estructurales de la sociedad, la desintegración de las pautas morales establecidas; a lo cual se ha sumado la necesidad de incorporar a las técnicas narrativas los hallazgos que la psicología reciente, el progreso científico y la madurez sociológica han aportado para el conocimiento del hombre.

[…] El resultado ha sido la desaparición casi completa de la novela clásica como tal, que atraía a los lectores por su intrínseca seducción anecdótica, a semejanza de un fascinador cuento de hadas; en su reemplazo, la narrativa contemporánea ha evolucionado en otras direcciones. […] En principio, la narrativa más estimable del presente siglo parece aspirar al impacto literario más bien que al éxito de público. […] Por consiguiente, la narrativa de ficción se ha convertido en un instrumento exploratorio, utilizado para la búsqueda de nuevas pautas operativas y nuevos ideales.

Rest, Jaime, *Novela, cuento, teatro: apogeo y crisis*,
Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.

De estos comentarios se concluye que, por un lado, la narrativa de vanguardia propia de las primeras décadas del siglo xx no considera tanto el arte de narrar como entretenimiento sino como una forma peculiar de contar la historia, a modo de una experimentación artística. De lo expresado se desprenden diversas consecuencias, entre ellas, las siguientes:

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

- la ruptura del orden convencional del tiempo,
- la experimentación verbal,
- la exploración psicológica de los personajes,
- la variación del punto de vista (cambios de la perspectiva o personaje desde el cual el narrador cuenta la historia),
- los cambios de narrador,
- la introducción de situaciones definidas por el absurdo,
- la intención de que el arte de narrar no solo entretenga, sino que también sea un modo de indagación en los conflictos humanos.

b) Señalen, de la lista que leyeron, aquellos tópicos que pueden relacionarse con *El duelo*, de Joseph Conrad.

El duelo en el cine

1 Vean la versión cinematográfica de *El duelo* (*Los duelistas*, de Ridley Scott, 1977) y establezcan una comparación con la novela original de Joseph Conrad. Anoten las diferencias que encontraron.

a) ¿Se agregan personajes? ¿Cuáles?

b) ¿Se modifican hechos? ¿Cuáles?

c) ¿La película respeta los aspectos realistas de la novela?

d) En la versión cinematográfica, el heroísmo (sentido del honor) y el sentimentalismo (la visión idealista del amor) tienen la misma intensidad. Expliquen si son mayores o menores respecto de la versión literaria.

La presencia del emperador

1 En *El duelo*, la figura de Napoleón (el Emperador) aparece como un signo omnipresente a lo largo del relato: ambos soldados forman parte de su ejército, la mayor parte de la historia se desarrolla durante el período en que su gobierno se afianzó en Francia y se extendió por

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

toda Europa (1800-1815). Napoleón es uno de los protagonistas de la historia del siglo XIX más complejos y emblemáticos. Por un lado, reconocido estratega militar y político, propagó por todo el continente europeo las ideas republicanas, que proponían la abolición del feudalismo, la libertad de culto, el sufragio (para varones) y la generalización de la educación, entre otros aportes fundamentales para el desarrollo de la historia moderna. Por otro, también encabezó un período histórico caracterizado por crueles guerras que estuvieron motivadas, en parte, por el personal deseo de un solo imperio para Europa.

a) Observen estos dos cuadros. El primero de ellos, realizado por el pintor Jacques-Louis David en 1801, conmemora el cruce de los Alpes por parte del ejército francés para enfrentar al ejército austríaco en Italia, que culminó con el costoso triunfo en la batalla de Marengo (1800). El segundo, realizado por el pintor Paul Delaroche en 1848, surge como una nueva lectura del mismo episodio. A primera vista, se observa en el primer caso que Napoleón está montado sobre un caballo; en el segundo, Bonaparte aparece retratado sobre una mula.
Vean con la ayuda del profesor de Plástica o de Historia otras diferencias entre ambos cuadros. Presten atención a la vestimenta, la postura del cuerpo y la mirada del personaje en ambos casos.

Jacques-Louis David, *Napoleón cruzando los Alpes*, óleo sobre lienzo, 1801.

Paul Delaroche, *Napoleón cruzando los Alpes*, óleo sobre lienzo, 1848.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

b) Para captar en profundidad las diferencias, es importante tener en cuenta que estas obras fueron hechas en épocas distintas. La primera es contemporánea de Napoleón; la segunda se realizó muchos años después de su muerte (ocurrida en 1821). Investiguen acerca de las corrientes pictóricas de las épocas en que fueron pintados ambos cuadros. En el retrato ecuestre de David, el Neoclasicismo parece ser la clave: ¿cuáles fueron sus principales características? En el retrato de Delaroche, la expresión más realista resulta dominante, con cierta impronta proveniente del Romanticismo. ¿Cuáles fueron los principales aspectos del Realismo y el Romanticismo en plástica?

c) Por último, completen la trayectoria artística de ambos pintores a partir del siguiente cuadro:

	David	**Delaroche**
Año de nacimiento y muerte.		
Escuelas a las que pertenecieron (por ejemplo, Realismo).		
Técnicas que utilizaron (óleo, acuarela, etcétera).		
Géneros que practicaron (retrato, paisaje, etcétera).		
Obras más importantes.		

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Actividades de producción

La literatura, la pintura y el cine

En la película *Los Duelistas*, Feraud termina recluido en una comarca. En las dos imágenes siguientes, se puede observar la deliberada similitud con que el director Ridley Scott intentó identificar el destino de Feraud con el de Napoleón Bonaparte (y su destierro definitivo en Santa Helena) a partir del cuadro de François-Joseph Sandmann (1805-1850).

Fotograma de la película *Los duelistas*, de Ridley Scott, 1977.

François-Joseph Sandmann, *Napoleón en Santa Helena*, acuarela, fecha incierta.

1. Realicen un resumen de los hechos que conducen a esta escena de soledad y derrota, tanto a Feraud como a Napoleón –según los datos biográficos que ya reunieron en las diferentes actividades y que pueden ampliar consultando en una biblioteca o en Internet–.

2. **Reseña.** Redacten una breve reseña crítica de la película *Los duelistas* teniendo en cuenta lo realizado en la actividad "El deulo en el cine" y los siguientes aspectos:

   a) Ficha técnica

   Título en castellano:

   Título original:

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

País:

Director:

Duración:

Elenco:

Título

Informen al lector sobre el aspecto más importante que hayan desarrollado en el artículo. Por ejemplo: “El duelo, una historia singular dentro del cine bélico”.

Copete

Adelanten en dos líneas una impresión general que contenga el artículo. Por ejemplo: “Una película en la que el enfrentamiento entre dos soldados es el medio para hablar de la pasión, el orgullo y el amor”.

Nota

Inicio. Argumento: Tres o cuatro líneas en las que cuenten en qué consiste la historia.

Desarrollo. Comenten brevemente la trama (relaciones entre los hechos y los personajes); las diferencias con la versión literaria; la ambientación (los escenarios); la fotografía (el uso de la iluminación en las escenas); la música (su importancia en la película); la actuación de los intérpretes.

Conclusión. Según el modo en que evaluaron la película, redacten brevemente una recomendación o una crítica. También pueden tener en cuenta los antecedentes del género o del director.

b) Consulten artículos publicados en Internet sobre la película y, si lo consideran necesario, completen o corrijan lo que escribieron.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Recomendaciones para leer y para ver

Libros de Joseph Conrad que pueden relacionarse con* El duelo*:

Novelas

El corazón de las tinieblas (Heart of Darkness), 1899.
Lord Jim, 1900.
Nostromo, 1904.
Gaspar Ruiz, 1906.
Victoria (Victory), 1915.
Suspense, Madrid, Editorial Funambulista, 2008. (Novela inconclusa de Conrad, recientemente editada en castellano, que también se ubica en el período de la Revolución Francesa.)

Cómic

El corazón de las tinieblas, guión de Karim von Taylhardat, dibujos de Miguel A. Díez, Luis Manchado, Pablo Auladell y Francisco Marchante, Madrid, Ediciones Sins Entido, 2002.

Otros autores y títulos relacionados con* El duelo*:

Novelas

Dickens, Charles, *Historia de dos ciudades,* 1859.
Hugo, Víctor, *Los miserables,* 1862.
Dumas, Alejandro, *El collar de la reina,* 1849.
Stendhal, *Rojo y negro*, 1830.
Stendhal, *La cartuja de Parma*, 1839.
Tolstoi, Guerra y paz, 1869.

Diarios personales

Constant, Benjamin, *Diario íntimo* (1804-1815), Buenos Aires, Selecciones de Amadeo Mandarino, 2007.
Dalrymple Elliott, Grace, *Diario de mi vida durante la Revolución Francesa,* Madrid, Valdemar, 2001.

Biografía e historia

Dallet, Sylvie, y Gendron, Francis, *Filmographie mondiale de la Révolution Française,* París, Quatre Vents, 1989.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Cases, Conde de las, *Memorial de Napoleón en Santa Helena* (primera edición, 1823), Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2003.
Soboul, Albert, *Historia de la Revolución francesa,* 1964.
Zweig, Stefan, *Fouché, el genio tenebroso,* Madrid, Editorial Juventud, 1984.
Zweig, Stefan, *María Antonieta,* 1932.

Obras de Joseph Conrad llevadas al cine:

Apocalypse now (1978), de Francis Ford Coppola, adaptación de la novela *El corazón de las tinieblas* (1899).

Desterrado de las islas (1952), de Carol Reed, adaptación de la novela *Un vagabundo de las islas* (1896).

El hombre que vino del mar (1997), de Beeban Kidron, adaptación del cuento "Amy Foster" (1901).

La línea de sombra (1975), de Andrzej Wajda, adaptación de la novela homónima de 1917.

Los duelistas (1977), de Ridley Scott, adaptación de *El duelo* (1907).

Lord Jim (1965), de Richard Brooks, adaptación de la novela homónima, de 1900.

Sabotaje (1936), de Alfred Hitchcock, adaptación de la novela *El agente secreto* (1909).

Victory (1995), de Marc Peploe y protagonizada por Sam Neil y Willem Dafoe, adaptación de la novela *Victoria* (1915).

Otras obras cinematográficas relacionadas con El duelo*:*

Austerlitz (1960), de Abel Gance.
Danton (1983), de Andrzej Wajda.
Guerra y paz (1968), de Sergei Bondarchuk.
La dama y el duque (2001), de Eric Rohmer.
La noche de Varennes (1982), de Ettore Scola.
La Marsellesa (1937), de Jean Renoir.
Los fantasmas de Goya (2006), de Milos Forman.
Napoleón (1927), de Abel Gance, versión restaurada por Francis Ford Coppola en 1981.
Napoleón (2002), de Yves Simoneau (miniserie).
Waterloo (1970), de Sergei Bondarchuk.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Bibliografía

Pueden ampliar la información acerca de los movimientos literarios de fines del siglo XXI y principios del siglo XX en:

Hauser, Arnold, *Historia social de la literatura y el arte,* Barcelona, Labor, 1994.

Lukács, Gyorgy, *Sociología de la literatura,* Barcelona, Península, 1973.

Acerca de la vida de Joseph Conrad, pueden consultar:

Stape, John, *Las vidas de Joseph Conrad,* Barcelona, Lumen, 2007.

Para profundizar sus conocimientos acerca de teoría literaria, consulten:

Rest, Jaime, *Novela, cuento, teatro: apogeo y crisis,* Buenos Aires, CEAL, 1971.

_____ *Conceptos fundamentales de literatura moderna,* Buenos Aires, CEAL, 1979.

Lean prólogos con valor literario por sí mismos:

Borges, Jorge Luis, *Biblioteca personal (prólogos),* Madrid, Alianza, 1988.

Para contextualizar a Conrad en el marco de la literatura inglesa, lean:

Saintsbury, George, *Historia de la literatura inglesa,* Buenos Aires, Losada, 1957.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Primera edición.
Kapelusz editora S.A. terminó de imprimir esta obra en febrero de 2009, en los talleres de Latingráfica SRL, Rocamora 4161, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Joseph Conrad, autor, entre otras obras, de *Lord Jim, El corazón de las tinieblas* (adaptada al cine por Francis Ford Coppola con el nombre de *Apocalipsis Now*), *Victoria* y *Nostromo*, tiene un sitio importante dentro de la narrativa moderna. T. S. Eliot y Jorge Luis Borges han reconocido el alcance existencial de sus tramas y personajes. *El duelo*, la historia de una oscura rivalidad entre dos soldados del ejército napoleónico que a lo largo de quince años se enfrentan para aniquilarse, es un ejemplo de eficacia técnica y profundidad psicológica. La constante acción, la reproducción de época y la exploración de la complejidad de los sentimientos son aspectos que hacen de *El duelo* una narración totalmente compatible con la exigencia del lector actual.

Las actividades preparadas para esta edición incluyen la relación de *El duelo* con el relato realista del siglo XIX, el Romanticismo y el Modernismo anglosajón de principios del siglo XX. También se proporcionan actividades de análisis de obras plásticas, y se pone en diálogo esta *nouvelle* con la versión cinematográfica que de ella realizó Ridley Scott. El conjunto de tareas hacen posible un recorrido por este periódo que contiene muchas de las claves de la historia contemporánea.

CC 29001091

ISBN 978-950-13-2335-1

9 789501 323351

Kapelusz norma